CARAS Y CARETAS



RITORNA VINCITOR

Nombráronle allí interventor
y estuvo en San Juan casi un mes.
Muy bien se portó y, *vincitor*,
ritorna Manolo Carlés.

MALTA URANO

IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO.

Para niños y ancianos no hay nada mejor que la

MALTA URANO

IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO.

En caso de encontrar dificultades para adquirirla, diríjase a sus

UNICOS IMPORTADORES

1170 - BARTOLOME MITRE - 1174

Unión Telefónica, Rivadavia, 1990 — Cooperativa Telefónica, Central, 133



EL PUMA

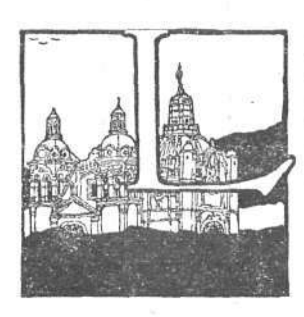
NOVELA INEDITA ORIGINAL DE

ALFREDO R. BUFANO

ILUSTRACIONES de SIRIO

I

MIS PREDILECCIONES



La pipa turca y las novelas eran mis pasatiempos predilectos en mi vida de cuartel. La primera, para concentrar el pensamiento; las segundas, para distraerlo, y ambas cosas a la vez para alejar el tedio gris que nos embarga en los pequeños pueblos de provincia.

En mis andanzas militares, no bien llegaba al cuartel de la ciudad a que se me destinaba, lo primero que hacía era meterme de cabeza en la biblioteca con la consiguiente sorpresa del bibliotecario que, comúnmente, era un animal que no entendía un comino de libros. Hacía sacudir el polvo de los anaqueles, ponía en fuga al ejército de lauchas que roían a su gusto las páginas de las mejores novelas y me hacía traer al silencioso recinto los libros que había comprado y que no había leído aún. Cuando, al cabo de dos o tres días, decía yo:

— Tráigame más libros. He leído toda la biblioteca.

El bibliotecario, si era joven, me miraba con cara de idiota y con asombrados ojos; y si era viejo, se sacaba los lentes, los limpiaba, volvía a colocárselos y me miraba con una mezcla de espanto y de admiración. Y ni uno no otro podían retener la misma pregunta:

— Perdone, mi capitán, pero... ¿cómo hace para leer tantos libros en tan poco tiempo?

— ¡Es un secreto mío! — contestaba yo secamente, ante el estupor de los boquiabiertos individuos.

¡Claro! Todos tenemos un sistema de lectura. ¿No habéis observado nunca a los que acuden a las bibliotecas o a las salas de un club? Hay lectores que empiezan leyendo el nombre del diario y terminan con el aviso de la última página; otros son capaces de ojear veinte periódicos en media hora; aquél lee nada más que la sección política y este otro nada más que la literaria. Hay quien pone toda su atención en el libro que lee, como también quien alterna la lectura para mirar la bombita de la luz eléctrica, la cara del vecino, al que entra, al que sale y a la mosca que se pasea sobre el pupitre.

Sabido es que nosotros, en la escala de los seres, estamos designados con el pintoresco nombre de mamíferos. Sabido es también que muchos han dado en llamar alimento a la lectura. Después de estas gravísimas deducciones nos será más fácil catalogar las diversas especies de lectores.

Efectivamente: hay rumiantes capaces de quedarse todo un día o una noche leyendo la misma página de Belda o de Kant; carnívoros que devoran en un par de horas todos los diálogos del Aretino o las graciosas aventuras del Asno de Apuleyo; roedores que sacan un poco de aquí y otro poco de allá, lo más satisfechos; anfibios a quienes les es tan indiferente la solidez de la laberíntica doctrina de Einstein como las páginas casi líquidas del distinguido señor don Paúl de Kock; insectívoros que leen solamente opúsculos y boletines que se reparten gratis; paquidermos carentes del buen sentido del tacto, esto es: leen sin elegir, lo que les viene a mano, lo mismo el Romance del Mío Cid que un tratado de Patología, y, por último, los acéfalos, que se quedan dormidos sobre los libros porque no entienden ni medio.

Así, pues, como lo apunté al principio, yo también tengo mi particular sistema de lectura; el secreto que a muchos causa asombro.

Cuando yo leo una novela, trago el primer capítulo y el último; aunque, a decir verdad, casi siempre me ahorro el trabajo de leer el último, porque, habiendo leído el primero, adivino el resto. Muchas veces me embarco en la olímpica proeza de leer el resto, no porque me interese, ¡qué esperanza!, sino con el sólo objeto de comprobar que mi intuición no me había engañado.

Como es natural y lógico, porque no hay regla sin excepción, muy de vez en cuando suelo leer con verdadero placer un libro desde su primera a su última página. Pero, para que tal cosa acontezca, es menester que la lectura del primer capítulo me

arrastre a proseguir; señal evidente de que el autor conoce el maravilloso mecanismo de la fascinación y del interés, a la par que hace de su arte una magia de espirituales seducciones y de atractiva gracia e inteligencia. Entonces leo y leo, y si no, no.

Yo no puedo concebir que un autor cualquiera se tome la libertad de arrastrarnos a través de las páginas de su libro, como si fuera un paseante que va tirando a su perro atado según su bendito antojo. ¡Ah, no! ¡Ningún autor puede vanagloriarse de haber engañado al capitán Roberto Altamira!

Algunos amigos míos, conocedores de mi sistema, creyeron pasar un buen momento burlándose de mí, asegurándome que en tal o cual volumen leído a mi manera me había perdido unos pasajes estupendos. Pero yo me burlaba de ellos, que se condenaban voluntariamente a buscar los felices pasajes en un mar de tonterías, contestándoles:

— Vean, muchachos: no me inspira mucha fe la carne que ha hervido más de lo necesario para producir una sopa mejor. El Arte debe instruir deleitando, y las novelas aburridas me parecen tan nocivas para el espíritu como los alimentos indigestos para el estómago. ¡A mí no me fuman ustedes!

Ellos se reían de buena gana; y cuando yo les anunciaba que había leído íntegramente una novela, todos me la pedían para leerla a su vez. En este caso el autor del dichoso libro podía estar seguro de haber obtenido un franco éxito, puesto que toda la oficialidad del cuartel buscaba o compraba la obra, la mandaba a sus parientes y amigos, poniendo esta nota original en la portada: «Libro leído y recomendado por el capitán Roberto Altamira». Así que mi opinión venía a ser una especie de salvoconducto. ¡Cuántos autores, de haberlo sabido, habrían buscado mi amistad!

Sería, pues, una evidente injusticia que, al tener yo el capricho ahora de escribir una novela, adoptara un sistema diverso al empleado hasta ahora por mí para leer la obra de los otros. Y convencido de no tener méritos suficientes para escribir y hacerme leer con gusto, limitaré mi trabajo al mayor grado sintético, absolviendo a mis lectores del castigo de leer todo lo que pude escribir y no escribo, porque el decoro y el personal sistema me lo impiden. Los treinta o cuarenta capítulos restantes los dejo para otra vez. Por ahora no quiero hacer lo de la mayoría de los autores que, partiendo de un punto, lo llevan por esos mundos de Dios para llegar después de quinientas páginas a la mismísima conclusión. Así, como la mula de la noria.

Por otra parte, debo confesar que esta novela carecerá hasta del mérito de la invención, puesto que es un episodio de mi vida; episodio de mi vida privada, un poco sentimental y un poco cursi a veces, como lo es, aunque alguien opine lo contrario, toda historia de amor.

¿Qué hombre, por positivista y prosaico que sea, no lleva dentro de sí un romance más o menos interesante? El que lo busque en el fondo de su corazón lo encontrará, sin duda, y podrá contarlo a sus amigos como hoy lo cuento yo, en forma confidencial.

II

NOTICIAS ACERCA DE MI PERSONA

Desciendo de una antigua familia española, llegada aquí en época de la conquista. Mis abuelos me legaron, pues, mi vocación militar. Los juegos que me cautivaban en mi ya lejana infancia eran los simulacros de guerra. Más de una vez mi espíritu belicoso y mi mala puntería lleváronme a romper de una magnífica pedrada la cabeza del inocente muchacho amigo que hacía las veces de enemigo.

Llegué al grado de capitán del ejército después de una brillantísima carrera, en la que me destaqué por un sinnúmero de cualidades sobre muchos de mis compañeros.

Pero, como la dicha es cosa fugaz, un buen día me vi obligado a pedir mi retiro a raíz de la muerte de mi madre y de un hermano. Volví, pues, a la vida civil, y fuime a vivir a una estancia que poseo en la Patagonia, junto a mi anciano padre que había quedado solo.

Así cambié de súbito la vida tumultuosa de Buenos Aires por el silencio y la soledad de los valles de nuestro lejano sud.

Guardé mi uniforme en un vetusto armario familiar, colgué la espada y asumí la administración de nuestras tierras y transforméme de la noche a la mañana en agricultor más o menos capaz.

Nadie ignora que el militar tiene nociones de la vida campesina con todas sus faenas, por lo que no me fué difícil adaptarme al medio



LA BELLEZA Y LA GRACIA BRILLAN EN BUENOS AIRES COMO LAS FLORES EN TODOS LOS JARDINES.

y aplicar mi táctica y la severa disciplina a los hombres y a las labores rurales.

Claro está que después de haber leído unos cuantos tratados agrícolas y de haber practicado un par de meses, sabía más yo que cualquier campesino que se pasa la vida trabajando como un animal, pero desconociendo en absoluto las múltiples propiedades de la tierra y las necesidades de todo lo que ella nos brinda.

Mi vida era metódica, como en mis años de cuartel, con la única diferencia de que, en mi traje de militar, era una persona inútil; no así bajo mis ropas de hombre de campo.

Todas las mañanas salía a caballo acompañado por mi ayudante y visitaba los trabajos realizados, impartía órdenes, distribuía elogios justos y oportunos y volvía luego al hogar a continuar mis tareas administrativas. De tarde la cosa no cambiaba mucho, y por la noche, después de cenar, departía con mi padre o leía sin apartarme de mi severo sistema, vale decir: según el mérito del libro.

La vida pasaba así silenciosa y monótona, laboriosa y proficua en la soledad henchida de músicas misteriosas y de aromas silvestres, en la vieja estancia paterna dormida al pie de las montañas.

Indiscutiblemente, la Naturaleza es una cosa maravillosa; ella compensa los más preciados bienes de la vida ciudadana, pero... como soy un hombre sincero, debo confesar que más de una vez, a pesar del portentoso panorama, yo me aburría como un troglodita.

III

EN LA PATAGONIA Y SOLTERO

De más está decir que mi padre, siendo un viejo inteligente y comprensivo y olfateando mi aburrimiento, llegó a preocuparse por mi soltería. El no ignoraba que la vida, en esa forma, se hacía un tantillo pesada, a pesar de las comodidades y de las bellezas del paisaje. Y un buen día me dijo:

— Roberto, es necesario que te cases...

— ¿Qué?

— ¡Es necesario que te cases! Eres el último vástago de una antigua estirpe y casi tienes el deber de conservar y prolongar nuestro apellido.

— ¡Pero, papá! ¿Con quién me caso aquí?

— No la buscarás aquí, por cierto. Lo indiscutible es que tú debes casarte. Quiero que consueles mi vejez con la alegría de la familia, con la sonrisa de una mujer que será otra hija para mí, y con la algarabía de los nietos. ¡Es necesario que te cases! ¡Hay que mantener las tradiciones!

Yo estaba perfectamente de acuerdo con mi padre, pero, ¿cómo haría yo para casarme? Allí, ni por broma, iba a encontrar a una mujer como para unirla a mí toda la vida, y si me largaba a buscar a una muchacha de las ciudades, se me presentaba la pavorosa dificultad de proponerle un matrimonio que le traería el renunciamiento de la vida elegante para ir a sepultar su juventud en aquellas desoladas lejanías. ¡La cosa tenía sus bemoles! Pero había que decidirse a hacer algo, porque yo seguía aburriéndome que era un portento.

IV

¡ES NECESARIO CASARSE!

Descartada, por inútil, la idea de encontrar esposa entre las aborígenes patagónicas, le escribí a un amigo, militar retirado también, residente en Buenos Aires, anunciándole una probable visita, y, entre otras cosas, le decía, puesto que, aunque yo quisiera disimularlo, era el objeto fundamental de la carta:

« Es absolutamente necesario que yo me case. ¿No tienes algún buen partido a la vista? Es indispensable que sea joven, bella, culta, de simples modos, y, si es posible... rica.

« A primera impresión te pareceré exigente, pero algunas breves consideraciones te convencerán de que soy un tipo razonable. En primer lugar, tú sabes que tengo treinta y cinco años solamente; por lo tanto estoy en condiciones de exigir que ella también sea joven. No me siento capaz de asumir la obligación de amar toda la vida a una mujer fea; tiene, pues, que ser linda. Yo soy rico, lo que me coloca en el terreno de pedir otro tanto en ella; y en cuanto a los modos y costumbres simples, son indispensables, dado el género de vida que debe llevar. Pienso quedarme aquí hasta que viva mi padre; y el día que lo pierda, pediré mi reincorporación al ejército. Tú sabes que yo, en este mundo, sólo puedo ser agricultor o soldado. La mujer del militar tiene que estar siempre pronta a viajar, y la del hombre de campo a eternizarse en un sitio. El dilema, para ella, no es muy fácil, sobre todo con aquello de que la mujer tiene que seguir al marido a todas partes, y, además, porque en mi caso está expuesta a las dos cosas: a andar de un lado para otro o a sepultarse para siempre en uno de estos valles. Sin embargo, amigo mío, tengo la esperanza de dar con la elegida. »

Algún tiempo después recibí la respuesta a mi carta. Decía más o menos:

« Amigo Roberto: Ya sé lo que buscas: una mosca blanca. Y un díptero de este color no se encuentra así no más en este delicioso mundo. Pero, en fin, ya veremos. Creo que mereces todo lo que pides. Eres un buen partido, pero (en los asuntos matrimoniales hay siempre un pero) la muchacha que se decida a ser tu esposa, ¿se resignará a seguirte de cuartel en cuartel, en el caso de que vuelvas a la vida militar, o a quedarse en aquellos infiernos patagónicos si a ti se te antojara sembrar legumbres toda tu vida? Tu matrimonio es un asunto serio. Vente a Buenos Aires; ya sabes que aquí hay de todo. Y acaso capitules de todas tus exigencias frente a unos ojos hermosos de una muchacha de Florida, aun no reuniendo ni las tres cuartas partes, ni la mitad, ni nada de lo que deseas. ¡Oh, algunos ojos! Claro que si persistes en encontrar al tipo que me pintas en tu carta, te lo repito, es lo mismo que vengas aquí para encontrar una mosca blanca. »

Pocos días después me embarcaba para Buenos Aires con el firme propósito de salir con la mía.

V

A LA CAZA DE UNA MOSCA BLANCA

Un naturalista, corriendo detrás de una mariposa o trepando a una roca para cortar una flor, presenta la perfecta imagen de mí mismo en los primeros días de Buenos Aires en busca del extraño insecto de que me hablaba mi amigo.

El objeto que me había propuesto no dejaba de tener un poderoso atractivo. Para encontrar la mosca blanca debía, naturalmente, observar con toda atención las moscas de todos los colores. Y como a un naturalista, la busca de un raro ejemplar de los múscidos me obligaba a extender mis observaciones a todas las tribus de los dípteros, por simples motivos de erudición, como es fácil suponer. Y tales estudios fueron pródigos para mí en interesantes episodios. Por ejemplo: buscando una crisálida pronta a cambiar de vida, veía girar en torno

a la luz un sinnúmero de mariposítas nocturnas que, no reuniendo los requisitos exigidos, mostraban, en cambio, de otros encantos.

Una vez me quedé en muda contemplación delante de un hermoso ejemplar que parecía reunir buena parte de las cualidades buscadas, y ya iba a lanzarme para darle caza cuando mi amigo, que me acompañaba, disipó mi entusiasmo diciéndome:

— ¡Esa es en verdad una mosca blanca!, pero ya tiene su lugar en el museo: ¿no ves que está prendida a un alfiler?

Efectivamente, me quedé hecho un idiota al ver a un señor alto y delgado que la acompañaba.

Después de todo, los estudios emprendidos con tanta penetración y ahinco no sólo eran agradables, sino también muy útiles. En mi vida de militar, en cuanto a moscas y mariposas, sabía distinguir apenas las feas de las hermosas; pero tratándose, como se trataba, de una elección para el resto de la vida, me fué absolutamente necesario profundizar y sutilizar las observaciones. Y con la ayuda de mi amigo, ¡casi un sabio en la materia!, aprendí a no confundir al mosquito vulgar con el terrible tábano; a la cantárida con la cigarra y a la abeja con la avispa.

Aprendí asimismo la explicación de todas las metamorfosis que ignoraba, a desconfiar de algunos insectos viendo que las alas no siempre sirven para volar, y a no dejarme fascinar por el verde dorado que brilla sobre el tegumento de algunas esmeraldinas que después devoran los pétalos de las más bellas rosas.

Pero tiempo es ya de salir del terreno de la metáfora para contar simplemente lo que hice en Buenos Aires. Frecuenté los teatros, las reuniones, los bailes y los paseos. Mi amigo me presentó a muchísimas familias, donde era recibido siempre con gentil benevolencia.

La belleza y la gracia brillan en Buenos Aires como las flores en todos los jardines.

La mujer porteña es elegante porque sí. Cualquier cosa le queda bien. Cualquier moda le sienta bien a ella. Yo creo, a pesar de ser argentino y militar, que no hay en ninguna parte del mundo una mujer que aventaje a la porteña en cuanto a gracia, distinción y belleza. ¡Florida, nuestra calle Florida, debe llamarse así porque por ella pasan las mujeres más lindas de la tierra!

¡No, si yo también, a ratos, suelto una frase lírica! ¡Acabo de dar una prueba!

VI

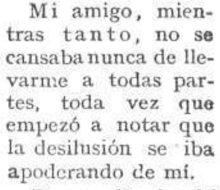
LA MOSCA NO APARECE POR NINGUNA PARTE

Todos los días yo veía desfilar ante mis ojos, ya en la calle o en los salones brillantes de luces, toda una teoría de mujeres bonitas, tanto como las estrellas del cielo. ¡Pero la mosca blanca no aparecía!

Todas me atendían con marcada gentileza, hasta con interés, pero no bien empezaba a hablar yo de la vida militar o del tranquilo retiro patagónico, una imperceptible sonrisa de ironía veía dibujarse en las divinas bocas, y los hermosos ojos me miraban con mal disimulada compasión. ¡Y es claro, yo me daba inmediata cuenta de que había metido la pata!

Cada astro tiene su órbita, cada planta su clima, y así son las mujeres: como las flores y como los astros. Raras son aquellas que por un gran amor abandonan todo para seguir al hombre amado.

Fulanita era bella, joven y rica, pero si yo le hubiera propuesto casarme con ella y llevármela luego a la Patagonia, me saca corriendo. Menganita decía que ella no se casaba sin antes estar segura de que su marido podía tener un abono perpetuo en el Colón. Mecha se hubiera casado con un militar, pero era indispensable ser general; por lo menos Catita estaba dispuesta a irse al campo, pero con la condición de pasar el invierno en Buenos Aires y el verano en Mar del Plata. ¡Qué monada! ¡Qué preciosura!



Mi amigo, mientras tanto, no se cansaba nunca de llevarme a todas partes, toda vez que empezó a notar que la desilusión se iba apoderando de mí.

Pero un día, ¡he ahí el eterno día!, me pareció que un rayo de luz brillaba en mi corazón de militar y agricultor al posar mis ojos sobre una mujer que atraía con un misterioso e irresistible prestigio. Y como la compañía del amigo me molestaba por lo que más adelante se sabrá, le dije:

— Déjame solo. Déjame vagar con toda libertad. Creo que pronto usaré mi red para dar caza a la mosca blanca.

— ¡Sí! ¡Primero te irás al manicomio!



LA MUJER PORTEÑA ES ELEGANTE PORQUE SÍ. CUALQUIER MODA LE SIENTA BIEN A ELLA.

VII

EUREKA, DIJO ARQUIMEDES EN EL BAÑO

Me pasé un mes sumido en las más atentas observaciones, haciendo estudios comparados que pudieran convencerme de la realidad de todas las maravillas que me parecía entrever en el objeto sometido a mi examen minucioso.

Como el naturalista (por tercera vez véome precisado a hacer entrar en danza al naturalista) que tiene un insecto entre las menudas pinzas para examinarlo atentamente, así yo tenía puesta toda mi atención sobre la persona que la había atraído, y la observaba en todos sus aspectos con el más riguroso análisis.

Había apenas completado mis estudios al respecto y tomado una resolución definitiva cuando mi amigo, curioso por conocer el resultado de mis secretas investigaciónes, vino a mi habitación.

— Salud. Y ¿qué tal? ¿Has dado ya con la mosquita esa?

— ¡Sí!

— ¡No embromes!

— ¡Te digo que sí!

— Pero, ¿es blanca?

— Completamente. ¡Como yo la buscaba!

— Y ¿en dónde está ese hallazgo?

— Hombre, no muy lejos de aquí; porque a más del descubrimiento que me llena de gozo, he llegado a la conclusión de que muchas veces buscamos con todo empeño por todas partes el objeto anhelado, sin darnos cuenta de que está cerca de nosotros.

— Pero, ¿qué significa todo esto?

— Significa... mi querido señor, que estoy enamorado de tu hermana.

— ¿De mi hermana Leonor?

— ¡De tu hermana Leonor!

— ¡Vamos, déjate de bromas!

— No son bromas. Estoy enamorado de tu hermana Leonor, y si tú me lo permites, me casaré con ella.

— Y Leonor... acaso, ¿encierra todas las cualidades que exiges?

— ¡Todas! Y algunas más de las que yo me había olvidado, como son: un corazón de oro, una inteligencia clara, una bondad...

— ¡Pero si mi hermana no es joven, ni hermosa, ni rica!

— ¡Un momento! Creo que estás en un fundamental error. Todo es cuestión de óptica. Los objetos se ven según la lente con que se observan, y doy vuelta a la frase porque si digo el conocido verso puedo resultar vulgar, y no quiero. Así es: cuando vine a Buenos Aires yo miraba a las mujeres con una lente, ahora las miro con otra; y tú continúas mirándolas con la primera. Yo he cambiado de sistema. ¿Y sabes dónde está la nueva lente?

— Sobre la nariz.

— No. Sobre el corazón.

— ¿Y tú has visto con tu nuevo artefacto que mi hermana es joven, bella y rica? ¡Lucido estás! Leonor tiene treinta años, no es hermosa y no tiene un solo centavo.

— ¡Te engañas, amigo, te engañas! Tiene todas las cualidades que tú le niegas.

— Pero, ¿quieres conocer lo que es mi hermana mejor que yo?

— ¡Seguramente! Tanto las lentes morales como las de vidrio no pueden contener en el mismo foco dos objetos a la vez. Cuando se ve a una hermana no puede verse a una novia, o, lo que es lo mismo, a una esposa. Por la razón que tan sabiamente te apunto, ninguna religión ni código alguno permiten la unión en matrimonio de dos hermanos. En mi caso, yo veo en Leonor una mujer que me gusta y conviene perfectamente, y en el tuyo, sólo ves a tu hermana; por lo tanto, tu juicio carece de competencia. Y te lo probaré en el acto. En primer lugar dices que tu hermana no es joven porque has cometido la imprudencia de desvelar sus treinta años. Yo tengo treinta y seis; es más joven que yo, y basta. Dices que no es hermosa, pero, ¿quién te lo ha dicho? ¿Es que tan sólo son hermosas las mujeres que se parecen a las Venus o a las vírgenes de Rafael? ¿Pretendes limitar el campo infinito de la belleza? Hay bellezas absolutas, relativas y artísticas; y hay fealdades con más poder de simpatía que los más puros rostros académicos. Desde mi punto de vista particular, cuando una mujer me gusta, pasa de hecho a ser bella, y Leonor me gusta muchísimo. Ahora, en cuanto a riqueza...

— ¡Aquí te quiero ver! Vamos a ver cómo te las arreglarás para hacer de una muchacha pobre una de fortuna.

— Es la cosa más simple del mundo. La riqueza también entra en el terreno de la relatividad. Un millón puede representar la miseria para quien anhela tener diez. Si no tengo un cobre, y trabajo y soy feliz, puedo considerarme más rico que el millonario ambicioso. Como ves, es una lógica aplastante. Hay mujeres ricas que arruinan a sus maridos y mujeres pobres que los enriquecen con su inteligente y amorosa colaboración. En todo el tiempo que he tenido la dicha de vivir en tu casa, no he hecho más que observar todas las preciosas cualidades de Leonor. Culta, inteligente, amable, ella puede hacer grata la vida de cualquier hombre. Si a mí me da por quedarme en mi estancia, ella alegrará mi soledad y la de mi padre; y si opto de nuevo por la errante vida del militar, sé que tendré en ella una admirable compañera.

— Te agradezco los elogios en nombre de ella; y creo que los merece todos.

— ¡Como que es una mosca blanca!

— Así es. Ella ha sido para todos nosotros una segunda madre desde que murió la nuestra. Lo único que lamento es que no hayas llegado a conocerla bien.

— La conozco más de lo que tú crees. La he seguido en todos sus actos, en todos sus movimientos. Las otras noches me hizo llorar tocando un nocturno en el piano, y después... ¡No me atrevo a confesártelo!

— No tengas reparos. Sospecho...

— No; no sospechas. Después... ¡se me hizo agua la boca con el olor que me hacía llegar de la cocina!

VIII

EN EL LEJANO SUD

No creo necesario contar a los indiferentes los detalles de mi boda. Me casé con Leonor y volví con mi trofeo a las remotas laderas andinas. Alguien preguntará: «¿Y fué usted feliz?» He aquí una escena que puede servir de respuesta; escena que hubierais podido ver dos años después del matrimonio.

Una noche estábamos en el comedor de la estancia. Mi padre en su sillón de cuero, Leonor tocando el piano, yo fumando en un rincón y nuestro hijito jugando sobre una piel de llama tendida en el suelo. Por las ventanas abiertas llegaban los intensos

perfumes del campo en flor, y en los momentos de silencio percibíanse los misteriosos rumores nocturnos venidos de la selva y la montaña.

De pronto un grito agudo de mi mujer me heló la sangre. Miré a la puerta que daba al huerto y me estremecí de horror. Un enorme puma, inmóvil en la sombra, nos miraba con ojos fosforescentes. Dí un salto feroz para tomar una escopeta colgada en la pared, pero la fiera cebada, más ágil que yo, había penetrado ya en el comedor ligera como un rayo, y apretando entre sus enormes fauces a nuestra criaturita, echó a correr hacia afuera y en un minuto se perdió en la noche profunda.

Leonor, como una loca, y sin que yo pudiera impedirlo, salió desesperadamente en pos de la fiera. Mi padre y yo hicimos lo mismo, pero demorando un poco más para tomar otras armas y despertar a algunos peones.

Cuando nos internamos en el campo, el silencio y la soledad eran enormes. No se veía nada, no se oía nada. Sólo el eterno rumor de los torrentes lejanos hendía el aire nocturno con su música que parecía un responso.

Mi grito llamando a Leonor resonó en el valle y en el monte, en las orillas del río y en las cumbres hirsutas. Pero ella no respondió a mi llamado. Toda la noche anduvimos en busca de la fiera y de la madre enloquecida, sin encontrar rastro alguno, hasta que las primeras claridades del alba pusieron fin a la espantosa tragedia. Un grito apagado nos hizo mirar hacia un lugar del valle. Y vimos a Leonor, que desgreñada y con las ropas en jirones, seguía andando sobre piedras y cactus en busca de su pequeñuelo. Corrimos hacia ella, y al vernos avanzar con nuestras armas, rugió de dolor y de espanto, y se lanzó en una desenfrenada fuga en dirección al río, y, antes de que pudiéramos evitarlo, caía en él para no aparecer sino media legua más abajo, al atardecer de ese mismo día, horriblemente desfigurada por la muerte.

Del niño no se encontró ni un hueso.

Quince días después también mi padre entregaba su alma a la eternidad; y yo vendí todo por una bicoca para largarme a vagar sin fin ni rumbo.

IX

EPILOGO

Pude ser un hombre feliz, porque tenía todo para serlo. ¡Dios no lo quiso así!

Ahora ando de acá para allá, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, gastándome los pocos centavos que me quedan y con mi escondido dolor metido en el corazón como una garra.

Entre burlón y escéptico, optimista y cordial, he escrito estas páginas en mis ratos de relativo buen humor para no enloquecerme.

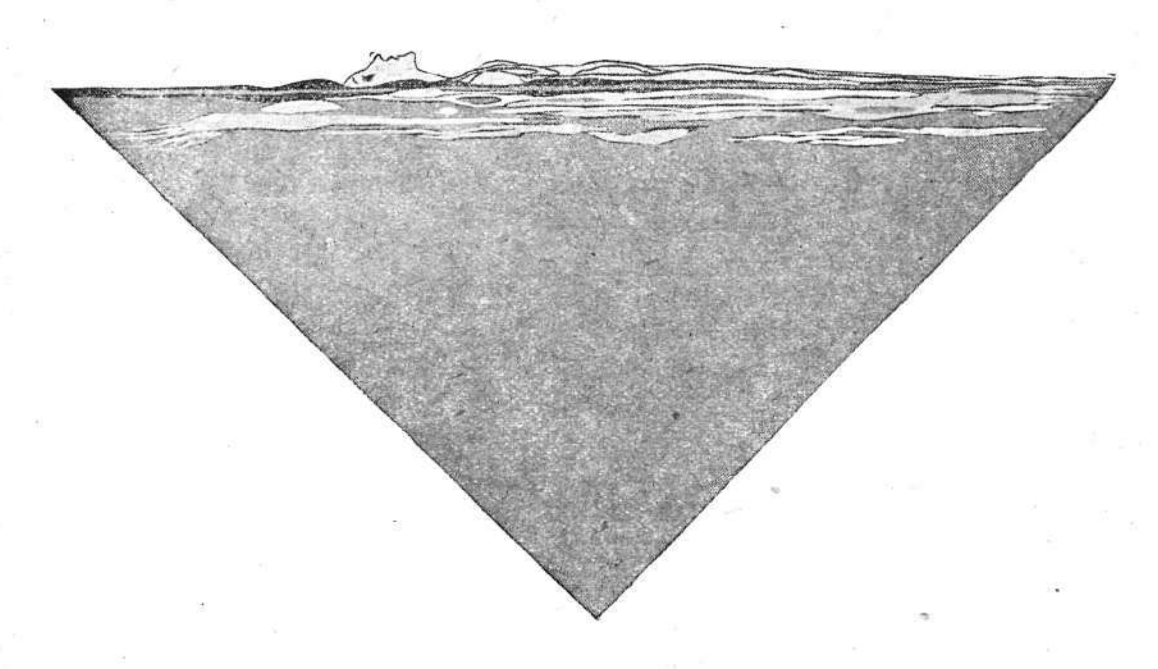
Estoy soberanamente aburrido de todo. ¿Casarme de nuevo? ¡Sí! ¿Y en dónde encuentro otra mosca blanca?

El día menos pensado vuelvo a la Patagonia, pero no para dedicarme a la agricultura. ¡Qué esperanza!

Si vuelvo, pienso dedicarme pura y exclusivamente a la caza de pumas.

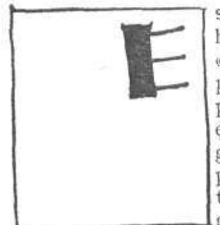
ALFREDO R. BUFANO

ILUSTRACIONES de SIRIO





CAMBIO DE CABEZAS



Es fecunda el hambre entre los hombres» — dice Lucano en su «Farsalia». — Este aforismo del poeta latino acaba de tener plena y acabada demostración en Viena. El profesor de biología Walter Finkler — agobiado por la necesidad nutricia, como todos los vieneses — ha conseguido que alcancen sus sentidos la máxima finura para la investigación científica. Y fruto de su vigilia — dicho sea en las dos acepciones del término — ha sido un descubrimiento que ha dejado pasmados tanto al reducido mundo de los sabios como al vasto de los nescientes.

El doctor Finkler ha demostrado que se puede cambiar de cabeza; no sólo de pensamiento, entiéndase bien — que de eso cambia todo el mundo cuando le conviene, — sino materialmente de cabeza y, claro está, que también de pensamiento, pues aun cuando no sólo se piensa con el cerebro, sino con todos los sentidos esparcidos por todo el cuerpo, parece que el foco meditativo reside más en la cabeza que en los pies.

En medio del mayor asombro el sabio doctor Finkler ha logrado trasplantar numerosas cabezas de insectos. Tomando dos de éstos — mariposas, moscas, gusanillos — corta simultáneamente sus cabezas con unas tijeras afiladísimas y, rápidamente, injerta dichas cabezas, intercambiándolas con los cuerpos. Al cabo de pocas semanas, cicatrizada la herejía física, los insectos así operados se restablecen completamente y readquieren la facultad de moverse.

Claro está que, en los insectos que sufren este escamoteo de testas, se produce una gran perturbación, pues su cuerpo obedece, no a su cabeza propia, a la que le han quitado, sino a la nueva que le han puesto. Y así el cuerpo cambia lentamente de color, tomando el del otro insecto cuya cabeza ostenta. Se habla hasta de un cambio de sexo como consecuencia de otro de cabeza. Habrá que suponer que este cambio es puramente abstracto, una mera representación mental de lo que no se tiene... El sabio biólogo vienés ha logrado intercambiar cabezas hasta entre insectos de distinta especie.

¡Asombroso! ¡Estupendo! En los centros científicos de toda Europa no se habla de otra cosa. El descubrimiento del doctor Finkler tiene la garantía de los profesores del Instituto Biológico de Viena, que relatan los experimentos en los «Annales de l'Academie des Sciences» de la capital de aquella que fué un día gran Austria. Conocida la noticia, este cambio de cabezas trae de cabeza a todos los sabios europeos.

Lo que es posible con los mosquitos, no hay razón alguna para que no pueda hacerse con los hombres. Biológicamente considerados, todos somos iguales; la vida obedece a los mismos principios. Por eso Nietzsche da poca importancia a la biología. No le interesa que el biólogo le explique el mecanismo de la creación. Lo que le importa es que el observador biológico le diga si el nuevo ser que se está formando en el claustro materno será liberal o conservador.

Admitamos ¿por qué no? los trasplantes craneanos en la humanidad. En este supuesto, lo primero que lamentamos es que el doctor Finkler no realizara su descubrimiento antes del año 1914. Porque, poniendo otras cabezas algo superiores al rey Carlos y a los gobernantes austriacos, no hubieran llevado a Austria-Hungría a la guerra, convirtiendo el imperio dual en imperio hecho cisco. El genio científico del doctor Finkler habrá observado a estas horas que, trasplantadas las cabezas del rey y de los ministros austriacos a los mosquitos, no saldrían éstos ganando nada, mientras que realizada la operación a la inversa es posible que se hubiera salvado Austria.

Supongamos que, perfeccionado el procedimiento del doctor Finkler, el cambio de cabezas humanas fuera cosa tan sencilla como arrancarse una muela: ¿existirían muchos hombres que anhelasen el cambio? No me parece. Y fundo este juicio en el parecer de una gran cabeza, en la de Descartes. Sostiene en el «Discurso del Método» que en el mundo todo está mal repartido, excepto el talento, pues nadie se queja de que le falte. Podrán discutirse otros principios cartesianos; pero no éste, que es inconmovible. En materia de propiedad intelectual todo el mundo se cree opulento. Y no habrá, por lo tanto, un solo tilingo que quiera cambiar su cabeza por la de Sócrates.

Por lo demás, el trastrueque de cabezas no alteraría el contenido inteligente del mundo; quedaría siempre la misma cantidad de inteligencia y de tilinguería, de despejo y de zoncera. Sólo cambiaría el estado de los poseedores, convirtiéndose en necios los que eran listos y en vivos los que eran majaderos. Y, la verdad, no vale la pena de difundir la guillotina del doctor Finkler, porque, como reza el proverbio francés, cuanto más se cambia, más es la misma cosa.

Donde el cambio de cabezas, aunque sólo fuera transitoriamente, produciría efectos benéficos, sería en los hombres que dirigen los pueblos, en los políticos. Convendría poner encima de los hombros del hombre público la cabeza del agricultor, para que reflexionara de una manera distinta sobre los efectos de los tributos que implantó con su cabeza propia.

No parece problable que al cambiar de cabeza se cambie de instintos. En este caso, los transplantes de testas producirían efectos de una subida comicidad al luchar el nuevo pensamiento con las tendencias opuestas del resto del organismo y de las innatas inclinaciones del carácter. Vayan algunos ejemplos. Supongamos un judío prestamista, a quien le plantan la cabeza de un generoso que tiene por credo el altruismo. ¡Qué lucha horrible entre su verdadera personalidad y aquella extraña cabeza, empeñada en detener las manos, instintivamente dirigidas a los bolsillos ajenos! Yo creo que, al fin, saldría vencida la cabeza. Un prestamista es capaz de engañar a su propia cabeza, induciéndola a ver como una donación la mayor usura.

Imaginemos ahora un voluptuoso, a quien le ponen la cabeza de un asceta. Mientras sus representaciones mentales serían todas castas y puras, el resto de su organismo ardería en rijosidad. Algo de esto le pasaba a San Antonio, y por eso es un santo tan benemérito. En el fondo, la santidad no es sino la brida que pone la mente al pingo de los instintos. Cuando se corresponden y coinciden en *plácido sosiego mente y organismo*, la santidad no existe; el éxtasis es entonces pura bobería. Es necesario que haya pugna, levantándose, sobre las bajas brasas de la vida, la pura y luminosa llama del estado de gracia. A santo se llega luchando con el torbellino de pasiones que laten en la naturaleza. Y así no es necesario cambiarle la cabeza para que la contradicción exista.

El conflicto sería mayor al transladar a un cuerpo macilento y atacado de caquexia una cabeza ardiente, llena de imagenes voluptuosas, de sueños, raptos y deliquios, una cabeza, en fin, donjuanesca y novelera. ¡Qué crueldad! Al contrario del caso anterior, en que la santidad es fruto de la razón iluminada, en éste sería el resultado de la naturaleza apagada.

Pongamos ahora en los hombros de un loco lindo la cabeza de un juicioso. Resultaría una criatura paradojal, pues mientras el retozo le invadiría todo el cuerpo, allá, en la cúspide, llevaría un crítico insoportable, un censor ceñudo que le malograría todas las farras. Y como él sólo a farrear había venido al mundo, acabaría por donar la cabeza a la Facultad de Filosofía y Letras.

Apuntemos el caso inverso: pongamos en un cuerpo juicioso, sobrio, acompasado, la cabeza de un loco lindo. Ello equivaldría a llevar de repente al pesado sosiego elefantino la aturdida movilidad del gilguero. Un hombre así constituído, probablemente sería un patotero platónico que sólo cultivaría la farra mental. Porque es más fácil suponer que un loco lindo, con cabeza de juicioso, haga locuras, que esperarlas de un organismo plácido, imperturbable, con cabeza de loco lindo. El temperamento puede avasallar a la cabeza; constantemente ocurre; no tienen otro origen las penitenciarías; pero es difícil, en cambio, que la cabeza haga vibrar y arrastre a la farra al organismo indolente y desmayado.

Podríamos repetir hasta lo infinito los efectos del trastrueque de cabezas. Basten los casos señalados. Dejemos al lector margen amplio para imaginar cuanto guste. Tal como están puestas las cabezas, hay ya bastante locura en el mundo sin necesidad de que el doctor Finkler aumente los orates con el descubrimiento de sus trasplantes. Atengámonos al viejo principio: cada loco con su tema. No dejemos el nuestro por el tema de otro...



ILUSTRACIONES DE ALVAREZ

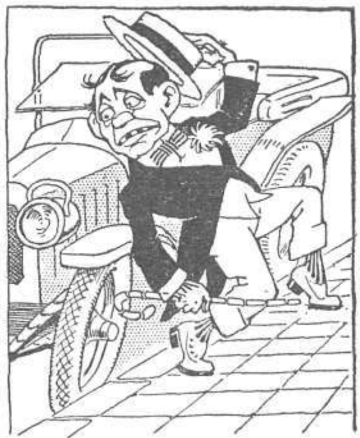
SARRASQUETA INTENDENTE



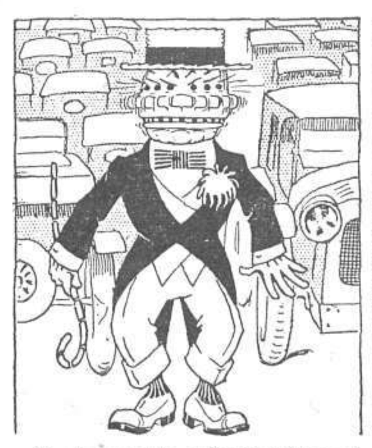
Sarrasqueta da a conocer a ustedes el Capítulo Segundo de las ordenanzas de tráfico que promulgará en cuanto sea intendente.



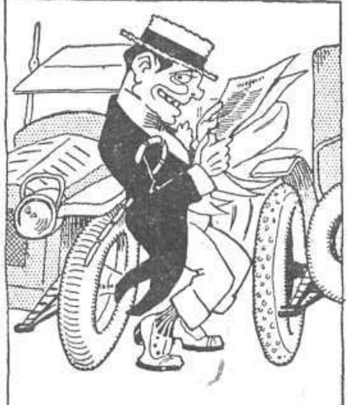
Cruce la bocacalle de una a otra acera perpendicularmente.
Nunca la cruce de una acera a la misma de donde ha salido.



Observe el tráfico antes de cruzar la calle.
Una vez cruzada felizmente, ya no necesita observar el tráfico.



Si al cruzar la calle el tráfico es grande, convierta su cara toda en ojos avizores para ver en todas direcciones.



Al cruzar la calle no se detenga en el centro de la calzada ni para ver el resultado de las carreras ni la terminación de la grande ni para descifrar jeroglíficos.



Si no hay tráfico alguno, puede cruzar la calle a ojos cerrados, siempre que se haga acompañar de un vigilante.



Al cruzar la calle, para defender su persona no se arrime o acople a las señoritas, pues hay que evitar los roces, contactos y cortos circuítos.



Cruce la calle con ligereza para no ser atropellado, y no cometa la ligereza de firmar cheques sin cruzarlos, para no ser estafado.



Para evitar riesgos, no cruce la calle a pie; crúcela subido en el tranvía, que, aunque corra peligro la cartera, tal vez se salvará la vida.

DIBUJOS DE REDONDO

Enlaces



Señorita Encarnación Montoto Urioste con el señor Pedro Garea Maneiro. — Capital.



Señorita Anita Marzialé con el señor Luis Prieto. — Capital.



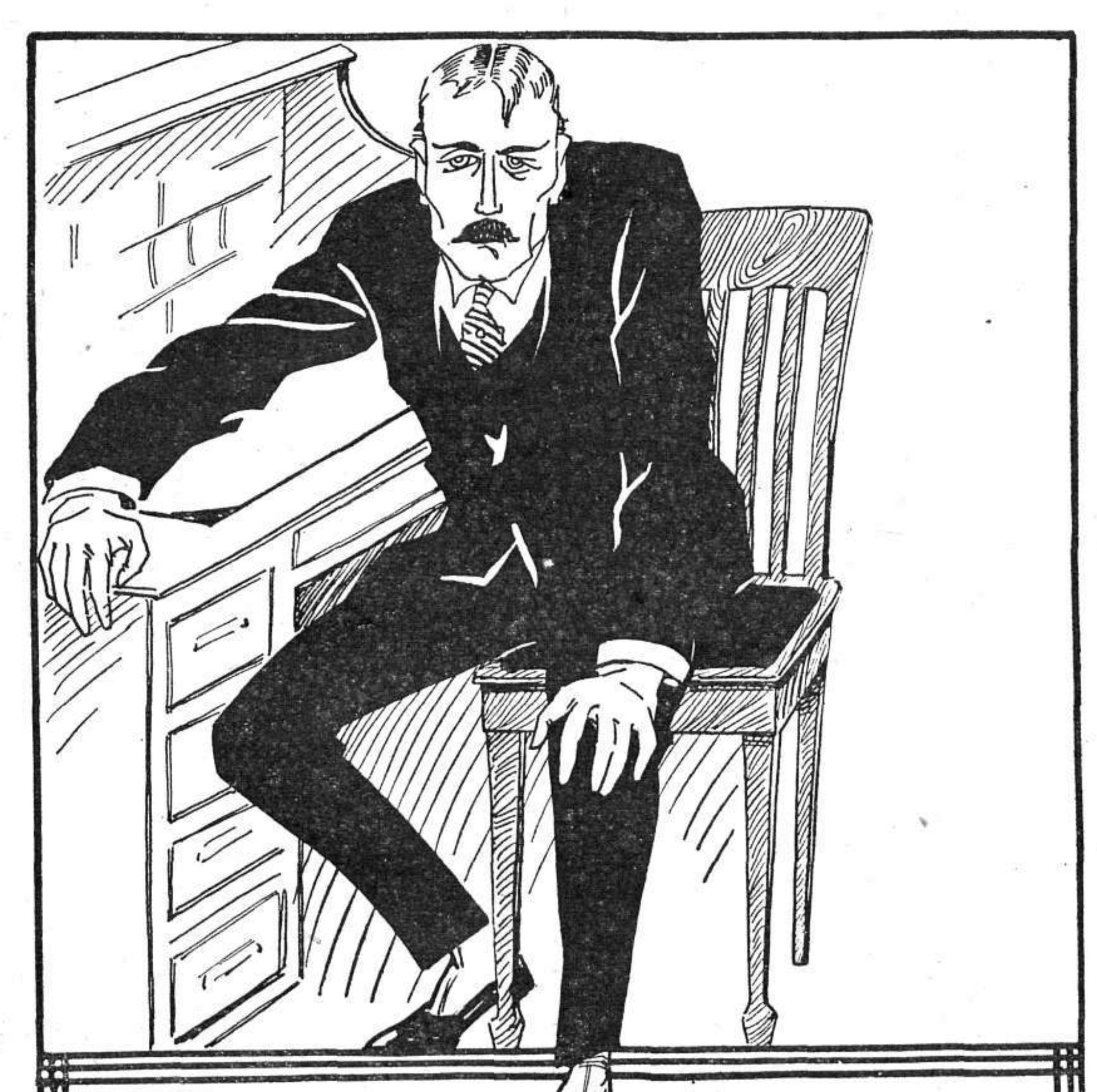
Señorita Esther Corsanego Canese con el señor Carlos Canese. — Capital.



Secreto-Fabiano. — 9 de Julio.



Ausejo-Delaruppe. — 9 de Julio.





Bachilleres egresadas en 1922. — Señoritas E. Leiman, S. Sas, E. Steinleig, D. Sobrero, S. Sibanik, E. E. Lemme, D. Castaldo, A. Luppi, N. Doestes, S. Wencelbat, O. Leibovich, E. Marangoni, A. Rodriguez, C. Subotosky, R. Rabaza, M. Fourcade, E. Campolietti, Srta. Rossi (vicerrectora), Srta. Wernicke (rectora), C. Ricchieri, M. Belinsky, J. Porta, E. Darmet, C. Rujensky, C. Criseo.

DENTRO DE CINCUENTA AÑOS

Después de la guerra rusojaponesa, fatal para las armas del coloso de la Europa Oriental, la industria y el comercio del Japón han ido intensificándose extraordinariamente, hasta alcanzar un máximo grado de desarrollo. Y tras la industria y el comercio las flotas mercantes y la de guerra han ido aumentando sus unidades, año tras año, hasta causar viva inquietud en los países cristianos de Occidente... Y, con la expansión comercial, el imperio del Sol Naciente ha ido extendiendo hábilmente sus relaciones diplomáticas, especialmente del lado del Pacífico, como si el gobierno de Tokío hubiera avalorado, en su hondo sentido, la célebre frase pronunciada en memorable ocasión por el canciller de Australia: «Dentro de cincuenta años el centro de la civilización estará situado en el Pacífico».



Tengo que purgarme...

¿Cómo?

¿Cuándo?

¿Con qué?

¿Porqué dice este hombre: Tengo que purgarme?

Tiene que purgarse porque, con el cambio de estación, algo hay que no le va bien. A lo mejor tiene una punta de granos y barros, o anda con dolor de barriga o algún reumatismo antiguo lo obliga a renguear; quizás algún eczema lo hace rascarse todo el día o tiene el aliento cargado.

Este hombre tiene razón; ha de purgarse, pero... la elección es difícil; hay muchos purgantes, a cual más malo de gusto, que requieren cuidados o que pueden hacerle mal.

Vamos a aconsejarle

La Santeína

(Dioxidriftalofenona)

que, bajo forma de una rica pastilla de chocolate, puede tomar en cualquier tiempo a cualquier hora sin mayores cuidados. Laxante a dosis de una, purgante a dosis de dos o tres, la Santeína es el purgante soñado.

SE HALLA EN LAS FARMACIAS Y EN

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida **Buenos Aires**





TRES GOLPES SIN REPIQUE

— ¿Qué hace usted, vate amigo?
— Con la pipa el bigote me fumigo
y, al igual de un poeta de Bizancio,
apenado me digo
que hoy día todo es rancio, rancio, rancio.
Y añado, aunque me apeno,
¡Bueno está el mundo, bueno, bueno, bueno!
— ¿No puede ir a una playa?
¿No puede ir a la sierra?
— El campo todo es tierra, tierra, tierra
y me fastidia.
— ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya!
— ¿También usted tres veces me repite
lo mismo? Se lo ruego, ¡no me imite!
Me acusarán de plagio,
¡y sería el naufragio
de mis doradas ilusiones! Creo
que ser plagiario es feo, feo, feo.
Una cosa, tres veces repetida,
parece que cobrase nueva vida.
He aplicado el sistema
a un hermoso poema
titulado «Tres golpes sin repique».
Se lo voy a explicar.
— No me lo explique.
Léame alguna cosa
de su obra portentosa.
— Le gustará a usted mucho, mucho, mucho.
¿Quiere escucharme?
— Escucho, escucho, escucho.
— Calor, calor, calor. El sol nos raja.
Toma una buena ducha el hombre ducho
y transpira atrozmente el que trabaja.
Fuma un cigarro habano
y apura Alvear el pucho, el pucho, el pucho.
Quiere dormir en vano, en vano, en vano,
porque viene Matienzo y, a su modo,
le da cuenta de todo, todo, todo.
Tanta conversación le da fastidio,
cuando aparece Elpidio, Elpidio, Elpidio
y Marcelo le dice:
«Usted reposa siempre y yo le envidio,
¡oh vice! ¡oh vice! ¡oh vice!»
Mas, González, político de talla,
le escucha amablemente
y calla, calla, calla.
Y, al fin, se va, se va. Se va, prudente.
Entra el de Agricultura,
habla rápidamente
de cien proyectos que explicar procura,
recuerda con modestia lo que vale,
hace notar que estudia y se desvela
y sale, sale, sale,
y vuela, vuela, vuela.
Ve que el tiempo transcurre,
Marcelo y, afligido,
se aburre, aburre, aburre.
Cuando está a retirarse decidido
van los otros ministros desfilando,
hablando, hablando, hablando.
Uno poco locuaz y hombre de gusto
es Justo, Justo, Justo.
Otro habla de fantásticas entregas
de dinero, ni enfático ni adusto:
ese es Herrera Vegas, Vegas, Vegas.
Todo en el mundo pasa
y Alvear se va a su casa, casa, casa...
Escribiendo tres veces
las palabras, ¡ya ve que exquisiteces!
No hacen versos tan tersos, tersos, tersos
ni sajones ni galos.
¿Qué dice de mis versos?
— ¡Que me parecen malos, malos, malos!

Luis García

DIBUJOS DE MACAYA

Haciendo la Presentación

de la Nueva

CORONA



La Maravilla de las Máquinas Portátiles

La que posee todas las ventajas de las máquinas grandes, pero sin tener el peso de éstas ni su bulto.

La máquina que es precisamente la que muchos comerciantes han deseado y desean poseer. La que en la oficina sirve para extender los escritos particulares que uno no quiere confiar a otros, y también para hacer los borradores de documentos cuya confección, al escribirlos directamente a máquina por sí mismos, resulta mucho más rápida que dictándolos.

Es, además, una máquina que puede ser llevada fácilmente a casa sin la menor molestia, lo que permite ganar mucho tiempo en la preparación de apuntes y para el despacho de la correspondencia particular.

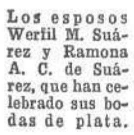
El nuevo modelo tiene cinta automática reversible y un espaciador más largo, escribiendo, además, en una misma línea un número de letras mayor que en cualquier otro máquina portátil, siendo éstas solamente algunas de las diversas, importantes y nuevas ventajas que este modelo ofrece.

Su precio no ha sido alterado: es el mismo que el del modelo anterior: $ 195 m/n. Al contado inmediato se vende con un 10 % de descuento, es decir, a $ 175.50 papel. Por mensualidades **$ 19.50 m/n al comprarla,** y el resto en 9 cuotas de $ 19.50 papel.

Para obtener datos completos, escriba o visítenos, o telefonee hoy mismo a



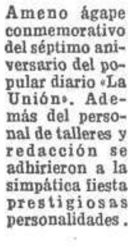
Bodas de plata


Los esposos Werfil M. Suárez y Ramona A. C. de Suárez, que han celebrado sus bodas de plata.

Señor Cosme Lorea Valenzuela y su señora Carmen Llan de Valenzuela, rodeados de su familia el día de cumplirse los veinticinco años de casados.

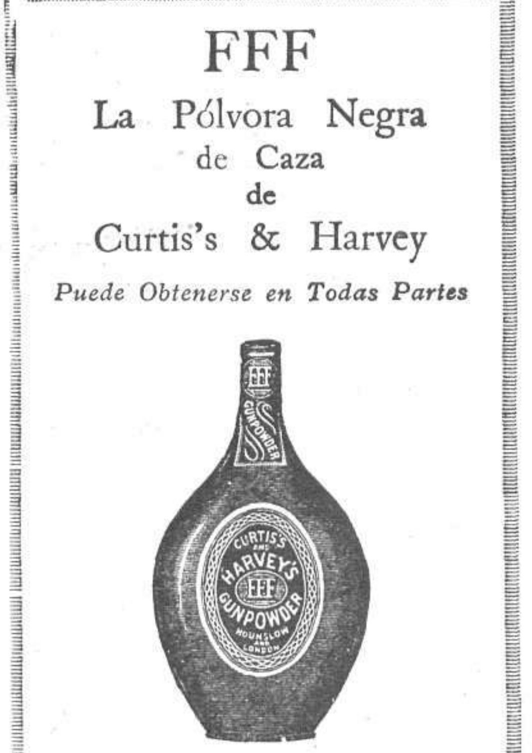


El rostro de toda dama elegante exige solícitos cuidados. Si quiere conservar la hermosura de la juventud, emplee en su toilette nuestros preparados
JABON HIGIENICO
la CREMA HIGIENICA y el
exquisito POLVO GRASOSO
Brissac.
y será siempre admirada por su exquisita belleza.
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443/55
U. T. 2045, Belgrano
POLVO GRASOSO de BRISSAC
PARFUMERIE
JABON HIGIÉNICO Brissac
PERFUMERIA HIGIÉNICA
Brissac
CRÊME HYGIÈNIQU
Bris
CREME HYGIENIQUE Brissac
PARFUMERIE HYGIENIQUE
$ 1.40 la caja
$ 2.— el tarro


Ameno ágape conmemorativo del séptimo aniversario del popular diario «La Unión». Además del personal de talleres y redacción se adhirieron a la simpática fiesta prestigiosas personalidades.

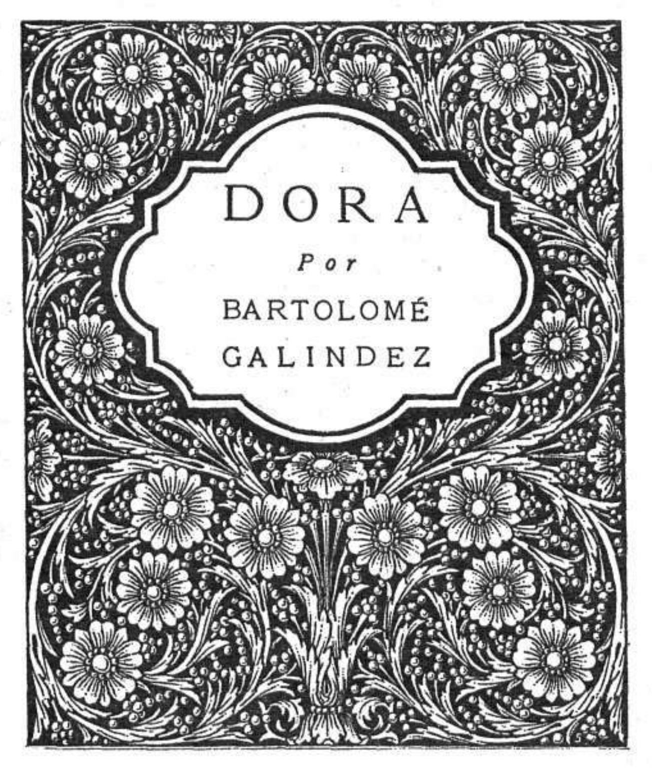

Banquete que los amigos del señor Francisco López le ofrecieron en ocasión de su retiro y próximo viaje a Europa.







El «debut» de la bailarina había sido magnífico. El público nervioso, febril, presa de un entusismo delirante, golpeaba sus manos interminablemente. Tres veces ya se había alzado y había vuelto a caer, con lentitud profesional, el gran telón flordelisado. De los palcos y de las plateas, partían bellos ramos de flores en dirección al escenario. Un rumor de colmena inundaba todo el teatro, y ella sonreía dichosa, agradecida, inclinando ante el público su cabeza rubia...



Era una muchacha delgada, pálida, de movimientos ágiles y de unos ojos azules muy hondos, muy tristes, circundados de una oblicua sombra violeta. Envuelta en sus velos transparentes que, con sus ondulaciones estudiadas, tanto embellecían la danza bíblica, extendía hacia los palcos sus brazos desnudos llenos de pulseras doradas, y seguía sonriendo melancólicamente con los rojos labios entornados, sonriendo al rumor que crecía, que aumentaba momento tras momento como una marea de cuchicheos, de aprobaciones.

El empresario, desde un palco cercano a la escena, hizo, con una de sus manos cargadas de gruesos anillos con piedras, un ademán imperativo. Ella, sumisa, un poco grave, se inclinó ante el director de la orquesta que la contemplaba interrogándola con los ojos. Entonces los violines volvieron a rasgar el aire con sus sonidos agudos y suaves, y el rumor que crecía de los espectadores fué disminuyendo poco a poco. Se oyeron, después, algunas tosecitas de nerviosa espera, y de nuevo la música volvió a iniciar el paso de la danza.

La bailarina se irguió sobre las puntas de sus pies, lenta, rítmicamente. Arqueó su torso y echó hacia atrás la cabeza. En seguida su cuerpo se quebró como una rama deshecha, y los velos revolaron alrededor de sus brazos desnudos confundiéndose, mariposeando, dando la impresión de un iris de colores cambiantes que se cruzaban al compás de las notas musicales.

Sobre ella, el potente reflector colocado en el lado opuesto, lanzaba un cono de luz ya azulada, ya verde, ya rosa. Y la bailarina rubia revivía, ante los ojos atentos de los espectadores, la visión simbólica de la trágica Salomé, danzando ante Herodes por la cabeza sangrienta de San Juan Bautista. Ya ligera, ora veloz, ya lenta y felinamente se quebrada elástica, giraba voluptuosa y salvaje, movía su talle vertiginosamente, extendía sus brazos en actitud de acecho, y giraba, giraba envuelta en sus velos aéreos y toda iluminada por el temblor reverberante de sus piedras falsas; giraba como un trompo humano sostenido por el cordaje precioso de unos nervios divinos o satánicos; giraba como una mariposa de colores...

Era una escala de movimientos que, con la música, o se elevaba hasta el vértigo rítmico, o descendíahasta el éxtasis místico. Y a cada actitud, a cada vuelo de su pie, a cada ondulación de sus gasas que dejaban entrever la epidermis fúlgida, los espectadores se estremecían como si se hallaran en presencia de la hija de Herodías rediviva. Sentían las delicias de sus posturas, se comunicaba a ellos el vértigo de la danza, y un cosquilleo de vaga voluptuosidad corría por sus médulas lo mismo que el contacto de un metal helado.

Nunca se había visto cosa igual o, en esos momentos, nadie lo recordaba. Las damas, nerviosamente, extendían sus blancos cuellos y martirizaban entre sus manos enguantadas los abanicos de plumas; los hombres, inquietos, se movían en sus sillas; el empresario acariciaba con sus dedos hidrópicos la gruesa cadena de oro que pendía de su chaleco crema. Y la bailarina seguía girando, girando lasciva, histéricamente, salvajemente como bajo el delirio de un derviche; girando sedienta, rauda, eléctrica, embriagada de su misma rapidez, de sus propias fulguraciones, hasta que de pronto toda su excitación fué descendiendo poco a poco, sus movimientos se hicieron rítmicos, lentos, con ebriedad vencida, sus posturas agónicas, y, al temblor convulsivo de sus miembros, siguió una laxitud de desmayadas formas, un desvanecimiento de cansancio. La música, que también descendía, calló...

Un aplauso formidable atronó la sala; un ¡oh! de aprobación general se esparció en todos los ámbitos del salón; un murmullo halagador de admiración llenó el espacio. La bailarina rubia se había inclinado agradecida, respirando fatigada, el rostro pálido y los ojos brillantes de fiebre, y el telón fué bajando poco a poco, como prolongando los aplausis o para dejar, al escenario, recoger las últimas flores que se arrojaban desde las primeras filas de los palcos y de las plateas. Se vió por última vez la figura de la joven que inclinaba su cabeza teniendo el cuerpo inmóvil, los brazos caídos, los velos sueltos sin movimiento alguno, como fatigados también. Luego el silencio volvió a reinar, sólo interrumpido por el murmullo de los comentarios.

Los últimos números del programa se fueron cumpliendo, pero ya no reinó ese entusiasmo, ni

la expectativa creció en el público. Sólo se escucharon los aplausos de costumbre, de cortesía, y las tosecitas de fastidio y cansancio se iniciaron.

El debut de la bailarina Dora había sido realmente magnífico. El empresario Folgére podía sentirse satisfecho de su adquisición.

* * *

Dora llegó a su camarín. Contemplóse largamente en el espejo que pendía de una de las paredes, y se frotó los párpados.

Su triunfo había sido grande, y la joven sentía esa legítima satisfacción que sienten todas las mujeres cuando se ven admiradas y aplaudidas. Era feliz en esos momentos. Todos sus anhelos, todas sus ambiciones se hallaban satisfechas. Cinco años hacía que erraba por barracas miserables y pequeños teatros más miserables aún, y he aquí que de repente la victoria halagadora y el éxito risueño venían a coronar sus ambiciones más grandes. Su juventud, pues, acariciaría ahora ese triunfo en toda la plenitud de su vida y de su belleza, y José participaría de él, lo compartiría...

La puerta se entreabrió y la doncella penetró con una brazada de flores que colocó en un pequeño diván. Ella las miró con regocijo, enorgullecida. Las acarició voluptuosamente con sus manos, aspiró su fragancia, entornando los párpados; hundió sus dedos en los pétalos de aquellos ramos magníficos, entrelazados con cintas de raso, y sintió como nunca la cercanía de la gloria; vió relampaguear, como bajo el peso de un vértigo delicioso, la visión del triunfo esperado tantos años como se espera la realización de un sueño que huye cuando más lo perseguimos, que se aleja cuanto más nos acercamos, que se evapora cuando más seguro lo creemos tener junto a nosotros. Palpó toda la intensidad de su victoria, toda la gloria de su arte y experimentó el goce infinito de un alma de mujer rejuvenecida abierta como una flor olorosa. Midió, de una sola ojeada hacia su pasado, todo el peso de su poder. Vió la realidad de su posición. Vislumbró el nuevo sendero de su porvenir y volvió a entornar los ojos embriagada, ebria de sí misma; respiró con delicia, con orgullo...

Se volvió hacia la doncella.

— Y José — preguntó con voz débil, como nacida de un sueño, — ¿no lo ha visto usted?

— No, señorita. Creo que no ha venido hoy al teatro.

Ella hizo un gesto de enfado y fastidio y, pensativa, se puso a desprenderse de sus velos, dejándolos caer con indolencia. La doncella se dispuso a ayudarla, y una tras otra fueron resbalando del cuerpo de la bailarina sus gasas diáfanas.

Un traje de raso negro embelleció aun más su figura. Menuda, fina, elástica, con sus cabellos rubios ondulados y sus ojos azules iluminados por la fiebre del triunfo, estaba realmente hermosa, y ella misma, contemplándose, se sintió complacida al alisarse el pelo con los dedos.

Golpearon suavemente a la puerta, y la doncella fué a abrir.

Entró un muchacho alto, robusto, de ojos obscuros y profundos. Tenía ese color meridional de los viajeros o de los hombres de países cálidos. Ella, al verlo, lanzó un grito de alegría, corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

El la contempló en silencio, vagamente. Había en su mirada una expresión indecible de amargura, en su gravedad un misterioso sentimiento de recelo. Paseó su vista por su alrededor, y al contemplar el diván lleno de flores, frunció las cejas y su fisonomía se ensombreció más.

Ella lo miró con amor infinito; él permaneció grave, silencioso.

— ¿Qué tienes? — preguntó ella con cariñoso interés. — ¿Te sientes mal?

El movió negativamente la cabeza.

— ¿Estuviste en la sala cuando mi debut? — continuó diciendo ella. — ¿Viste qué triunfo más fácil y más hermoso? De todos los lados llovían flores, todo el mundo aplaudía. ¡Oh, mi querido José! Te aseguro que ahora no lamento aquellos días de hambre y soledad que pasamos en Italia — ¿te acuerdas? — cuando el empresario Bertolotti, después de beber sus grades botellas de vino, nos ataba junto a la jaula de Tom, el león amaestrado. No lamento nada; ni los días de hambre, ni las horas de marchas interminables, ni las noches de miedo; nada, nada... Todo lo compensa esta noche, todo lo borra esta noche. Mi porvenir está asegurado, mi...

Se interrumpió observando fijamente al muchacho.

— ¿Pero, qué tienes? — volvió a repetir, apoyando con más fuerza sus manos sobre los hombros de él. — ¿Qué tienes, José?



— ¿No te parece, Arturo, este pueblo silencioso después del ruido y tumulto de la capital?



JOVEN MODERNISTA

— ¿Ves? He puesto todos los atributos del amor... Flechas... Arcos...

— ¡¡¡Y algunos revólvers!!!

El la apartó suavemente y se dirigió hacia el diván. Tomó uno de los ramos, lo alzó y lo contempló con tristeza, con una amargura indefinible. Después, como a una cosa que pesa demasiado para todo el desarrollo de las fuerzas, le dejó caer al suelo y se quedó inmóvil, mirándola con la misma expresión misteriosa pintada en su rostro, con la misma mirada de reproche.

Ella sintió la ofensa, y, herida en su orgullo de mujer, se inclinó y recogió el ramo clavando en su amante una mirada de desafío.

—¿Tienes celos? — murmuró con rabia, llevándoselo al pecho como si temiera que se lo arrebatara.

El permaneció silencioso.

— Te duele, acaso, que me obsequien con tantas flores, ¿verdad? Seguramente tu egoísmo se siente herido y mi triunfo te molesta. Porque tú hubieras querido...

Pero se interrumpió dominada por la serena y amarga mirada de él; se calló nerviosa, desfigurada por una emoción nueva que brotó aun en medio de su indignación. Una luz sobrenatural descendió hasta sus ojos.

— Habla — dijo; — quieres explicarme...

El, por toda respuesta, señaló con su índice las flores; ella torció la cabeza y también las miró; luego fijó los ojos en él... Y entonces comprendió, comprendió todos los temores, todas sus dudas, todos sus recelos. Comprendió el amor inmenso de ese muchacho de ojos profundos que ella adoraba desde pequeña. Recordó las horas pasadas juntos cuando vivían bajo el techo de lona de las barracas del empresario Bertolotti. Comparó sus orígenes: José pertenecía a una raza hermana, a la raza bohemia, errante injustamente como la raza judía, siglos y siglos a través de pueblos y pueblos. Ambos habían cumplido las leyes de su destino vagando por tierras lejanas, inhospitalarias; pero siempre unidos, siempre queriéndose, siempre compartiendo el bocado de pan y el sorbo de agua. Recordó que cuando pequeña, al clavar los saltimbanquis sus tiendas en tierras frías e inclementes, él, de noche, se acercaba de puntillas a su lecho de paja y la arropaba con su propio trozo de frazada, mimosa, cariñosamente, como se hace con un niño, y luego se sentaba a su lado, velando para protegerla de los malos instintos de sus compañeros de vagancia. ¡Cuántas veces José le había guardado para la noche su pan del mediodía! ¡Cuántas veces la había defendido con sus puños del furor de sus propios amos! ¡Cuántas veces había velado junto a ella su sueño como un perro fiel! Y ahora él temía... Temía, quizás, que todos esos hombres que admiraban la hermosura de su amante le arrebataran lo que a él le pertenecía como su propia alma, como su propia sangre. Temía que ella, envanecida, embriagada de gloria, ebria de poder y de ambición, lo olvidara a él, pobre bohemio sin otro amor que el de ella, sin otra ambición que el amor de ella, por ir a recostar su cabeza en el pecho de uno de esos hombres que reinan en las grandes ciudades por su posición, por su fortuna, por sus caprichos.

Dora comprendió los temores de José y tuvo, quizás, miedo de ese mismo porvenir que momentos antes la cegaba al igual de una luz vivísima. Experimentó la dulce grandeza de su amor por él, y el corazón se le llenó de felicidad, los labios le temblaron bajo una emoción indecible, desconocida hasta ese momento: el temor de perderlo...

Entonces inclinó la cabeza. Una lágrima resbaló de los ojos de la joven judía. El dió un paso hacia ella...

Las dos naturalezas errantes, salvajes, el alma del muchacho bohemio y el espíritu de la joven judía, se comprendieron como se comprenden todos lo que tienen un mismo destino. Unidos ayer en el dolor, en la miseria y en el hambre, se veían, ahora, también unidos frente al triunfo por el lazo invisible escrito en el libro de la divinidad o de lo humano.

— Dora — dijo él con dulce voz, — Dora, amada mía...

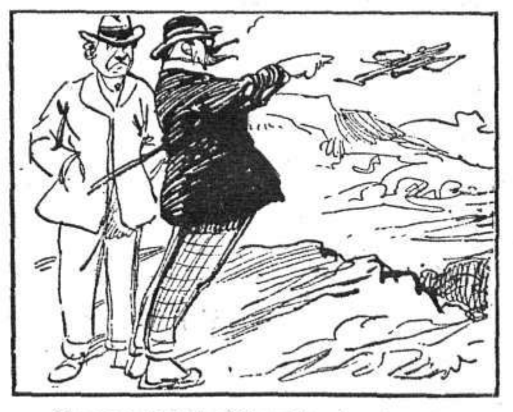
Y ella lo miró inclinando sobre su pecho la cabeza dichosa y querida, como lo hacía antes, cuando la fatiga la dominaba en el largo camino de su raza proscripta.

Sus labios, que sonreían a la gloria, sonrieron al amor, y sus manos se crisparon sobre el ramo de rosas que apretaba contra su pecho.

Algunas flores, deshechas, cayeron al suelo; pero ellos no las vieron porque sus bocas se habían unido...



Estrella del cine. — ¿Cuánto me cobrará usted por lograr mi divorcio?
El abogado. — Le haré un precio especial si usted me encarga de sus divorcios durante diez años.



— Es un aeroplano de mi invención, sin motor.
— ¿Y no se ha decidido a ensayarlo usted mismo?
— No... no ofrece seguridades...

De Lomas de Zamora



Niños que asistieron a la fiesta organizada por el Club de Señoritas en la Biblioteca del Maestro el día de los Reyes Magos, y en la que les fué distribuídos vistosos y variados juguetes que pendían profusamente del árbol simbólico.

LO QUE NO GUSTABA A WEBSTER

La familia de Daniel Webster envió a éste y a su hermano al colegio a costa de no pocos sacrificios, pero convencida de que el primero, al menos, llegaría a ser algo. Terminados, empero, los estudios primarios, y no dando para los rescursos de la familia, que se sostenía cultivando una parcela de tierra, el padre llamó a Daniel cierto día y le dijo:

— Toma esta guadaña y vete a segar un poco de heno. Yo te vigilaré mientras trabajas.

Comenzó la tarea el muchacho, pero a poco se detuvo, exhalando un suspiro profundo.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó el padre.

— Me pasa... que esta guadaña no anda. No sé qué tiene... Parece mal ajustada.

— Veamos... Dámela.

Revisó el padre la herramienta, la ajustó y se la entregó para que el muchacho siguiese trabajando. A los pocos instantes nueva suspensión de tarea por parte de Daniel, que dijo:

— Decididamente esta guadaña no tiene la hoja bien puesta.

— ¡Pues ponla como más te convenga! — le ordenó el padre, visiblemente fastidiado por tantos peros.

Y Daniel Webster, tomando la indicación al pie de la letra, se acercó a un árbol próximo, colgó la guadaña de una rama y se alejó satisfecho, diciendo:

— Es así como más me gusta. Conque ¡abur!

3 IN 1 REGISTERED TRADE MARK

ACEITE Tres-en-Uno

PARA MAQUINAS DE COSER

TRES-EN-UNO aceita el pedal, el manubrio y la lanzadera de las máquinas de coser de la mejor manera posible. Reduce la fricción y el resultado es que todas las partes del mecanismo trabajan suavemente, sin tropiezos y silenciosamente. Saca todo el polvo endurecido de entre la máquina y la conserva siempre limpia.

TRES-EN-UNO limpia y pule las partes de madera y no permite que se enmohezcan las de metal.

De venta en las ferreterias, armerias y bazares en botellas de tres tamaños y en aceiteras.

Distribuidores:
"THREE-IN-ONE" OIL CO.

Moreno 562-570 **Buenos Aires**

GRATIS: Escriba pidiendo muestras y un diccionario de los diversos usos, que se envían gratis.



El señor Manuel J. García con un núcleo de amigos que le ofrecieron una demostración con motivo de su elección a concejal.



Cómo se puede desafiar al tiempo

y asegurar la perpetua hermosura

por Charlotte Rouvier.

• • •

La tez del rostro se cambia fácilmente. Rubia o morocha.

El cutis pálido o rubio se echa a perder bien pronto, porque es muy fino y delgado. El moreno, en cambio, es cutis más grueso y, por eso, tiende a presentar un aspecto aceitoso. Tanto para el uno como para el otro el mejor remedio consiste en el empleo de la cera mercolizada (en inglés: «pure mercolized wax») que, al absorber gradualmente, un poco todos los días, la piel gastada de la superficie, sin dañar en lo más mínimo el delicado y joven cutis que se halla debajo, termina por poner a este último de manifiesto, con lo que se consigue presentar ese exquisito sonrosado de la primera juventud, lo que equivale a rejuvenecer en 10 ó 15 años de edad. La cera mercolizada, que puede obtenerse en cualquier farmacia, se aplica como si fuera cold-cream.

Utiles consejos para el verano.

Durante los días del estío muchas damas se sienten intensamente fastidiadas por su excesiva transpiración y por el olor desagradable producido por aquélla. Será para ellas una buena nueva el saber que actualmente esas molestias pueden ser eliminadas instantáneamente y neutralizadas con el empleo de un poco de borite en polvo. Este agradable polvo blanco es un inofensivo y eficaz desodorante que parece ejercer sobre los poros del cutis una acción vigorizadora al mismo tiempo que enérgicamente antiséptica. Un poco de borite puede ser fácilmente conseguido en casi todas las farmacias.

Los peligros del rouge.

El carmín o rouge, a más de dar al rostro un antipático aspecto artificial, trae aparejadas malas consecuencias para el cutis, haciendo que las mejillas se arruguen y se sequen y, a veces, se llenen de barrillos. El rubinol, absolutamente inofensivo, embellece las mejillas con un rosado que en nada se distingue del natural. Todas las mujeres de mejillas pálidas, para suplir la falta de color natural, pueden recurrir confiadas al rubinol en polvo, que pueden adquirir en cualquier farmacia, perfumería y otros comercios que se dedican a la venta de artículos de tocador.

Una cabellera naturalmente ondulada.

El buen stallax no solamente produce el mejor shampoo posible, sinó que además tiene la propiedad peculiar de formar una natural y pronunciada ondulación en el cabello, efecto que seguramente desean casi todas las damas. Una cucharadita de las de café llena de granulados stallax disueltos en una taza de agua caliente, deja amplio margen para hacer un magnífico lavado de cabeza y da al pelo una brillantez y suavidad que ninguna otra cosa conocida puede proporcionar. Es totalmente inofensivo y puede comprarse en casi todas las droguerías. Como hasta ahora ha sido poco usado para este propósito, el stallax sólo se vende en paquetes con sello original, conteniendo cada paquete cantidad suficiente para veinticinco o treinta shampoos.

Extirpación completa del vello.

Cómo quitarse de un modo permanente, no sólo temporalmente, el vello que desfigura la belleza, es cosa que muchas damas desean conocer. Es una lástima que no esté extendido más generalmente el conocimiento de que basta para el caso el uso de porlac puro pulverizado, de venta en todas las farmacias. Debe aplicarse directamente al pelo que se quiera hacer desaparecer. Este tratamiento se recomienda porque no sólo borra instantáneamente el vello sin dejar la menor señal, sinó también porque mata por completo las raíces.

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

HISTORIA DE ARRABAL, *por Manuel Gálvez*. — Esta vez el distinguido autor de *La Maestra Normal* ha descendido a las últimas sentinas de la sociedad en busca de sujetos para sus estudios de orden psicológico-social, puestos en forma de novela; y aun en esas sentinas el señor Gálvez ha dado con lo peor de lo peor, con una verdadera colección de monstruos de depravación, a los cuales no les queda de humano sino la figura. Los dos personajes principales de esta *Historia de arrabal*, Linda y el Chino, son igualmente depravados, el uno en su repugnantemente viciosa crueldad; la otra en su igualmente repugnante resignación, con apenas uno que otro sobresalto de inquietud, y que parece arrancar su origen de un concepto perfectamente físico, diremos, del amor, si en este caso puede encanallarse así esa palabra.

No es dudoso que la nueva novela del señor Gálvez sea el resultado de inteligente y minuciosa observación; pero quizás podría hacerse al autor el reproche de haber acumulado en el Chino, por ejemplo, tanta maldad, que llega a tomar los contornos de un personaje de pura imaginación. En todo momento el espectáculo que nos presenta el señor Gálvez es de aquellos que, más que compasión, provocan un disgusto frío y profundo de pertenecer a la misma especie que esos seres. Con Linda quisiera el lector reconciliarse alguna vez, tenderla una mano amiga para sacarla del infierno en que vive; pero no tarda en advertir que la muchacha, en cuanto parece querer salir del infierno, parece también empezar a echar de menos sus suplicios, cuando no su situación de esclava de una voluntad más fuerte que la suya. Así, la lectura de *Historia de arrabal* deja en la boca un gusto amargo. Evidentemente esa es la vida de ciertas gentes del arrabal — es de esperar que no todas sean así — esos son sus vicios y sus crímenes y ese es su sistema de relaciones sexuales; mas eso no quita que todo ello aparezca odioso precisamente en la medida en que el arte del autor triunfa. Con bien mantenida objetividad el señor Gálvez ha observado la canallesca tragedia de esas vidas, ninguno de cuyos dolores ni vergüenzas le saca de su papel de observador impasible, y la ha escrito en un estilo más bien seco, pero intenso, preciso y de un realismo bien adaptado al asunto. No ha buscado el autor la novedad sino la verdad; y de ahí que el argumento de su novela podría ser el mismo de la que se sentiría tentado a escribir un joven nevelista romántico. No falta ni el patrón que corteja a la obrera bonita, ni el joven bueno y desgraciado y hasta feo que la heroína ama y de quien espera una salvación que quizás, en el fondo de su alma miserable, no quiere. Por lo demás, muy bien compuesta está esta novela del señor Gálvez, cuya acción se desarrolla sin que en ningún momento el lector dé con lo imprevisto ni lo anormal, dado el punto de partida. Hasta la parálisis del padre de Linda, guerrero del Paraguay, naturalmente, viene en su punto. Y como condición fundamental de esta nueva novela del autor de *La tragedia de un hombre fuerte*, lucen una vez más en ella todas las cualidades de talento, estilo, vigor, observación, penetración y composición que desde hace tiempo lo han puesto, en sitio de distinción, entre los mejores novelistas de la América española. Señalaremos, pues, con piedra blanca, el día de la aparición de *Historia de arrabal*.

HISTORIA DEL ARTE, *por Jorge Cabral*. — Contiene este volumen algunos ensayos sobre arte que abarcan campos muy distantes, como que van de la historia de la escultura arcaica en Grecia a la música incásica, de Beethoven a la vihuela y la guitarra, pasando por Greuze y Fragonard, Chopin y Wagner; pero esa diversidad de los objetos de sus estudios no quita a las páginas del señor Cabral nada del valor que le prestan la preparación y la sinceridad del autor, tan dado, como se ve, a la escultura como a la pintura y a la música. Sus conocimientos, si no agotan la materia, son lo suficientemente vastos para darle catedrática autoridad; y su estilo, sin distinguirse por cualidades brillantes, es el que conviene a un profesor que comprende que un estilo claro y correcto es condición esencial para el buen éxito de cualquier cátedra, inclusive la de estética. En lo que nos parece que el señor Cabral se deja llevar por un entusiasmo generoso sin duda, pero a nuestro juicio excesivo, es en sus apreciaciones sobre la música incásica, que no ha oído, seguramente, sino en las transposiciones, o como se diga, de músicos un poco ingenuos, empeñados en hacernos creer que esas transposiciones a orquestas modernas completísimas corresponden de verdad a la música de los indios del Perú antes de la conquista. Si alguno de los hipotéticos Wagner o Chopin, o Beethoven del Tihuantisuyo resucitase y oyese tal música y se le dijese que era la suya, de fijo no entendería jota. Mas el indianismo está de moda, y hay que creer que los quichuas y los aymaráes y los guaraníes y *toute le lyre* indiana de la América eran personas muy adelantadas y entendidas en todas las ciencias y en todas las artes. Pero advertimos que nos salimos del tiesto, como se dice, y concluímos declarando que hemos leído el libro del señor Cabral con tanto interés como gusto y no sin algún provecho.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS:

Ensayos críticos y polémicos, por Antonio Caso. Ed. «Méjico Moderno». Méjico.

Recuerdos y crónicas de antaño, crónicas ilustradas y reportajes publicados en «La Mañana», por Rómulo F. Rossi. Ed. Peña Hnos. Montevideo.

Desde el púlpito de mi alma, poesías, por Gumersindo Piñero. Ed. Impr. Sáenz. Buenos Aires.

Luz en el sendero, por M. C. Ed. Lib. «La Facultad». Buenos Aires.

FOLLETOS:

Por la patria y por la América, estudios internacionales, por Gustavo A. Ruiz. Ed. Imp. «Mercantil». Buenos Aires.

El Trovero Gauchesco, estudio de don Mariano Leguizamón. Ed. «J. Peuser Ltda.» Buenos Aires.

Conferencias pedagógicas, pronunciadas por profesores y editada por la «Real Asociación de Maestros para la Enseñanza Primaria». Sevilla.

Club A. Boca Juniors, memoria y balance del décimoctavo ejercicio. Ed. «Accinelli». Buenos Aires.

Miguel Cané, ensayo crítico, por Clotilde Guillen de Rezzano. Ed. «Coni». Buenos Aires.

ANUARIOS:

Bomberos voluntarios y sala de primeros auxilios de Avellaneda. Memoria de su actuación al cumplir su vigésimoquinto aniversario. Avellaneda, Buenos Aires.

Almanaque del Trabajo, pequeña enciclopedia práctica, dedicada a las utilidades de todos los trabajadores en todas sus ramas, obra dirigida por J. Rouco Oliva. Ed. Federación Gráfica Bonaerense. Coll y Vaccaro. Buenos Aires.

REVISTAS:

Omnia. Año I. Números 3 y 4. Buenos Aires.

El arte tipográfico y el escritorio. Año XX. N.º 5. Nueva York.

Israel. Año VI. Tomo VII. N.º 333. Buenos Aires.

Automóvil Club Argentino. Año V. N.º 49. Buenos Aires.

Revista Jurídica. Año XXXIX. Número correspondiente a noviembre. Buenos Aires.

Boletín Sarmiento. Asociación Protectora de Animales. Año XIII. Números 111 y 112. Buenos Aires.

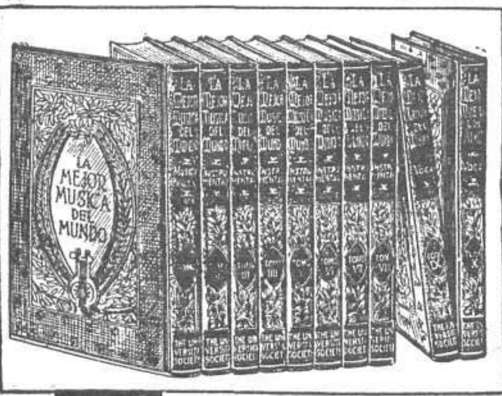
Educación Física. Año II (II Ep.). N.º 7. Buenos Aires.

Educación. Año I. N.º 8. Montevideo.

La Tribuna Odontológica. Ha cumplido su séptimo aniversario esta prestigiosa revista medical porteña que dirige el doctor B. C. Branca. Su número aniversario viene nutrido de colaboraciones gráficas y literarias que firman personas de arraigo en la medicina dentaria.

MUSICA:

Argentinos, Oid, marcha patriótica, original del profesor Amleto Alfredo Viola. Buenos Aires.



La MEJOR MUSICA del MUNDO

FAMOSA BIBLIOTECA MUSICAL PARA PIANO.

Le brinda en sus páginas las obras más célebres; las joyas más preciadas de los genios musicales más grandes, antiguos y modernos.

LOS CLASICOS, LA ESCUELA ROMANTICA Y MODERNA

PIEZAS DE SALON, DE CONCIERTO, BAILABLES, CLASICOS, ARIAS MAS FAMOSAS DE LAS OPERAS LAS CANCIONES DE TODAS LAS NACIONES

TODOS LOS PAISES - ESCUELAS Y TENDENCIAS.

Su contenido se halla prolijamente clasificado por INDICE DE COMPOSITORES — INDICE POR SELECCIONES — INDICE DE PRONUNCIACION — INDICE GRADUADO (o por grado de dificultad de ejecución, desde las fáciles hasta las más difíciles).

PERFECTA DIGITACION — USO EXACTO DE PEDALES

I. Paderewsky, M. Dumesnil, Perelló de Segurola.

Y otros maestros tan célebres y famosos como los citados son los principales directores de esta notable Enciclopedia Musical.

10 TOMOS ENCUADERNADOS EN TELA,

profusamente ilustrados con cuadros alusivos a la música (en retrogravure); impresa en papel glacé, con más de 300 páginas de música cada tomo, constituye la última expresión de las modernas artes gráficas y el complemento indispensable de un piano y EL MAS ALTO EXPONENTE DE CULTURA MUSICAL.

¡SE ABONA EN MENSUALIDADES DE $ 8.— m/n — SIN FIADOR — A SU SOLA FIRMA!

TRES HERMOSOS OBSEQUIOS A ELECCION

de todo SUBSCRIPTOR que nos remita el PEDIDO DIRECTAMENTE, incluyendo el PAGO INICIAL DE pesos 8.— (Al enviarnos el PEDIDO, indique en el CUPON el número del regalo que elige).

Con solo **0.25** cts. diarios puede Vd. adquirirla!

Padres! Hermanos! Novios! Esta es la oportunidad para hacer un regalo de buen gusto, económico y recreativo, a la par que instructivo. Será un regalo que nunca será echado en el olvido.

REGALO N.° 1: Hermosa Bibliotequita «ARALUCE», profusamente ilustrada en colores, compuesta de 5 tomos, con las siguientes célebres obras: EL DANTE, ROBINSON CRUSOE, EL PARAISO PERDIDO, DON QUIJOTE Y LA CABAÑA DEL TIO TOMAS (la lectura ideal para la juventud).

REGALO N.° 2: Notable «DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO» (2 tomos en uno), conteniendo: 90.000 artículos, 6.000 grabados, 2.003 retratos, mapas en colores, cromotipias, cuadros y cerca de 2.800 páginas de £xto. (Algo extraordinario).

REGALO N.° 3: Regio LAPIZ «EVERSHARP» de oro enchapado 14 kilates. Valor: $ 12.40 moneda nacional.

Pedido directo a THE UNIVERSITY SOCIETY INC.-Rivadavia, 850-Bs. As.

— UNION TELEFONICA 541 RIVIDAVIA —



Sirvanse enviarme la Biblioteca Musical de 10 Tomos "LA MEJOR MUSICA DEL MUNDO", que abonaré en 26 mensualidades de $ 8.— c/u., y a cuenta de las cuales incluyo con este PEDIDO $ 8.— m/n. Elijo como OBSEQUIO GRATUITO el REGALO N.°...............

FIRMA..

NOMBRE..

APELLIDO..

PROFESION..

DIRECCION..

CALLE.......................... N.°..........

CIUDAD.......................... F. C..........



De Valen ín Alsina



La directora de la escuela N.° 8 de esta localidad, señorita Lola Aguirre, con el personal docente de dicho establecimiento, que organizaron una hermosa fiesta escolar con motivo de la terminación de los cursos.

Unas manos blancas suaves intensamente perfumadas

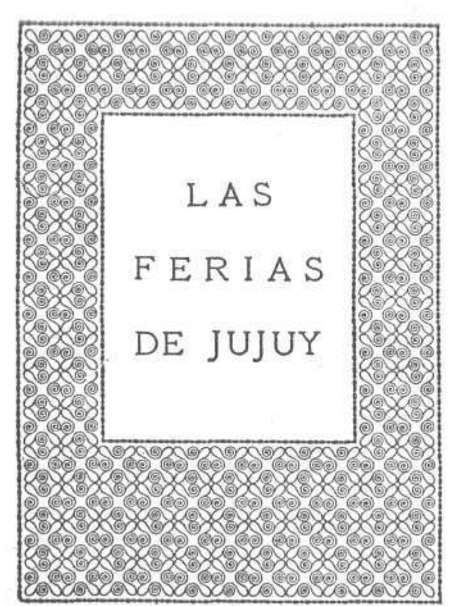
denotan gustos delicados y proporcionan una "patente" inconfundible de distinción y elegancia. Sus manos serán admiradas por cuantos las vean si usa V. asiduamente el Jabón Heno de Pravia, cuyo perfume intenso y característico quedará incorporado permanentemente á su cútis. La pasta neutra del Jabón Heno de Pravia, exenta de toda materia cáustica, produce una abundante y untuosa espuma, que limpiará perfectamente los poros de su epidermis, facilitando la respiración cutánea.

Lavándose con Jabón Heno de Pravia experimentará V. una exquisita sensación de bienestar.



Es jabón puro, sin mezclas ni adulteraciones. Su perfume es tan intenso al final como al principio de la pastilla. De venta en los principales establecimientos. - Representante general para Argentina y Uruguay: Jorge E. Chadwick, Esmeralda, 132, Buenos Aires.

PERFUMERIA GAL.-MADRID



LAS FERIAS DE JUJUY

En las tierras del norte las tradiciones nativas han creado como carácter social de los pueblos costumbres originales y útiles, alegóricas y tristes. El respeto por los mitos primitivos, que originaron las primeras devociones a la superstición y a la leyenda, perdura con un fanatismo religioso en el espíritu estático de los pobladores cual si fuera la prez de una civilización errante y perseguida. Entre esos ritos civiles, las ferias de Pascua que se celebran en Jujuy tienen una fisonomía propia y singular. En parodia de fundación urbana ellas renuevan todos los años el culto de una herencia ancestral de derroche, de alegría y de comercio.

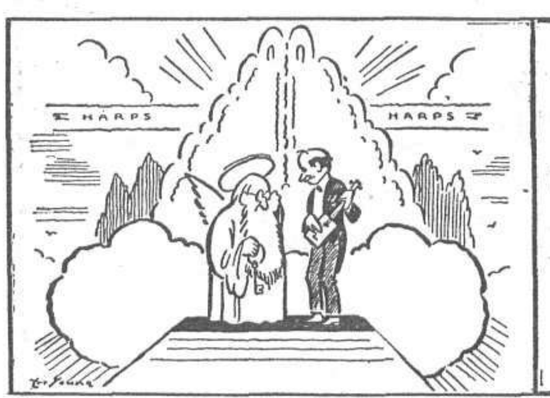
Llega abril y la gente pueblerina se apresta a celebrar la ceremonia. Al norte de la ciudad jujeña se extiende una larga planicie llamada *La Tablada.* Allí, en pintoresco éxodo gitano, se trasladan todos los comerciantes menores de usura y de ocasión. Luego, en una gran línea de tiendas de campaña, improvisan sus viviendas con la apariencia heroica de un campamento militar. Todos esos seres — hombres o mujeres — son gente de filosofía práctica y segura, de moral absurda y vana, de negocios deleznables y penosos. Las autoridades locales admiten con tolerancia pasmosa la implantación absoluta y libre de todos los juegos vedados por la ley. Poco les importa la responsabilidad legal de los garitos, ni la explotación del vicio y la ignorancia cuando los impuestos fiscales fructifican en favor de las exhaustas arcas del Estado.

Sin embargo, en otros tiempos estas ferias eran punto de centralización comercial y económica, mercado de haciendas, de productos nacionales y de industria general. Del Perú, Chile y las comarcas cercanas llegaban viajeros extraños con pensamientos de transacción y de fortuna. Entre esa invasión de conquistadores nuevos, aparecían también los comerciantes palurdos y aborígenes de Bolivia trayendo en sus recuas de burros y llamas grandes cargas de frutas, piezas de plata, utensilios de barro y tejidos codiciados y valiosos. Durante un mes la caravana exótica realizaba con resignación y pesadumbre esta peregrinación fenicia. Mas ellos eran felices, porque regresarían a sus lares con fuertes previsiones de maíz, alimento eficaz y sano para sus vidas perezosas y aburridas.

Bajo el aspecto económico las ferias han perdido actualmente su valor. Nada representa ya para Jujuy como exponente de progreso ni de cultura. La tradición interesante y honesta se ha corrompido por le avidez desenfrenada del derecho impositivo. La orgía de la ley ha provocado un caos de perdición social. Por eso, lo único que perdura en agonía es el carácter sombrío y doloroso del folklore original.

Estamos en La Tablada en los días de Pascua. Una muchedumbre inquieta y monótona visita desde el amanecer las ferias. Los comerciantes aborígenes reposan al aire libre, ofreciendo al público sus diversos artículos. Visten ponchos talares y abrigados. A su lado las mujeres destacan la extravagancia de su moda rispida y barroca. Usan amplios sombreros ovejunos, rebozos floreados y polleras rojas, verdes, amarillas, rosadas y violetas. Ellas ayudan a vigilar el negocio; mientras tanto las imillas preparan las meriendas de sabor acre y excitante. En las carpas cercanas se prologa ya la iniciación festiva. Esa confusión de razas y costumbres antagónicas avivan el interés de la vagancia. Y en medio de una alegre expectativa se inaugura esta parodia vaga y descolorida de las famosas ferias sevillanas.

La liturgia definitiva de los ritos comienza al medio día. Es un despertar imperioso de los sentidos humanos, conmovidos por la fascinación de un erotismo dionisíaco y pavoroso. Todo el pueblo de la ciudad jujeña se ha volcado en La Tablada. Los carruajes pasan atestados de mujeres hermosas y sonrientes. Se inicia entonces, al frente de las carpas,

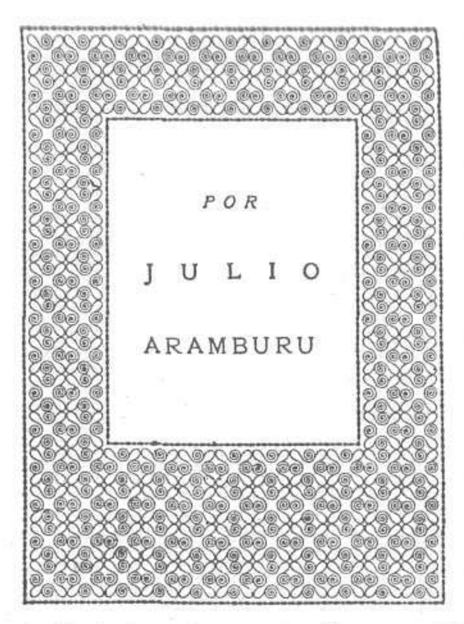


El nuevo llegado — Sí; Pedro es un kukulele. He creído que le agradaría cambiar un poco.



— ¿Qué quiere usted, joven?
— Vengo a colocar los rieles del ferrocarril que va a pasar por aquí.
— ¿No podría volver mañana? Porque tengo una gallina sacando pollos.

una especie de corso civil entre la muchedumbre de peatones errabundos. El bombo, mientras tanto, golpea la monotonía de su acento sordo. En todas partes los paisanos ebrios entonan canciones amorosas y dulces, ardientes y provocativas. Un desasosiego enloquecedor y nervioso apresa el espíritu de los concurrentes. Gritos, risas y cantares ponen el entusiasmo alucinante de las saturnales primitivas. Las orquestas nativas arrecian la melancolía profunda de su música emotiva. Luego de una impresión visual, el público se divide en bandos de propósitos. Unos compran frutas, tejidos y trebejos indígenas. Otros, monturas, cueros de tigre, ponchos de vicuña y riendas de anta para domar potros salvajes. En ese destino de pensamientos distintos fenece el día lentamente. Mas cuando aparecen en el cielo las primeras estrellas, la mitad de la multitud emprende el regreso al hogar, presa de un fervor religioso cual si hubiera asistido a la fiesta más cara de un paganismo secular.



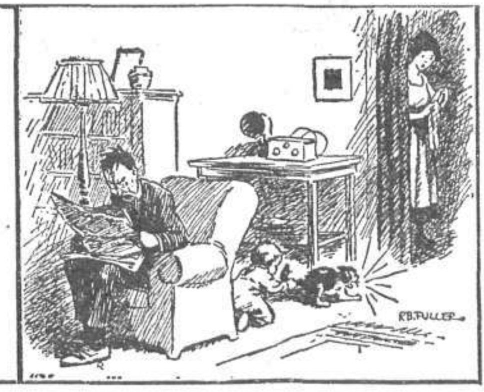
Llega la noche y la parranda continúa con vehemencia. Es una bacanal agreste y sonora, inconsciente y brutal. Hombres y mujeres alardean de su beodez y derrochan el dinero con placer. Los músicos repiten con amor sus piezas favoritas. Son tangos, cuecas, zambas, gatos y chilenas que tienen un acento profundo de dulzura. Flautas, mandolines, guitarras, arpas y acordeones confunden la armonía de sus ritmos melancólicos. Ahora la fiesta dionisíaca vibra en su apogeo.

Entramos en la carpa. El recinto, débilmente iluminado, es sencillo y sugerente. A los costados, en largos bancos de madera, descansan parejas soñolientas. Al fondo, al lado de la pequeña cantina, se destaca la democracia de la orquesta criolla. Entre todos los presentes reina una confianza familiar. Las copas circulan de mano en mano, desbordantes de cerveza, vino, *chicha* y aguardiente. De pronto el arpista se levanta y anuncia como en el coro de una tragedia primitiva la iniciación del baile. Suenan los instrumentos y la danza comienza. Las parejas vacilan, algunas mujeres sentimentales se resisten, pero la voluntad temeraria del hombre triunfa inexorablemente. Ya es una cueca armoniosa y serena, ya un gato enérgico y ágil, ya un bailecito ingenuo y cerril o ya un tango voluptuoso y ardiente. La fiesta los embriaga con un entusiasmo arrebatador y delirante. Las horas pasan y todos continúan bailando con una devoción religiosa y fanática. Así danzan sin cesar, satisfechos, trémulos, llenos de fervor, de pasión y de locura. Los bailarines diestros han provocado un desafío. Una rueda de admiradores los circunda con su aplauso y estupor. Ellos enseñan la agilidad de las posturas, la perfección de los giros y la contorsión espasmódica de los músculos. Las manos van golpeando los compases, mientras preparan la ovación final que lisonjea el orgullo de los triunfadores. El interés del holgorio ha atraído también a los funcionarios públicos del gobierno local. Esa fraternidad social los conmueve de idealismo democrático. Luego el comisario de turno preside la bacanal y todos se confunden en este torbellino de perversión humana.

Así pasan las noches y se renuevan los días con idéntica actuación. Nada importa la pelea que surge, ni el insulto que hiere, ni la moral que cae, ni el epílogo trágico de alguna vida anónima. La diversión es un deber, una necesidad orgánica, una ley inflexible de la tradición remota. Estas ferias de una dureza amarga y desolada, se prolongan hasta un mes según la complacencia provechosa del gobierno. Las emociones puras se extinguen en la depravación del vicio y la conciencia. Ya no queda un recuerdo dulce y halagüeño, sino una desesperación morbosa, un resabio de barbarie y de cansancio. El progreso espiritual de estos tiempos exige el salvamento de esa civilización amenazada. Ya la provincia tiene demasiado estigma con el paludismo endémico.



— No bailo muy bien, ¿verdad?
— ¡Oh! Usted bailará mejor cuando aprenda a sostenerse sobre su pie.



— María, cierre el radio. Ya está maullando otra vez ese maldito cantante.

De Bragado



El rector del colegio nacional, señor José Blanes, con los primeros bachilleres egresados de este establecimiento.

La señorita directora, Rosa Sequeira, con las alumnas de la escuela normal incorporada recibidas este año.

De Villa Excelsior

Alumnas de la escuela nacional de esta localidad que concurrieron a la hermosa fiesta escolar llevada a cabo en el local de la misma con motivo de la clausura de las clases.



AUTOMOVILES DODGE BROTHERS

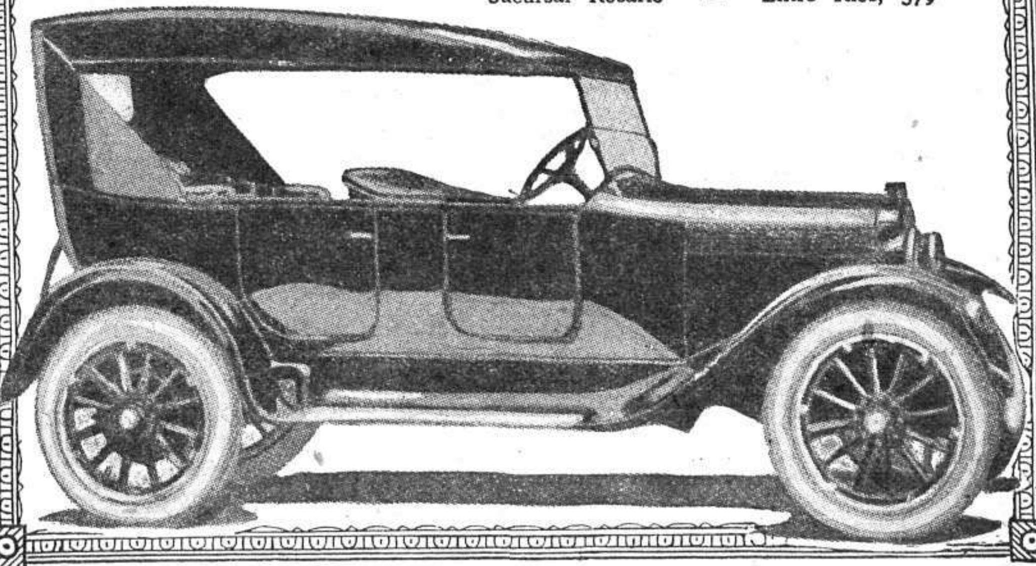
Nuestro gran problema es satisfacer la demanda instituída por la bondad del coche.

Los talleres DODGE BROTHERS están asumiendo las proporciones de una ciudad, pero la demanda excede el desarrollo.

El motor es de 30-35 HP.

El precio:
completamente equipado con su quinta goma... **$ 4.650 m/n**
(sobre wagón Buenos Aires)

JULIO FÈVRE hijo & Cía.
Av. Leandro N. Alem, 1620/40. Bs. As.
Sucursal Rosario — Entre Ríos, 579



Notas Sociales

Para la vida mundana no existe ya tregua ni reposo... Apenas el obligado paréntesis para instalarse en la *villeggiatura* elegante y reanudar todas sus actividades... Hay quien asegura, sin embargo, que la temporada de Mar del Plata no será tan brillante como en años anteriores y que, a pesar de haberse abierto ya las más suntuosas villas de la loma, las personalidades sociales, *celles qui font la pluie et le beau temps*, que diría un cronista *snob*, no han dado aún la iniciativa. Esta falta de animación es realmente singular cuando se vive, la primera quincena de enero, en la luminosa playa del sur... Pocas comidas — pues éstas se reducen casi siempre a determinado círculo — y pocas fiestas en perspectiva... pero una afluencia de gente extraordinaria, lo que nos permite asegurar que, aunque breve, la tradicional temporada de nuestra *Feria de Vanidades* alcanzará, dentro de pocos días, la misma importancia de los años anteriores.

Mientras tanto, los pueblitos de la costa reviven sus horas de alegría, sus tardes plenas de romántico ensueño; los yates surcan incesantemente las aguas del río que, al reflejar como en un mágico cristal toda la belleza del cielo de la tarde, toda la fronda de su ribera, aquieta y duerme las preocupaciones de nuestro espíritu, que se recoge serenamente «bajo las alas de la sombra que va subiendo, hasta que la tembladora caricia de las estrellas llega a pulsarlo como a un arpa plena de melodías...»

La alta vida mundana se traslada, pues, cambiando sólo de escenario... También ella busca las nuevas y profundas emociones del paisaje; le place escuchar el canto prodigioso del mar, el hondo misterio de una fronda tupida y rumorosa, las risas del agua, cayendo desde lo alto de las sierras por el despeñadero... y es que la ciudad del ruido es hoy como una fragua hirviente; pero no por ello logran paralizarse sus actividades, y las que permanecemos aún en ella vivimos su vida múltiple, interesándonos por las crónicas que nos llegan desde lejos, interesándonos también por todas las palpitaciones de la vida diaria... Si, como nos enseña una escritora nuestra cuya mente luminosa crea incesantemente pensamientos profundos y sentimientos exquisitamente delicados (1), «no podemos vivir a la vez más que un instante, y que el arte de vivir es justamente el arte de vivir *el instante*», debemos atesorar, entonces, todo lo bueno, lo elevado, lo bello, porque «el arte de vivir podría definirse casi como el arte de formarse excelentes recuerdos; y para esto el único medio a nuestro alcance es el de extraer de cada instante toda la belleza y la bondad posibles...»

Tenemos, pues, que aprender la lección maravillosa — tan sencilla al parecer — y para ello no debemos limitar nuestra actuación dentro de un círculo determinado, ya que la vida moderna ha ampliado de manera extraordinaria el conocimiento de los hechos, de las cosas... Nuestra afición a *mirar pasar la vida* entraña siempre cierta preferencia por la observación serena y generalmente indulgente de la sociedad moderna... Y antes de vernos tentadas por el deseo de criticar ciertas modalidades mundanas, convengamos, amigas lectoras, en que tenemos mucho que aprender... siempre que no pretendamos encerrarnos en un mismo círculo..

Días pasados mencionaba, en otra crónica mía y a propósito de nuestros progresos en independencia femenina, el ejemplo que nos dan nuestras hermanas del norte, las viajeras infatigables, que abandonan el huerto familiar para conocer países y costumbres, atesorando así conocimientos y recuerdos... Pocas horas después llegaba hasta mí el comentario, agitado y preocupado a la vez, que consideraba como *peligrosa* la visita a la Argentina de un grupo de distinguidas figuras femeninas, llegadas recientemente a la ciudad del ruido para tratar de despertar en nuestro ambiente el interés por la conquista de los derechos políticos de la mujer...

Comprendo — a pesar de mis convicciones, y lo he declarado más de una vez — que nuestra sociedad, eminentemente conservadora, no está preparada aún para tan trascendental evolución; pero ¿cómo puede temerse, dentro de ciertos círculos femeninos, la presencia de una destacada personalidad, dama tan culta como distinguida, de una verdadera gran señora, cuyo trato, cuyos vastos conocimientos y exquisita discreción pueden orientar y ampliar nuestras ideas? Aquellas figuras femeninas que no sean absolutamente esclavas de la vida frívola o inútil deben fomentar siempre el mutuo conocimiento con mujeres de una mentalidad superior y *atesorar, así, los recuerdos* y pensamientos provechosos para el futuro... Entonces, las que no hayamos recibido el don divino de crear y enseñar, como la eminente escritora argentina cuyo reciente artículo me ha impresionado hondamente, podremos asimilar ideas de progreso, amplias y generosas, que, adaptadas al ambiente en que nos es dado actuar, pueden germinar más tarde y florecer maravillosamente, abriendo nuevos horizontes a la influencia de la mujer buena, inteligente y culta, dentro de la sociedad, influencia que enaltecerá su pedestal en el hogar sin perder por ello el femenino encanto, pero dándole también la autoridad que le corresponde como compañera y colaboradora del hombre y para modelar noblemente la mente y el corazón de sus hijos.

El propósito de unión, de estrecha amistad entre la mujer americana, inspirada en elevados ideales de paz y de progreso, debe despertar en nuestro ambiente unánime simpatía... Reservemos, eso sí, la acción, la lucha decidida, para aquellas de nosotras que hayan ya cumplido su misión de esposas y de madres, vivido su vida sentimental y alcanzado la madurez de juicio y de criterio merced al estudio que dilata y enriquece su inteligencia natural; ellas podrán dedicar entonces sus actividades al progreso de la humanidad, en vez de tratar de prolongar a toda costa una aparente juventud o recluírse egoístamente para descansar...

Nosotras, las menos decididas, ya sea por las circunstancias de nuestra propia vida, por carácter o temperamento, aprendamos a extraer de estas grandes lecciones toda la belleza y la bondad posibles... Pero para ello no podemos limitar nuestra actuación social; y haciendo mío el pensamiento de la escritora que tanto admiro, permítaseme aplicar aquí una de sus frases: «Nuestra alma no vive, no puede vivir herméticamente encerrada en su momento actual...»

La dama duende.

Enero 16 de 1923.

(1) Delfina Bunge de Gálvez, "La importancia del pasado".

EN LAS SOMBRAS

¿Recuerdas? Llenos de emoción llegamos
Al lugar de la cita convenido;
Nunca tanta emoción hemos sentido
Cómo cuando ¡al fin solos! nos hallamos.

Todas las ansias que hasta ayer guardamos
En nuestro pobre corazón herido,
Las volcamos allí, y ese fué el nido
Que para nuestras almas anhelamos.

¡Por siempre unimos nuestras vidas trágicas!
Mientras se oyeron como notas mágicas
Los trinos de inspirados ruiseñores,

Nos internamos en las sombras bellas...
¡Para no profanar nuestros amores,
Apagaron sus luces las estrellas!

FAUSTO E. VIGLIONE



GRIET PARFUMEUR
Con los productos más puros y finos se preparan los exquisitos
PERFUMES Excelsior GRIET & Cia
Así lo evidencia el favor constante que las damas otorgan a las ricas
AGUAS DE COLONIA
LILAS EXCELSIOR
INGLESA EXCELSIOR
Ideal para el baño
EXCELSIOR
Extra Concentrée
SPORTSMAN
GLADYS
Ambrée
POUDRE Excelsior EXTRA CONCENTREE GRIET & Cie
Precio de la caja $ 1.70
De ideal perfume.
POLVO Excelsior
Extra Concentré
Se prepara en los tonos Blanco, Rosa y Rachel.
GRATIS - Remitimos muestra del POLVO EXCELSIOR a quien la solicite.
Lilas EXCELSIOR
Frasco grande $ 4.40
Frasco medio $ 2.90
Excelsior EXTRA-CONCENTREE
Frascos:
grande $ 6.40
medio » 4.80
cuarto » 2.90
SPORTSMAN
Frasco grande $ 3.60
Frasco medio $ 2.20
Frasco cuarto $ 1.50
Perfumeria Griet & Cia
Perfumes Excelsior
LAVALLE, 717
BUENOS AIRES

De Mar del Plata

Nuevos bachilleres egresados del Colegio Nacional


Señor J. J. Malmierca.


Señor Luis M. Muro.


Señorita Josefa Colombo.


Señorita Carmen Caldararo.


Señor J. Catuogno.


Señor N. González Suetro.


Señor M. Benítez.


Señor M. Blas.


Señor J. Tarantino.


Señor C. Martorano.


Señor H. García Vega.


El rector, señor Alejandro V. Bergalli.



«Caminos de gloria»

Siendo interpretada por la muy gentil Mary Miles Minter, que es, de por sí, un cachito de gloria, tenía que agradarnos; y como, además, esta película ofrece un argumento bastante novedoso y las escenas son magníficas, hemos pasado un buen rato ante la pantalla, donde hemos podido apreciar la admirable verdad artística de algunos de sus episodios.

«Inocencia y vicio»

No ha «entrado» por muchos espectadores debido, sin duda, a ese tonto afán de algunos productores que quieren «hacer» psicología y plasmar cuestiones sociales con pretensiones filosóficas. Ya lo hemos dicho: que jueguen las pasiones, que los sentimientos se exterioricen; que se luche por la inmediata posesión de algo, bueno o malo; que se viva, en fin: esto nos agrada a todos en el cine. Pero «cerebraciones» de tipos reformistas cuyo artificio y falsedad trascienden enseguida por su falta de consistencia ideológica, es quitarnos los centavos y el tiempo.

Por lo demás, la «estrella» June Caprice, que es la protagonista, tiene «sus cosas» y nos interesó.

«Sentenciado a cadena perpetua»

Otra de las tantas producciones que se desarrollan en el pintoresco oeste, esa mina inagotable en recursos cinematográficos, es una de tantas cintas, entretenida, enredosa, pasional, con sopresas, etcétera. Una más y no de las peores, que cumple con su programa rural y aventurero.

«El campeón de los deportes»

A base del excelente actor Juan Blunt, es una película interesante y movida. El protagonista, después de medio arruinar a su señor padre con despilfarros deportistas, tiene bastante inteligencia y *habilidad* para, *reaccionando* en sentido práctico, comenzar una nueva existencia ateniéndose a sus propios recursos, y a fe que lo logra con creces, de nuevo conquistándose la amistad y el bolsillo de su progenitor y, por feliz añadidura, el corazoncito *tierno* de Elena, una *«girl»* simpática que se prenda de la fortaleza de sus encantos físicos. En fin; todo un idilio a base de lo que llamamos *«cultura física»*.

«Los cuatro rivales»

Tiene por heroína a Shirley Mason, una artista desigual, que a las veces flojea, no tanto por culpa de sus limitadas facultades, cuanto porque le encomiendan papeles que le son extraños, como sucede en esta cinta. El argumento, por su parte, no ha querido ayudarla, de modo que puede considerarse perdida su labor representativa, acreditada en otras producciones por la *interesada*, que siempre sabe conducirse con discreción escénica.

«La gran carrera»

Casi huelga decir que se realiza por el Far West con el excelente Tom Mix por héroe, y queda dicho que la contemplamos con sumo gusto, lo mismo que a la «ella» que le cupo en suerte, Mary Alden, artista relativamente nueva que sabe desplegar, con envidiable desenvoltura, papeles «temperamentales» con mucha feminidad y simpatía.

«Cascabel el malo»

Película de aventuras en que el acreditado actor Jack Mc Gowan hace de las suyas, luciendo sus condiciones de «macho vigoroso» que no teme a Dios ni al diablo; audaz, entrometido y ambicioso; luchador porque sí; por la gloria, por el amor o por los dólares, cara al enemigo y siempre dispuesto a valerse de argumentos «contundentes» para lograr los fines que se propone. Un profesor de energía bastante adelantado y no siempre por el buen camino, según los hados le empujan.

Muy divertida cinta, desarrollada con sensible lucimiento escénico.

«El ídolo de un pueblo»

La interpreta Earle Williams, actor de una pieza, que pasa a ser el ídolo de las masas a fuerza de bien preparadas complicaciones que se suceden en siete actos con marcadas tendencias dramáticas, no todas logradas con el verismo artístico que fuera menester aunque sí abundantes en buenos detalles que ponen de relieve el talento del director.

No cansa; mantiene el interés despierto, bien que se advierta en seguida la necesidad de algunos cortes que sin duda la beneficiarían.

«Pasión humana»

La interpreta, como figura principal, la «estrella» Olimpia Barroero, una artista flexible, expresiva y de agradable presencia, la cual establece en esta cinta un problema, todo un «problemita»: la cuestión sexual... Punto y aparte.

Conste que nuestros puntos suspensivos no implican una censura; al contrario. El asunto está conducido con limpieza, con mesura encomiable, tal como proceden siempre los productores que filman para grandes masas. Pero es que deseamos pasar como por sobre ascuas por el punto enunciado, considerándonos incapaces de comentarlo literariamente *sin lastimar a unos y a otras*. Baste decir que (era de presumir) en la película no solamente no se resuelve nada, pero ni apenas se plantea. Mejor, mucho mejor.

Los eclipses

De los «astros» masculinos de la pantalla, los cuales llegaron al máximo de su brillo estelar, acontecieron por causas femeninas. Nunca más *oportuno* preguntar: *¿quién es ella?* en enredos cinematográficos, según los ejemplos que leemos en una publicación neoyorquina.

Maurice Costello, artista que hace cosa de una década era el «niño bonito» del público, cayó desde su olimpo a consecuencia de haber propinado una paliza a su cónyuge hallándose borracho «perdío».

El buen mozo Francis X. Bushman, que *sabía lucir* sus encantos físicos y que siempre se retrataba, el muy coquetón, envuelto en pieles de tigre, rodó, asimismo, desde las alturas de la gloria cinematográfica a los tablados de variedades, donde sus excelentes condiciones lograron *auparlo a los primeros puestos*.

Este notable descenso en categoría y en ganancias fué debido a que abandonó a su esposa y a sus cinco hijos, entablando demanda de divorcio para enyugarse con una primita dislocante, Beverly Bayne, *artista* que le venía haciendo el «juego» desde la escena en que solían trabajar juntos.

Se dice que Valentino, en pleno auge, provoca manifestaciones de simpatía hasta cuando pasea de «incógnito» por Broadway, la llamada vía luminosa neoyorquina. Cuando tuvimos el gusto de conocerle, a raíz de ser contratado por la Metro para desempeñar el principal papel en la adaptación de "Los cuatro jinetes del Apocalipsis", enseguida nos preguntó si habíamos estado en la República Argentina. Se advertía que le preocupaba el carácter que iba a interpretar.

Deduciendo, pues, «lógicamente» en vista de los ejemplos citados ¿qué mujer o qué mujeres determinarán el eclipse de este simpático «fenómeno» de la escena muda?

Dificilillo es meterse a pronosticar. Que le gusta el sexo bello y que sabe *capearlo* con majeza (acordémonos de su reciente divorcio) ya estamos enterados. Al fin algo habrá aprendido, con su natural despejo y con su abolengo latino, al plastificar los caracteres pasionales en ambas cintas. ¿No?

«¡Oh, mujeres! No hay que vivir con ellas *ni sin ellas*»... *no contra* ellas — nos permitimos agregarle nosotros al clásico.

Wallace Reid

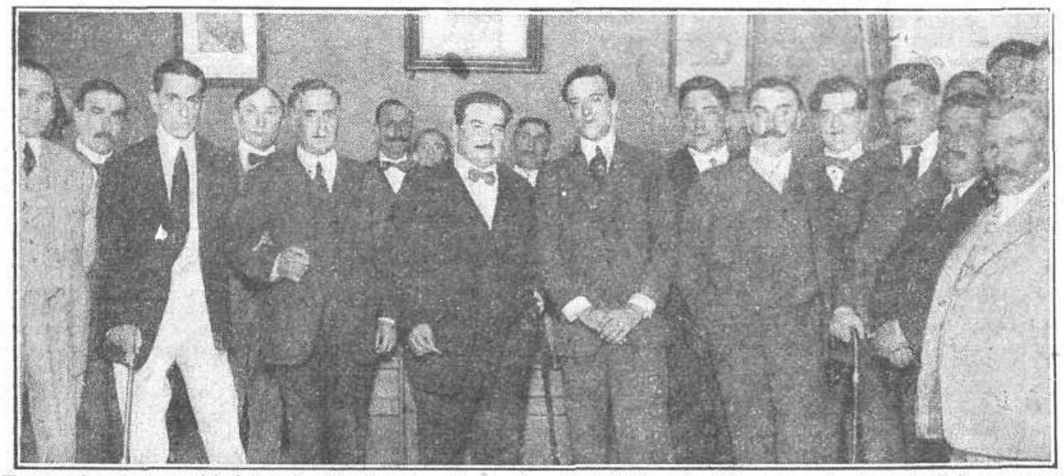
Ha muerto. En un sanatorio de Hollywood — Los Angeles — la ciudad camaleónica, acabó sus días a la edad de 31 años, rindiendo su jornada después de una enfermedad aguda de varias semanas.

Dorothy Davenport, su esposa, con el hijito de ambos a la cabecera, presenció dolorida el ocaso irremediable del popular artista.

El finado había nacido en San Luis, Missouri, ingresando, a los diez años, en la academia militar de Freeholt; luego fué repórter y actor dramático, y por fin, en la escena muda, llegó a descollar como intérprete de primera categoría.

Que descanse en paz el turbulento Wallace. Más de un recuerdo melancólico, más de una lágrima y de un suspiro arrancará, en pechos «incógnitos» y sentimentales, la caída mortal de este galán de la Pantalla, que cruzó por la existencia como en un vuelo, alegre y confiado en demasía.

Narciso Robledal.



El nuevo intendente municipal, ingeniero Domingo Reppetto, con el presidente del Concejo Deliberante, señor García Valdivia, y un grupo de amigos que lo acompañaron en el acto de la toma de posesión del cargo.

UN SERVICIO IDEAL DE TELÉFONOS

Más o menos el servicio de teléfonos deja siempre que desear en casi todo el mundo.

Donde parece que el teléfono ha llegado al más alto grado de perfeccionamiento es en Suecia, particularmente en Estocolmo, habiéndose hecho una serie de innovaciones tan curiosas como útiles.

Desde luego, las comunicaciones se obtienen con una regularidad casi absoluta, y véase ahora cuáles son los nuevos servicios que se ofrecen al público: tanto de noche como de día, se puede pedir a las oficinas de la Compañía Stokholm-Telefon la hora y se comunica la exacta, dada por el observatorio nacional.

Las mismas oficinas se encargan de despertar a los abonados que lo soliciten, llevando un registro especial de los mismos, con todos los datos pertinentes.

El número, término medio, de los inscriptos para este servicio llamado de los dormilones, es de 4.500 en invierno, y 5.500 en verano.

¿Un abonado del teléfono se ausenta? La oficina del radio en que vive se encarga de responder por él, de acuerdo con las instrucciones que ha recibido, sobre distintos asuntos.

Este servicio resulta muy importante durante las vacaciones. Los médicos y los abogados, por ejemplo, hacen conocer a sus clientes, por intermedio del teléfono, la fecha de su partida y de su regreso; los comerciantes hacen anotar los encargos de sus clientes llevando la oficina un registro minucioso de los llamados recibos, encargos hechos, etc.







Regalamos la PERINOLA

P T P 1 2 3

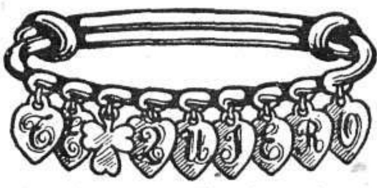
a toda persona que efectúe una compra mencionando este aviso.



PULSERA esclava enchapada, con medalla. ¡Ocasión! a..... $ **2.50**



PUISERITAS de plata octagonales o cuadradas, con cinta, cuero o moiré, a................ $ **12.—**



PULSERITAS-MASCOTA de alambre de oro relleno, con la inscripción «Recuerdo», a............................ $ **1.—**

Con las siguientes inscripciones:

NEGRITA, RICURITA, AMOR, NENITA, TE QUIERO, SEA FELIZ, ALMA MIA, $ 1.50 cada una.

VENTAS POR MAYOR Y MENOR

ALFILER corbata Football, de Fix garantido inalterable, a.............. $ **6.**





AROS de azabache con símili, el par a pesos....... **3.50**

AROS de moda galalit, con camafeo, el par, pesos...... **2.50**



ANILLO platinado con camafeo, a pesos......... **2.—**



ANILLO sello de oro Fix 18 kilates, con monograma grabado, a pesos.......... **8.—**

OCASION

Oro 18k. sellado.

Oro 18 kilates sellado.

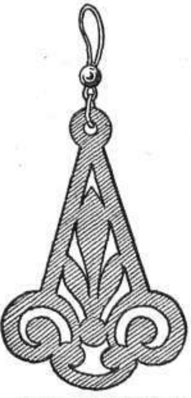
Marcha garantizada.

Cinta de moiré.

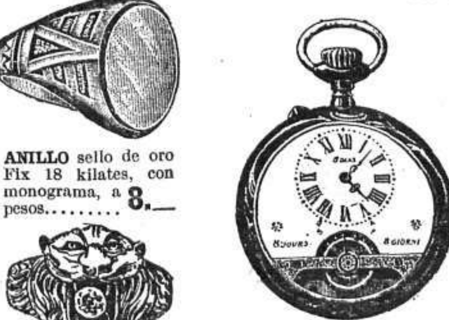
ELEGANTE PULSERA-RELOJ de oro 18 kilates, por sólo........ $ **28.—**

PULSERAS-ROSARIOS. Novedad. De plata fina, a.............. $ **10.—**

De oro doublé, a.............. $ **12.—**

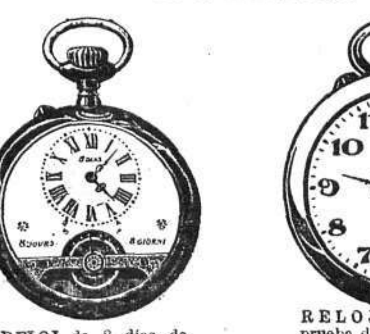


AROS de galalit en colores, el par a.......... $ **1.95**



ANILLO sello de oro Fix 18 kilates, con monograma, a pesos......... **8.—**

ANILLO de oro Fix, 18 kilates, a pesos......... **8.—**



RELOJ de 8 días de cuerda, níquel o acero, a.. $ **10.—**

RELOJES «Mentor», a prueba de golpes, marcha garantizada, por sólo........... $ **3.50**



PRECIOSOS AROS con piedra fantasía, gran novedad, el par, por sólo pesos......... **3.—**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

CORRESPONDENCIA Y PEDIDOS A:

MATUCCI & CIA.

AVENIDA DE MAYO, 1062 - BUENOS AIRES

Los pedidos del Interior son atendidos a vuelta de correo.




UNA PIEDRITA EN EL CAMINO



PEQUEÑA de estatura, pero esbelta sin ser gruesa, llena de carnes. Rostro angelical, de nariz recta y diminuta sobre unos labios finos que dejaban entrever, por defecto o costumbre, parte de los incisivos y caninos como dientes de ratón. Ojos claros, celeste-grises, con el iris de un azul profundo, de mirada dura a ratos o de sorprendida casi siempre. Cabellera color castaño tirando a rubio. Manos preciosas y de muñeca. Elegantísima en el vestir, varonil en todas sus cosas, apasionada por los deportes, corría por sus venas sangre francesa por parte de padre y norteamericana por su madre. Carácter enérgico y porfiado, voluntarioso y tiránico, derrochadora y generosa, y a veces avara y mezquina hasta lo increíble, Clara Lorraine habíase casado hacía unos diez años con el estudiante de medicina, y actualmente médico famoso, don Guillermo Mario Bastión. Casóse con él por simple simpatía amistosa más que impulsada por un amor verdadero.

El doctor Bastión estaba contento de su mujer. Era amable con él, atenta sin llegar a ser servicial, discreta, nunca celosa y menos malhumorada, al menos en su presencia. Dirigía la casa con una precisión cronométrica, atendía al cuidado y limpieza del consultorio y de la sala de operaciones con una meticulosidad rígida.

Veíanse a la hora del almuerzo, pocas veces a la de la comida, y fuera de los sábados en que iban juntos al teatro, las demás noches se encontraban en el lecho. El acostábase militarmente a las diez, pues tenía que levantarse muy temprano para atender a su clínica, y ella ambulaba por la casa, gastando sus nervios y su inquietud en miles de pequeñas tareas inútiles o insignificantes, hasta pasadas las doce de la noche.

Una vez sonada la hora Clara recorría la casa, observaba los descuidos de los sirvientes, apagaba ella misma las luces e íbase a su tocador. Una vez allí, acicalábase y preparábase como para una noche de bodas, pues tenía la coquetería de su feminidad y se adoraba a sí misma; metíase en su dormitorio, en puntillas, llegaba al lecho matrimonial y escurríase silenciosamente junto a su buen esposo, teniendo cuidado de no tocarle; apagaba la luz y, mientras su marido soñaba con laparotomías, uretrotomías, salpingovariotomías difíciles, despreocupado del tesoro de mujer que a su lado tenía, ella, ella... ideaba una aventura pecaminosa con un hipotético joven que no fuera profesional entusiasta y que por sobre todas las cosas la amara. Después de acariciar esa idea, dormíase casi como una santa... porque todavía no había pecado.

El galán hipotético lo encontró a la caída de una tarde al salir de una gran tienda. Alto, gallardo y buen mozo, tropezó con él materialmente.

— Disculpe usted, señora — dijo él, galantemente sacándose el sombrero.

— Está usted disculpado — y le clavó sus ojillos acerados.

¡Oh, sorpresa! Era el tipo soñado y tantas veces vislumbrado en la obscuridad de su alcoba. Era él. Le sonrió. El devolvió la sonrisa y apartóse de ella.

Clara iba a subir a su auto, que siempre guiaba ella misma, pero pensó que si lo hacía el mozo no podría seguirla y despidió el coche.

Dirigióse a pie a su casa. Apenas había caminado una cuadra sintió los pasos del joven. Cuando llegó a su casa detúvose en el zaguán y, sin poderlo remediar, casi contra su voluntad, le echó una mirada de esas que dicen más a un hombre que un libro de declaraciones amorosas.

Se vieron. Luego se amaron.

«El era libre como el sol». Sus propias palabras. Y Clara constituía su «*único amor*». Así se lo hizo creer. Entregóse ella a su pasión con todo el ardor de su temperamento, con toda la energía de su carácter y con toda la dedicación de que era capaz.

Raúl Cenosián, en cambio, había tomado aquel amor como una de las tantas aventuras que se le atraviesan a un buen mozo todos los días en la calle.

Cuando más convencida estaba Clara del amor y de la dedicación del joven, una mañana, al recorrer la vida social de un diario, casi se cae del séptimo cielo.

Anunciábase la boda de Raúl Cenosián con la bella y acaudalada estanciera... etc., etc.

Esa misma tarde al llegar Clara a la *garçoniere* del mozo, el portero le entregó una carta y le dió la noticia de que don Raúl «había *liquidado* todo lo que tenía en la casa, porque se casaba dentro de poco».

La carta, muy atenta y muy zalamera, decía lo que todas las cartas análogas.

Clara recibió la traicionera puñalada con mucha tranquilidad, pues tenía carácter firme y resuelto, y una vez en la soledad de su casa imaginó miles de venganzas a cual más terribles. Pero tenía que evitar el escándalo, lo que es muy difícil en materia de venganzas amorosas y cuando se es casada y con una gloria de la medicina nacional.

Entregóse con más ahinco que nunca, y como medio de calmar su irritación y acrecentar su odio al traidor, a su pasión favorita por el automóvil.

Todos los días, al iniciarse la tarde, salía en su auto, sola, pues había resuelto evitarse la compañía del chofer, y sólo volvía a su casa cuando las luces alumbraban las calles de la ciudad. Se la veía por todos los caminos de los alrededores de la capital, sentada en su auto con el volante en ambas manos, fría, hierática, como ajena a este mundo.

Una tarde un perrillo ordinario y feo cruzóse en el camino de su auto que marchaba, como siempre, a toda velocidad.

Cayó bajo una rueda, que le destrozó al pobre animal las dos patas atraseras.

Detuvo el coche, bajóse, cogió al perro, lo llevó emocionada a una botica, donde se le hizo una primera cura, y luego de envolverle en algodón se lo llevó a su casa. Allí entregó el herido al doctor su esposo, «*para que lo curara*».

El doctor Bastión, acostumbrado a los caprichos y a las órdenes de su esposa, dedicóse en seguida a *componer* al desgraciado perrito, quedando profundamente admirado del corazón sensible que tenía





su esposa, cosa que por primera vez comprobaba en diez años de vida en común. Es que las grandes decepciones tornan buenos a los temperamentos más fríos.

Un domingo por la tarde. El doctor Bastión ha rogado a su esposa que le lleve en su auto hasta la quinta de otro doctor famoso, puesto que su «limusina» profesional está en compostura. Clara disimula la irritación que le causa el extraño pedido y accede a llevarle hasta la quinta del doctor famoso. Parten; ella en el volante; él junto a ella hojeando una revista médica. Tarde espléndida, cielo límpido, sol amable, aire fresco.

El auto corre veloz y parece que tuviera alas.

«Si siempre anda así mi mujer — piensa el doctor Bastión, bastante intranquilo — cualquier día me la traen convertida en papilla». Pero a ella no le dice nada porque sabe que sería inútil. Clara está acostumbrada a hacer su sacrosantísima voluntad.

De pronto, en medio del camino, aparece una pareja de enamorados. Detrás, varias señoras y señores. Clara adivina más que ve. Es Raúl y su esposa tiernamente enlazados.

La pareja, al ver llegar sobre ellos al auto con tanta velocidad, se separa; la mujer se acoge medrosa al borde del camino detrás de un montón de pedregullo. Raúl, atrevidamente, al reconocer el auto de Clara, se queda un poco a un costado, en observación, sin salir del camino. Cree que obligará a la chofer a desviarse un poco de la recta, y esta paqueña satisfacción le causa de antemano una inmensa alegría.

Pero Clara, al llegar sobre él, da un ligero golpe de volante y lo arrolla como si fuera un objeto cualquiera.

— ¡Imprudente! — silban sus labios.

Gritos, ayes, lágrimas.

El doctor Bastión se lanza fuera del auto. Acude diciendo que él se responsabiliza de todo lo que ha pasado. Atiende al herido, le toma el pulso. Apenas palpita. Fractura de varias costillas, la base del cráneo fuera de su sitio. Caso gravísimo. Conducirlo al próximo hospital. Se aproxima el auto del herido. Se sube a él. El doctor Bastión resuelve acompañarlo hasta el hospital. Echa una mirada hacia su esposa. Esta permanece en su sitio, fría, insensible, tranquila. Sus ojos de sorprendida están un poco más abiertos que de costumbre y en su bello rostro angelical cabrillea una ligera sonrisa cruel, de satisfacción íntima. La esposa de Raúl estaba desesperada, loca de dolor y repetía entre sollozos:

— Yo le decía: Apártate Raúl. Te va a arrollar ese auto. Fué culpa de él. Sólo de él... — Y sollozaba a gritos.

El auto del herido se apartó del grupo lentamente. La familia y la esposa subieron a uno de alquiler que por allí pasaba, y partieron detrás del primero.

Sólo quedó en medio del camino Clara y su auto.

Mientras el doctor atendía al herido, una vez en el hospital, un pensamiento persistente le ocupaba el magín.

— ¿Y el corazón sensible que había descubierto en su mujer, dónde se había metido?

¡Tanto dolor, tanta preocupación por un perro y tan poca atención por un hombre que ella misma había puesto al borde de la tumba!

— ¡Incomprensible! — se repetía. — ¡Nadie sabrá nunca lo que hay en el corazón de una mujer!

El pobre no sabía, con toda su ciencia, que para una mujer traicionada más vale la vida de un perro que la de un hombre.

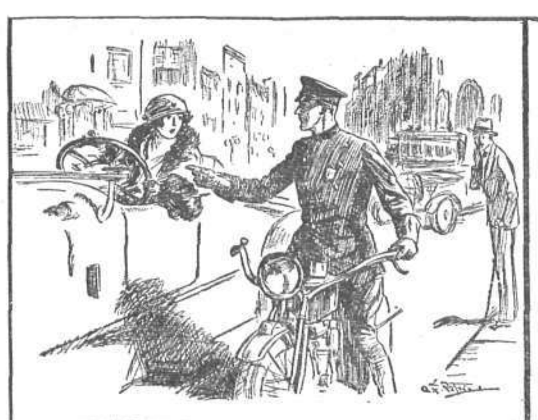
Clara, mientras volvía a la ciudad, también trataba de resolver un extraño problema psicológico. Era éste:

— En el caso de que ella hubiera sido la esposa de Raúl, ¿habría sentido igual o mayor dolor que el manifestado por la propia mujer de aquél?

Y después de figurarse con todos sus detalles la cruenta escena, se contestó con un gesto de despreocupación:

— ¿Yo? ¡Quién sabe!...

Y en su rostro apareció una expresión de esfinge.



El agente. — Usted marcha a toda velocidad, señora.
— ¡Bah! Y usted también.



El muchacho de la ventana. — Oye, Juancito; si quieres faltar unos días a la escuela, acércate para que se te pegue el sarampión.

De Piñeyro

El director, señor Vallejo Vega, con la comisión directiva de la escuela nacional.



Sala donde se exponen los trabajos de pintura y ornato ejecutados por los alumnos de la escuela.



TRIUNFAR



LEGUÉ a mi buhardilla resuelto a suicidarme. Preparé sobre mi mesa las últimas cuartillas de papel que habían de servirme para desahogar la amargura de mi espíritu, y me puse a escribir. Al día siguiente "El Bohemio", en cuyas hojas había vertido mis mejores clarinadas de rebeldía, publicaría la carta póstuma. Ante el fracaso de mi obra, donde estaba el caudal de mi fuerza y mi valer, nada me restaba ejecutar o esperar. Yo era desde ese instante un ser inútil, y no podía resignarme a serlo desde que tanto había luchado con el propósito de elevarme por sobre toda nulidad...

Pero, he aquí que, mientras escribía, una idea jugaba dentro de mi cerebro. No quería abandonarme a su arrullo, y sin embargo no pude substraerme a ella. "Mientras se vive — me decía, — no existe un valor insignificante. La verdadera insignificancia es la muerte. La vida, por sí sola representa un valor. Muchas vidas son una fuerza."

Quedé abstraído.

Y pensé:

—Aisladamente, nada valgo. Los hombres se reirán de mí. Esto es innegable. Mas, yo poseo el valor de la vida: el carácter. El carácter es un acero en la lucha. Vale decir que, luchando, no estaré desarmado.

Si mi obra fracasó, he perdido el derecho a escalar la cumbre; por tanto vuelvo al llano... con mis fuerzas intactas.

Mi derrota, por otra parte, me demuestra que yo no cuento con los bienes necesarios para triunfar. Por consiguiente, debo buscar alianza. Mi vida debe buscar otras vidas, enlazar mi carácter al de otros, unir mi acero al de los demás, que, como yo, cayeron al llano... Juntos podremos iniciar nuevamente la ascensión. Y entonces triunfaremos.

Rompí los manuscritos. Vertí sobre el pasado lágrimas de dolor, y después me noté tranquilo. ¿Cómo había podido sentirme tan decepcionado? Suicidarme... ¡Qué locura! Aun después de mi derrota, ¿no era yo el mismo? Sí, era el mismo, completamente el mismo. Acaso estaba "más seguro de ser el mismo."

Arreglé los papeles sobre la mesa; apagué la vela. Calé el chapeo y salí de mi habitación para bajar al llano. La alegría estaba en todo mi ser y me sentía dichoso. ¡Acababa de triunfar definitivamente!... Había dado muerte al microbio de la gloria que roía mis entrañas... y me sentía libre, completamente libre, ¡mi mayor triunfo!...

LÁZARO FIACHOVITZKY



INYECCION INSERVIBLE

Don Alejandro Bicoca
que, aunque bruto, era rentista,
vino a casa de un dentista
para arreglarse la boca.
Apenas lo vió, el doctor
le hizo un examen prolijo
y de este modo le dijo:
— Perfectamente, señor.
Tiene usted tan descuidada
la boca, que es necesario
un trabajo extraordinario
para dejarla arreglada.
Hay que extraerle una muela
y orificarle otras dos.
— Bien, doctor. Pero, ¡por Dios,
evite usted que me duela!
— Le anestesiaré la encía
antes de hacer la extracción.
— Sí, porque soy muy...
— Un tirón
y ya está.
— ¡Virgen María!
Preparado el instrumento,
dijo el doctor a Bicoca:
— Ahora, abra usted bien la boca
que esto es cosa de un momento.
Apenas la boca abrió,
le dió un tirón tan soberbio
el doctor, que, es claro, el nervio
al punto se resintió.
— ¡Ay! — gritó Bicoca, airado. —
¡Me ha roto usted la quijada!
— ¡Vamos, hombre! ¡Si no es nada!
¿No ve que está anestesiado?
¡Ya no hay dolor!
— ¡Qué esperanza!
Un poquito nada más.
Pero pensó: "Ahora verás
cómo ha de ser mi venganza".
Rápido como una flecha
tomó el frasco de inyección,
y una pequeña porción
se echó en la mano derecha.
Tomó al doctor por un brazo,
y sin que él lo sospechara
le dió en medio de la cara
un tremendo puñetazo.
— ¡Ay! — gritó el doctor, airado. —
¡Me ha roto usted la quijada!
— ¡No embrome! ¡Si eso no es nada!
¿No ve que le he anestesiado?

JOAQUIN FRADE GOITIA


COMEDOR ANTIGUO, originalísimo, aparador y trinchaı te, con respaldo de rejilla en hierro bruñido, vitrina cristalero con 4 estantes, mesa con una tabla de repuesto, 6 sillas de esterilla y reforzadas, conjunto de estilo elegantísimo, completo............. $ 595
Juegos de mimbre
6 PIEZAS
1 sofa 4 sillones
1 mesa
$ 35 $ 70 $ 100
Gratis folleto ilustrado.
50 MODELOS
CREDITOS
Juegos tapizadas para la Living-Room
Los últimos 3 Pianos F.I.P.
$ 795
ESTE MODELO N.° 996, Bis VALE........ $ 165
Heladeras Hamburgo $ 46
Vestibulos laqué $ 80
Baratti y Cía
Muebles
Gratis catálogo 17.
Corrientes 1145


Cinzano
VERMOUTH

BUENOS AIRES, 27 DE ENERO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.° 1269

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



Los marinos argentinos agasajan a sus colegas suecos

DISTINGUIDO grupo de caracterizados jefes navales argentinos que asistieron a la demostración de simpatía con que fué obsequiada la oficialidad sueca del «Fylgia». Nuestros cordiales huéspedes fueron objeto de una expresiva recepción en el Centro Naval, donde se celebró el significativo acto a iniciativa del ministro de Marina, almirante Domecq García, quien, juntamente con el representante de la nación amiga, señor Hultgren, asistió al banquete, cambiando ambos personajes, a los brindis, gratas impresiones de confraternidad.

FOTO DE ARROYO.



Regreso del interventor de San Juan Dr. Manuel Carlés

El doctor Manuel Carlés, a su llegada a la estación Retiro, donde lo esperaba el ministro del Interior, doctor Matienzo, y un destacado grupo de amigos y residentes sanjuaninos en Buenos Aires. Al ex interventor le fueron prodigadas elocuentes demostraciones de simpatía y admiración por su labor patriótica y ecuánime en aquella provincia, labor que ha obtenido el aplauso general de la opinión del país.



En el Consejo Nacional de Mujeres

La señora Carrie Chapmann Catt con las distinguidas damas del Consejo Nacional de Mujeres, durante la visita de la feminista norteamericana a la biblioteca de la citada institución.



Demostración al Sr. S. García Anido

Banquete con que un grupo de significados hombres de la banca y del comercio obsequió al presidente del Concejo Deliberante con motivo de haber sido reelecto concejal en las recientes votaciones.



Recepción ofrecida por los marinos suecos

Los ministros de Marina y de Relaciones Exteriores, representantes diplomáticos y conocidas personalidades, a bordo del crucero «Flygia», donde los ilustres marinos y el ministro de ese país retribuyeron las atenciones recibidas durante su estadía en nuestra capital.

Diálogo ingenuo

— Todos los dias van Elpidio y el jefe de policia a ver al Presidente.
— ¿Con qué objeto?
— Elpidio va a ver lo que hace Alvear.
— ¿Y el jefe de policia va a ver lo que hace Elpidio?

CARICATURA DE ALVAREZ.



El tiempo es oro

Un diputado. — Estamos reunidos hace un mes y ¿qué hemos hecho? ¡Nada!

Otro diputado. — Es muy natural. Si hubiésemos hecho algo durante las sesiones extraordinarias, ¡hubiesen sido demasiado extraordinarias!



Entre diputados

— ¿Y qué hizo usted para defender los fueros?
— ¡Gritar desaforadamente!



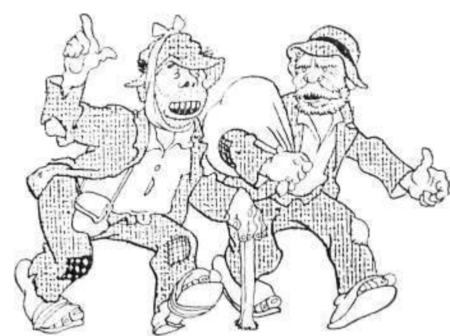
Los descontentos

— No se pueden tener más de tres cátedras. ¡Protesto! Yo tengo cinco de gramática y «redepente» puede que «haiga» una vacante.



Indignación postal

— Matienzo dice que en el Correo hay muchos empleados de sobra. ¡Qué me dices!
— ¡Matienzo! ¿Qué sabe Matienzo? Cuando lo interpelen recordará que sabemos silbar.

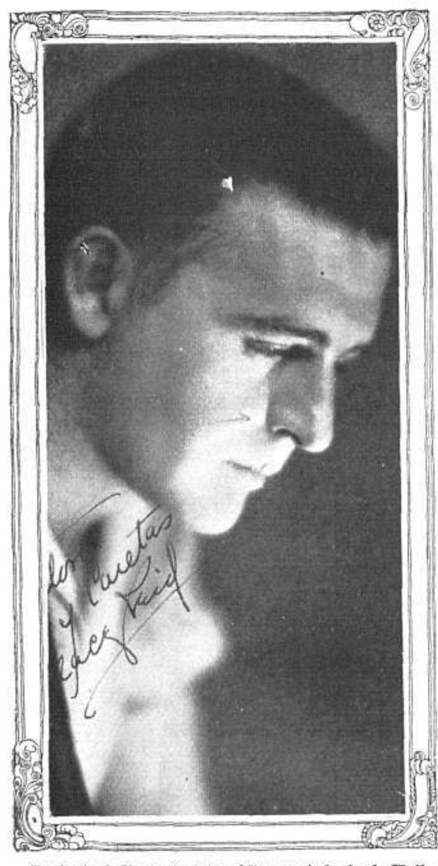


Modos de ver

— El intendente se preocupa de la gente pobre. Ha establecido varias casas de baños gratis.
— ¿Gratis? ¿Y qué hay con eso? ¡Todavía si le pagasen a uno algo por bañarse!

CARICATURAS DE SIRIO.

EL IDOLO FEMENINO DE LA PANTALLA HA MUERTO



Reciente dedicatoria fotográfica enviada desde Hollywood a CARAS Y CARETAS ***por su autor,*** **el "lucero" del "perfil perfecto".**

Fué gloriosamente feliz, tanto como permitía el límite del plano en que actuara. Wallace Reid, el que constituyó, durante algunos años, la envidiosa admiración de los hombres y los entusiasmos sentimentales de las mujeres; el arquetipo-galán sobre cuya desenvuelta prestancia artística afluían por millones las sonrisas femeninas; ese que fuera ídolo de las multitudes, viril y gentil como un pequeño Apolo que, circunstancialmente, paseara sus ocios por nuestro planeta, ha caído para siempre, cerrando sus ojos al panorama delicioso de su existencia. Pocos hombres modernos se vieron tan solicitados por los favores del vulgo y del no vulgo; pocos varones lograron como él satisfacer, en plena abundancia física y pecuniaria, cuantos caprichos su imaginación le sugería... Una vez...

Establezcamos un paréntesis ante su sepulcro recién abierto; lo anecdótico, ahora, pudiera parecer irrespetuoso. Esperemos a que la chispa anímica que lo sustentaba se acomode modorrosa en el plano astral, sumida en ese sopor de sopores que invade — dicen los teósofos — a los «mal desencarnados»... Esperemos y callemos. El fetiche ha muerto.

Al exhalar su último suspiro todavía tuvo ánimos para dedicar una sonrisa definitiva a su esposa y a su hijito, silenciosos junto a su lecho.



El gentil artista, el que ya no sonreirá más, muestra ***aquí*** **el** ***encanto*** **de su sonrisa "irresistible".**

Cecil B. de Mille, prestigioso director artístico de la Paramount, reunido con varios astros de la cinematografía yanqui entre los cuales se destaca Wallace Reid.

EL RAID INTERNACIONAL DE AVIACION

Pilotos que tomaron parte en la importante prueba San Isidro-Colonia-Montevideo



Pedro Ficarelli, argentino, con un 80 H. P. Le Rhone, segundo premio.



Shirley Kingsley, británico, con aparato 270 H. P. Rolls Royce, ganador del primer premio, consistente en 1.500 pesos y 50 pesos oro donados por el presidente del Aero Club Argentino, señor Jorge Mitre.



Mayor Bryan Farrand, inglés, con un 270 H. P. Rolls Royce Eagle, tercer premio.



Julio Marzaglia, motor Colombo de 110 H. P.



Virgilio Mira, con su Golondrina de 50 H. P., que se cayó al río.



Laurence León, motor Curtiss, 90 H. P. que se clasificó cuarto.



Emilio Poli, con motor Fiat de 100 H. P.



Pedro Artigau, motor Cierget, 130 H. P.



Bernardo Artigau, motor Lorraine, 220 H. P.



José F. Gatti y Edmundo Marichal, motor Le Rhone, 80 H. P.



Patricio Hasset, motor Renault, 300 H.P



El Jurado calificador, compuesto por el capitán Vicente Andrada, ingeniero Julio A. Noble y los señores Rodolfo Luján y Juan A. Fernández.



Alberto Jarfeld y señora, que desistieron del raid.

FOTOS DE BELL.

LA ESPANTOSA TRAGEDIA DE CARHUÉ

Cinco víctimas inmoladas por la mano brutal de un degenerado asesino y suicida



Placeres Alvez, de 22 años, soltera, muerta a consecuencia de un horrible hachazo que casi le separó la cabeza del cuerpo.



La infeliz anciana Isabel V. de Alvez que presenció aterrada las sangrientas escenas de la matanza de sus hijos, enloquecida y sin poder evitarlo.



Eduardo Alvez, de 16 años, el Benjamín de la familia, ultimado a golpes de hacha y de cuchillo cuando trataba de pedir socorro.



María Angela Alvez, de 21 años, soltera, mortalmente herida de una cuchillada en el vientre y por una bala en el parietal derecho.

Nuevamente la sociedad, sacudida por los clamores de agonía de las víctimas, acaba de conmoverse de piedad ante los sangrientos sucesos desarrollados en la chacra de la familia de Alvez, en Carhué.

Un hombre... Un hombre no; una fiera con aspecto humano, atacado de furiosa insania, tal como si el espíritu demoníaco lo poseyera, asesinó a cuatro hermanos — dos muchachas, un joven y un niño — y a un humilde peón que allí prestaba sus servicios.



El cadáver de la infortunada Placeres.



El cadáver del inocente muchacho Eduardo.



Manuel Alvez, de 22 años, soltero, otro hermano víctima del salvaje asesino, fallecido a consecuencia de un *proyectil* y de una puñalada en el abdomen.



Eusebio Tolosa, el enfurecido criminal-suicida momentos después de muerto a causa del tiro que se disparó, perforándose el cráneo. *Se le halló una carta en que se confiesa* autor del drama.



El viejo peón no identificado, que apareció con el parietal derecho hundido y el vientre *horriblemente seccionado.*

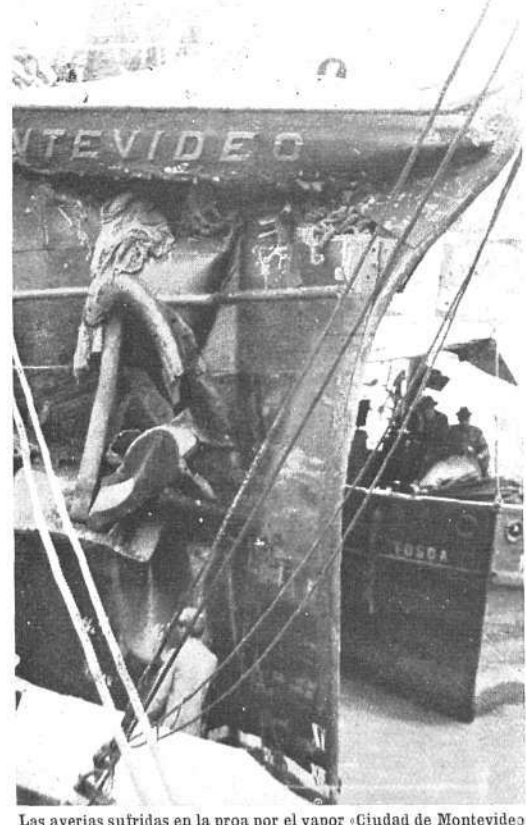
CATÁSTROFE MARÍTIMA EN LA RADA

Hundimiento del vapor italiano "Speranza" por el vapor "Ciudad de Montevideo"



Primer oficial Genaro Agostino y primer maquinista Lorenzo Giacopello, del vapor italiano «Speranza» que comandaba el capitán Arturo Riva, juntamente con los tripulantes, pocas horas después del accidente.

Una de las últimas fotografías del «Speranza», poco antes de irse al fondo. El violento choque ocurrió en la entrada de la rada donde hallábase fondeado. La rápida y feliz intervención del remolcador «Thiers» evitó que la oficialidad y tripulantes del vapor hundido sufrieran percances sensibles.



Las averías sufridas en la proa por el vapor «Ciudad de Montevideo». El grave accidente, según las versiones recogidas, debióse a la falla del timón hidráulico de este vapor, el cual no pudo, por ello, desviarse de la ruta seguida, embistiéndolo por la popa. El crucero sueco «Fylgia» prestó eficientes auxilios.

LAMENTABLE CONSECUENCIA DEL DERRUMBAMIENTO DE UNA PARED



Señora Concepción Portela, herida de gravedad en la cabeza a consecuencia del derrumbe, asistiéndose en el hospital Alvarez.



Luciano Ireneo Ortega, esposo de Concepción, víctima también de la catástrofe y atendido en el mismo hospital.



Pascual Lodice, extraído de entre los escombros con serias contusiones en todo el cuerpo, que se atiende en su domicilio.



Agustina Hernández, de 3 años, que se salvó milagrosamente de ser aplastada por los materiales desprendidos.



María Diez Hernández, internada en aquel establecimiento para la curación de varias heridas.



Las infelices criaturas Otilia Hernández, de un mes, y Juan Cisterna, de 3 años, muertos instantáneamente en sus lechos, aplastados por la pared que existía en los fondos de la casa de vecindad situada en la calle Remedios 3156.



Constancio Hernández, el cual resultó con un brazo lesionado, se asiste también en el hospital Alvarez.

CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO DE FRAY CAYETANO RODRÍGUEZ

El presidente de la república, doctor Alvear, los ministros de Relaciones Exteriores y Guerra, el intendente municipal y los miembros de la comisión organizadora del homenaje, dirigiéndose al lugar donde se colocó la placa para perpetuar la fecha en que murió el ilustre polemista, escritor, periodista y ardiente patriota, cuya figuración fué tan destacada en la Asamblea Electoral de 1812 y en la Asamblea General Constituyente de la que fué redactor por elección unánime de los asambleistas.

DE ROSARIO



El gobernador de la provincia, doctor Mosca, y el vice gobernador, señor Mendieta, rodeados por los primeros veraneantes al balneario de Melincué, a cuya inauguración asistieron dichos personajes.



Toma de posesión del jefe político de Caseros, señor Alejandro Gruning Rosas. — El nuevo funcionario, acompañado por las autoridades y personalidades políticas que asistieron al acto.



Grupo de aficionados a la natación que tomaron parte en el interesante torneo auspiciado por el prestigioso Club Remeros Alberdi.



Niños que bailaron el Pericón Nacional en la interesante fiesta verificada en el Cine Royal por la escuela de Arroyito, celebrando la terminación de los cursos escolares.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DOCTOR JUAN P. RAMOS, POR SIRIO

¿Qué va a hacer con su mucha erudición
el nuevo Director de Inmigración?



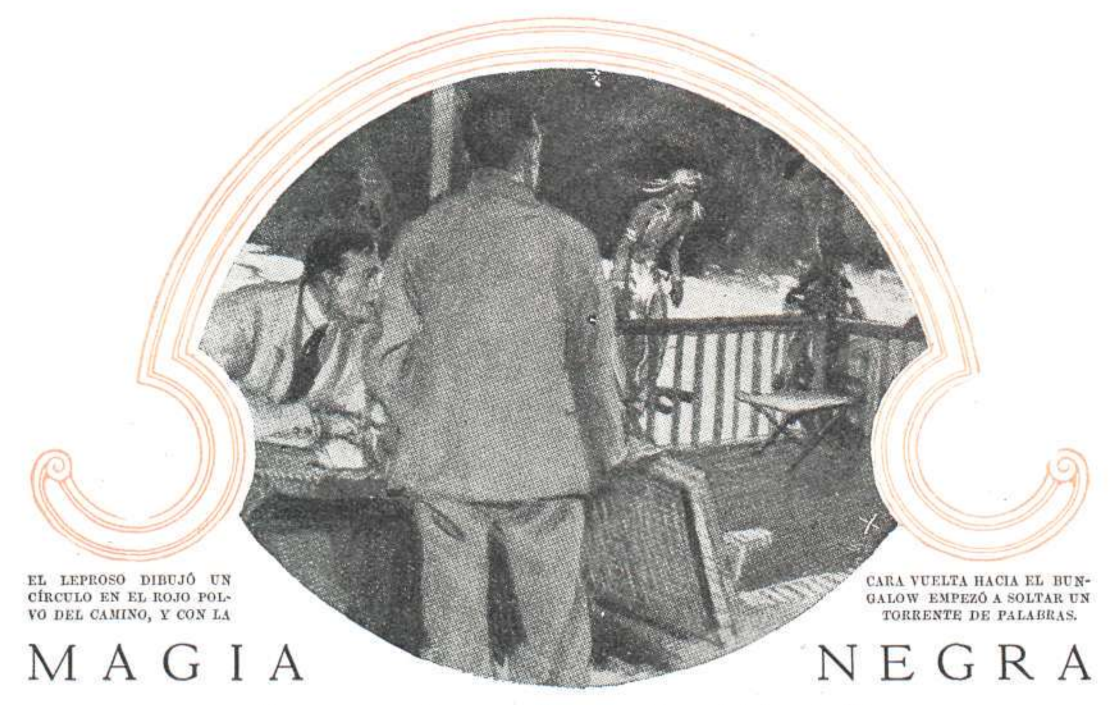
SENCILLO VESTIDO BLANCO DE CREPÉ «GEORGETTE», CON CINTURÓN DE CUERO «LAQUE», EN ELEGANTE CONTRASTE CON EL AMPLIO SOMBRERO NEGRO.

LA SUGESTIVA ARTISTA LEOPOLDINE KONSTANTIN, VISTIENDO UN MODELO DE SEDA VERDE JADE MUY CÓMODO Y ORIGINAL POR SU FÁCIL CONFECCIÓN.

UN NUEVO ESTILO DE SEDA GRIS CON MANGAS DE GASA ANCHAS Y CADENETAS COLGANTES DE COLOR CORAL.

PRECIOSO MODELO DE CREPÉ «GEORGETTE» NEGRO, COMPLETAMENTE LARGO; MUY EN BOGA ENTRE LAS ELEGANTES. SOMBRERO DE LA MISMA TELA Y COLOR.

FOTOS ENVIADAS POR CLAIRE PATEK, VIENA.



EL LEPROSO DIBUJÓ UN CÍRCULO EN EL ROJO POLVO DEL CAMINO, Y CON LA CARA VUELTA HACIA EL BUNGALOW EMPEZÓ A SOLTAR UN TORRENTE DE PALABRAS.

MAGIA NEGRA

Por J. F. DWYER



NA algarabía de salvajes lamentos surgía del sendero de la selva que, como una serpiente, se escondía a través de la verde espesura. Ford se levantó de la silla sobresaltado, para dirigir la vista hacia el angosto paso. El extraño y melancólico lamento aumentaba en intensidad.

— ¿Quién diablos está haciendo ese ruido? — murmuró Ford. — ¡Eh, Hochdorf! — gritó, volviéndose hacia la puerta del bungalow, — venga a ver este funeral que viene por el sendero. Alguien llega por la senda, gimiendo como un regimiento de huérfanos.

El penetrante canto de pena y dolor iba en aumento, y a la vuelta del recodo de la senda apareció el desnudo cuerpo de un negro Dyak, que avanzaba hacia el bungalow tambaleándose. Ford frunció el entrecejo mientras observaba al nativo que se acercaba. Había algo de extraño y repugnante en él, y Ford dió un grito de asombro al darse cuenta de lo que aquello significaba. ¡El desnudo salvaje era un leproso!

El leproso se arrastró hasta que estuvo frente al bungalow de Hochdorf; entonces se detuvo. Lentamente y con gran cuidado, dibujó un círculo en el rojo polvo del camino, y con la cara hacia el bungalow empezó a soltar un torrente de palabras. Mientras hablaba doblaba el cuerpo de atrás para adelante, y al compás de los movimientos de su cuerpo arreciaba en sus palabras.

Hochdorf, el naturalista alemán, despertado de su siesta por las voces de Ford, salió a la galería que rodeaba al bungalow.

— ¿Qué diablos le pasa a éste? — le preguntó Ford, después de una interrogativa mirada. — ¿Qué está diciendo?

— Está maldiciendo a Gung — dijo el profesor. — Cada vez que la luna muestra su borde viene aquí para maldecir a Gung. Lo maldice bien y en abundancia. En un tiempo no me gustaba verlo, pero ahora ya me he acostumbrado.

— ¿Y qué piensa Gung de esto?

Hochdorf levantó una mano y con un dedo extendido apuntó hacia la esquina del bungalow. La flaca cara de Gung, el hindú, apareció por la esquina. Miraba al leproso que en el camino y a intervalos regulares levantaba las huesudas manos.

Ford observaba aquella ceremonia con asombro. El salvaje se detuvo después de cinco minutos, miró con centelleantes ojos a Gung, salió nerviosamente afuera del círculo y se retiró cojeando en dirección a las chozas que formaban el pueblo indígena a la orilla del río. Gung se encogió de hombros y se retiró de la barandilla de la galería. La ceremonia había terminado.

Ford miró a Hochdorf, y el profesor vió en sus ojos la pregunta.

— Nunca le he referido la historia relacionada con este asunto — dijo el naturalista. — Tal vez no tuve valor para contársela. Pensé que usted no me creería. Sí, y esto me disgustaba mucho. Cuando usted ha visto una cosa como la que acaba de ver, y cuando oiga la razón de ello, tendrá motivos para creer, mi amigo. Siéntese y ahora le contaré por qué Jilo, el leproso, viene aquí en cada luna nueva y maldice a Gung.

Este asunto que concierne a Jilo, el leproso, sucedió hace cinco años. Los indios Dyakos me dijeron que hubo un hombre blanco que vivía en la cumbre de la montaña del Diablo, ese pico que ve a la derecha, pero yo no creí la historia. Un día vi al hombre de quien los Dyakos me hablaron; era blanco como nosotros. Se estaba bañando en un charco al pie de un precipicio y lo observé desde la selva. Era joven, bien parecido; después de un rato salí de mi escondite y lo llamé. Le dije «Buen día», y él escapó como un jabalí que hubiera visto a un tigre. ¡Dios, cómo corría! Salió del agua, tomó su ropa y voló como un loco por la selva.

«Es un loco», me dije yo mismo, y continué con mi trabajo. Después de todo si él quería vivir en la montaña y divertirse sin compañía, no era asunto mío. Yo tenía que cazar monos y otros bichos.

Pero el destino quiso hacerme encontrar con aquel hombre. Ocho días después de aquella mañana, Gung se cayó al río, cerca de la catarata. El

agua lo revolvía como si fuera una paja, y yo estaba desesperado por no poderle ayudar. Entonces vi la cara del ermitaño de la montaña del Diablo. Saltó al agua y nadó hasta el lugar donde el hindú daba vueltas y más vueltas como una ardilla en la jaula. Tomó de un mechón del pelo a Gung y lo arrastró hasta la orilla. Una vez en salvo, desapareció como una exhalación.

Yo tuve que ponerme a trabajar para «desaguar» a Gung de unos cuantos litros de líquido que había tragado. Cuando el hindú estuvo en condiciones de poderse sentar, me miró y chapurreó una pregunta.

— ¿Qué dirección tomó, señor? — me preguntó.

— Se metió entre los árboles — dije yo, señalando con la mano.

— Entonces tengo que ir a buscarlo y darle las gracias — dijo Gung. — Venció al Diablo Negro y tengo que mostrarle mi agradecimiento.

No pude sacar la estúpida idea de la cabeza al hindú, así que fuí con él en la dirección que el hombre había tomado. Trepamos por la ladera de la montaña hasta que llegamos a un claro, donde nos detuvimos, porque hubiera sido peligroso continuar. Frente a nosotros había una gran pila de piedras, sobre la cual asomaba el cañón de un Winchester.

— No se acerquen más — gritó una voz del otro lado de las piedras. — Si continúan tendrán que lamentarlo.

— No intentamos hacerle daño — dije yo. — Mi nombre es Hochdorf, y soy un naturalista. Este es el hindú que sacó del río y quiere agradecerle el haberle salvado la vida.

— Puede agradecerlo y volverse — dijo la voz. — No quiero verlos cerca del lugar donde vivo.

Entonces Gung soltó todas sus frases de agradecimiento para el hombre que estaba detrás de las piedras, y después de haberse agotado, volvimos a descender la montaña.

Habíamos caminado unos veinte pasos, cuando el desconocido me llamó por mi nombre.

— Hochdorf — dijo. — Siento tenerle que hablar en tal forma. No quiero ofenderlo, pero no puedo mezclarme con otras personas.

— Usted sabrá lo que hace — le dije. — No estoy ofendido.

— Un momento — gritó él. — Debo decirle por qué no quiero estar en su compañía. Soy un leproso.

¡ME PARECIÓ QUE ALGUIEN HABIA ENTRADO, ALGUIEN A QUIEN NO PODÍA VER! Y EL INFERNAL IDIOTA DEL HINDÚ SEGUÍA MIRANDO FIJAMENTE AL AGUA DEL CALABACÍN. EL GATITO VIÓ ALGO TAMBIÉN.

— ¡Dios! — grité yo. — Este no es un lugar muy apropiado para que viva tan solo.

— Está bien — dijo. — Yo lo elegí. No se apure por mí. Le dije esto porque no me gustaría que usted pensara que soy un desalmado.

— ¿Puedo hacer algo por usted? — le pregunté.

— Nada — contestó. — Adiós, Hochdorf, adiós, Gung.

Varias semanas después resolví volver a la montaña en busca de noticias de aquel infortunado. Al atardecer llegamos Gung y yo a los alrededores de su choza. Por más que gritamos no conseguimos que nos contestara. Por fin avanzamos y entramos en la choza. El hombre estaba allí; por lo menos, había allí una pequeña parte de su ser. La fiebre le había consumido hasta convertirlo en un esqueleto, y cuando entramos en la choza se hallaba tendido sobre una esterilla y murmuraba frases concernientes a personas y lugares que debían estar a larga distancia del infierno en que él vivía.

Usted no puede imaginarse lo que sentí. Aquel hombre estaba a las puertas de la muerte y nada podía hacer por él. La fiebre le arrebataba la vida. Toda aquella tarde Gung y yo nos sentamos a su lado, viéndolo como se retorcía de un lado para otro, y yo, mientras estaba allí, maldije de todos los lugares salvajes del mundo. ¿Sabe por qué, amigo? El llamó a alguien por su nombre, durante toda aquella larga tarde, y sus gritos me partían el alma. No había luz en sus ojos; sin embargo nos miraba a Gung y a mí y llamaba a ella como si creyera que nosotros podríamos ir a buscarla y llevársela. Cuando la llamaba por su nombre, dijo también su dirección; el mundo nunca me había parecido tan grande como entonces me pareció. Aquella muchacha vivía en Goodwin Road, en Rangoon, ¡y Rangoon está a mil cuatrocientas millas de aquí!

— Si no duerme morirá — dijo Gung. — Se está matando él mismo al moverse de un lado para el otro. ¿Usted cree que ella lo ama?

— ¿Cómo puedo yo saber, idiota? — le contesté enfurecido. — ¿Por qué lo preguntas?

— Porque si ella lo quiere y tiene tantos deseos de verlo como él a ella, podríamos hacer algo — dijo el hindú en voz baja.

Ahora yo ya le he hablado de Gung, de las cosas

que podría hacer, pero no me agradó que intentara hacer sus tonterías con un hombre que estaba próximo a la muerte.

— No lo tocaré — dijo Gung cuando lo miré, — no haré cosa alguna que lo incomode, señor.

— Eres un idiota al mezclarte con cosas que están fuera de nuestro alcance — le dije.

El hindú me miró primero a mí y después al hombre que estaba en el suelo y que lloraba llamando a la muchacha de Goodwin Road.

— El me salvó la vida, señor — murmuró. — Y si ella estuviera durmiendo... ¿Cree usted que estará durmiendo?

Yo no sabía que contestarle. Quise hacer algo por aquel hombre que se moría, pero tuve miedo. Estaba atontado por el miedo que parecía se había acumulado en mi cabeza.

— Es media noche — le contesté, — y creo que estará durmiendo.

Gung no habló más. Tomó una calabaza vacía y la llenó de agua; se metió en el rincón más obscuro de la choza, sentándose en cuclillas, y empezó a mirar a la calabaza. ¡El agua estaba tan sólo a pocos centímetros bajo sus ojos, pero, por la forma en que miraba usted creería que el agua estaba a miles de leguas de profundidad!

¿Ha sentido usted alguna vez un silencio en la selva... un silencio como si cada cosa en el ancho mundo estuviera esperando algo que iba a suceder? Bueno, yo sentí aquel silencio. Parecía no producirse ruido alguno en el mundo; sólo los lamentos de dolor de aquel moribundo que se retorcía sobre la esterilla, y aquellos gritos parecían esparcirse por el mundo como fibras de agonía.

Yo no me imaginaba que los gritos de aquel enfermo podrían oirse a miles de millas de distancia. Mientras el silencio parecía hacerse cada vez más profundo, me pareció oirlo en Singapore, en Bangkok, en... ¿Usted cree que podría imaginarse el lugar que voy a nombrarle? *¡Mi amigo, me pareció oir sus lamentos en Rangoon!*

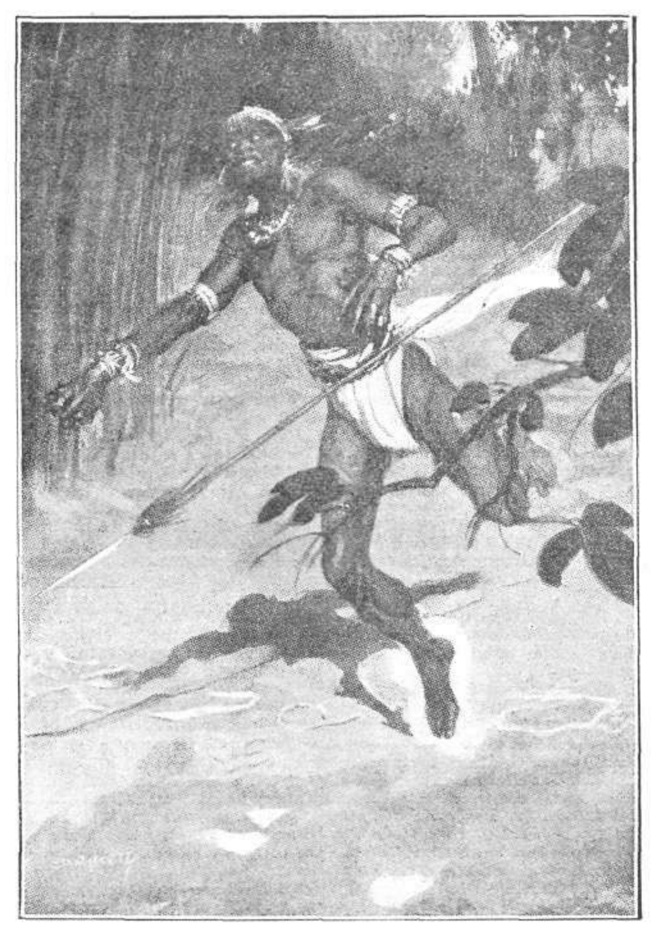
No crea que estoy loco, no. Traté de decirle a Gung que dejara de mirar a la calabaza, pero cuando abrí la boca sucedió algo raro.

La puerta de la choza se abrió suavemente, y lo que sentí no era muy agradable. ¡Santo Dios! ¡No! ¡Me pareció que alguien había entrado, alguien a quien yo no podía ver! ¿Ha visto usted una persona en una habitación obscura? Bueno, si multiplica ese efecto un millón de veces, tendrá una idea de lo que yo sentí. Pero yo no fuí el único que sintió tal efecto. El leproso tenía consigo en la montaña un gatito, y cuando se abrió la puerta el aminalito saltó, arqueando la espalda, con sus grises ojos fijos en el lugar donde parecíame ver la visión que avanzaba hacia la esterilla, el gatito la siguió también con sus ojos. ¡Interin el infernal hindú seguía mirando fijamente al agua de la calabaza como si viera algo en el fondo!

El enfermo continuó quejándose y llorando por la muchacha de Rangoon, pero tan pronto la visión estuvo a su lado, calló repentinamente, lanzó un débil grito de alegría y levantó sus manos al aire como tratando de encontrar algo; después dejó caer los brazos y al instante vi que se había producido un milagro. El desgraciado se había dormido con una sonrisa en su demacrado rostro.

— ¡Dios! — exclamé yo. — Esto es magia negra.

Entonces me pareció sentir que la visión se retiraba de la choza, y el gatito vió lo mismo que yo vi; sus ojos siguieron algo que se dirigía a la puerta, ésta se abrió un poquito y después se cerró de nuevo. Respiré profundamente. Mientras la visión estuvo en la choza tuve miedo hasta de mi misma respiración.



JILO PISÓ LOS SIGNOS HECHOS POR GUNG EN EL POLVO DEL SENDERO, Y DESPUÉS DE MIRARLOS POR UN MINUTO SALTÓ HACIA ATRÁS, DANDO UN GRITO SALVAJE.

Gung continuó por tres minutos mirando fijamente al fondo del calabacín; después, levantando la cabeza, dió un pequeño gemido y rodó por el suelo. Al momento de caer, el silencio, que se había mantenido sobre nosotros, pareció reventar como si los ruidos se precipitaran desde todos los puntos cardinales.

Hize volver en sí a Gung, le miré a los ojos y él me miró también. La respiración del que dormía era más tranquila.

Había ya amanecido cuando aquel hombre se despertó. El sueño había tranquilizado su mente un poco. Nos miró, pero miró más a Gung, quien habló algo en hindú, y el desconocido le contestó en el mismo idioma.

Ahora le contaré lo de Jilo el leproso, y cómo vino a tomar parte en la historia.

Cuando Kynaston — este era el nombre del leproso de la choza — vivía en la Montaña del Diablo, Jilo era un salteador. Varias veces estuve tentado de meterle una bala en el cuerpo para darle

una lección. Entonces no era el mismo Jilo que usted vió hoy; no era un leproso. Era un hombre fornido y con el corazón de un tigre. Saltaba como una fiera sobre los pobres nativos y les robaba todo lo que tenían. Entonces lo llamaban Jilo el Diablo, y era un verdadero diablo.

Una mañana, como cinco semanas después de lo que sucedió en la choza, recibí otra sorpresa de Gung. Caminaba yo por la senda que conduce al pie de la montaña cuando el hindú saltó de entre la espesura y me tomó por un brazo.

— ¡No se mueva, señor! — exclamó. — ¡No se mueva ni un paso!

— ¿Qué te pasa, idiota? — gesticulé yo. — ¡Suelta mi brazo!

— ¡Vuélvase, no siga por esta senda! — imploró. — No es segura.

Miré hacia adelante y entonces comprendí lo que afligía al hindú. En el polvo del camino había hecho unos curiosos signos, los que no quería permitirme mirar. Al verlos reí con todas mis ganas.

— ¡No los pise! — gritó con desesperación. — Si los pisa le sucederá algo terrible.

Me disponía a pedirle que se explicara, pero el ruido de los pasos de una persona que seguía el camino que yo había llevado detuvo las palabras en mis labios. Gung me tiró de un brazo, tiró de mí hasta hacerme caer en la espesura, y cuando miré por entre las hojas vi a Jilo caminando en dirección de la montaña. Marchaba con la cabeza en alto y no vió los dibujos de Gung. Sus descalzos pies sacudieron el polvo al pisar los signos y al instante se detuvo. Miró a sus pies por un minuto; después, dando un grito salvaje, saltó hacia atrás. Fué un grito infernal. El eco repercutió por la selva, mientras yo escuchaba el crujir de las ramas que Jilo desgarraba en su precipitada carrera por entre los árboles. Entonces me volví hacia Gung.

— ¿Qué significa todo esto? — le pregunté. — ¿Qué le sucedió a Jilo cuando pisó los signos?

— No sé todavía, señor — contestó él. — Espere; destruiré los signos para que pueda pasar sin temor.

Esta es una historia absurda, mi amigo, pero se la estoy contando tal como sucedió.

Tal vez el asunto del sendero nada tenía que ver con lo que pasó después. Yo no sé. Cinco días después el ermitaño de la montaña del Diablo se presentó en este bungalow. Yo estaba sentado aquí afuera cuando llegó, se paró y me miró por un minuto sin hablar, y en ese minuto noté un brillo en sus ojos que era un brillo de alegría.

— Hochdorf — dijo. — Estoy curado. ¡El buen Dios ha escuchado mis ruegos y soy un hombre sano!

Yo no pude hablar por el momento. Jamás he oído que una persona pueda curarse de la lepra repentinamente. Sin embargo, en aquel hombre se veía el caso, como si algo maravilloso hubiera ocurrido en él.

— ¿Está ustud seguro? — le pregunté.

— Soy médico, Hochdorf — contestó. — Sé que estoy curado. Rogué a Dios y El ha hecho un milagro. Voy hacia la costa y tomaré un vapor para Singapore. Esta es mi dirección. Le escribiré tan pronto llegue a la península.

Me dió un papel con su dirección, y lo leí. Decía: «Goodwin Road, Rangoon».

Ahora volvamos a Jilo. Cinco días después de salir Kynaston, Jilo vino aquí, al frente, para maldecir a Gung. Lo maldijo en la misma forma que usted lo vió hacer esta tarde, y cuando traté de echarlo me mostró algunas marcas en las piernas. Aquellas marcas me hicieron mantenerme lejos de él. ¡Era la lepra! ¿Y qué cree usted que dijo? Que Gung le había dado aquella peste la mañana que pisó aquellos signos que el hindú había trazado sobre el polvo del sendero.

Dijo que Gung le había transferido la peste del hombre blanco a él, y hasta hoy sigue creyéndolo así. No he interrogado a Gung, no es asunto mío, aunque sé que no hablaría. Pero sé que Kynaston es un hombre sano. ¡Ya lo creo! Recibí una carta de él hace unos días y se la mostré a Gung.

— Señor — dijo el hindú. — No le diga que Jilo viene aquí a maldecirme cuando la luna es nueva.

Es una historia rara, y de nada serviría contársela a Kynaston, quién está ahora casado con una linda muchacha de Rangoon. Tal vez él nunca tuvo la peste... Tal vez Jilo el leproso sea un loco, y Gung puede ser que sea un poderoso *fakir*.

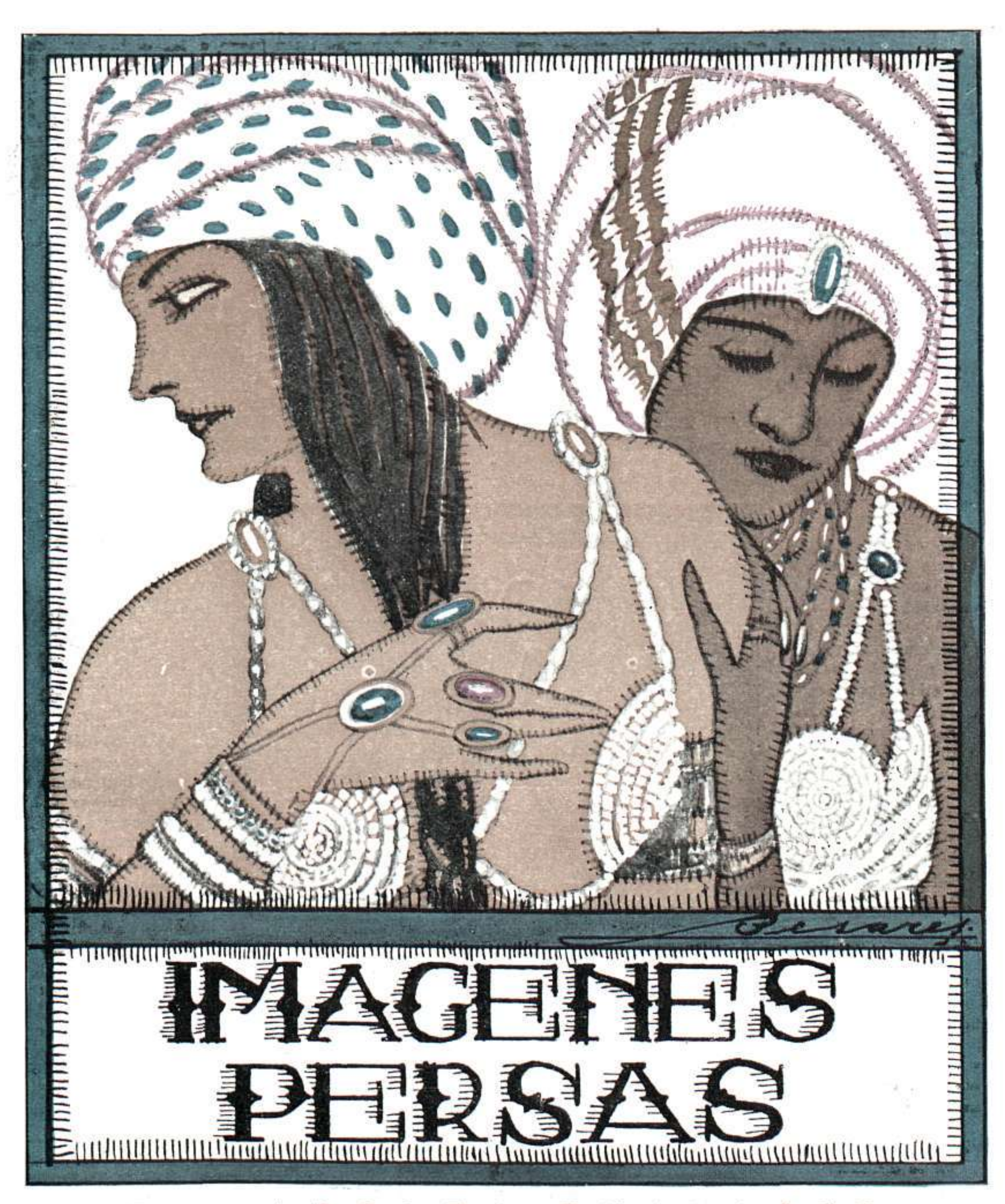
¡Quién sabe!



La enfermera. — No puede ver a Guillermo. Va ser operado esta tarde.
El muchacho. — Pero me urge verle. Me debe dos centavos.



El profesor. — ¿Cómo dije que los animales fueron metidos en el arca?
Una alumna medio tonta. — ¡Usted dijo que Noé los dobló por la mitad!



IMAGENES PERSAS

Por ADOLFO THALASSO

TRADUCCIÓN DE MARCOS FINGERIT

ILUSTRACIONES DE BESARES

DISTICOS

I

(*Schaid*).

Si el dolor pudiera, como el fuego, echar humo,
El mundo estaría siempre en una noche eterna.

II

(*Rhoudagui*).

Cuando yo no sea más, cuando muertos estén mis labios y muertas mis pupilas, cuando mi cuerpo frío y sin deseo esté vacío de tu alma,
Ven a velar junto al cuerpo que te amaba y di muy dulcemente: ¡Oh tú, a quien mis desdenes han muerto y por quien mi corazón se apena para siempre!

LAS ROSAS

RUBAÏ

(*Abou - Ischaacq*).

No conozco nada, aquí abajo, más precioso que las rosas: es un perfume del cielo que florece sobre la tierra.

Dime, mercader de rosas, ¿por qué vendes tus flores?

¿Para ganar dinero? Pero con el dinero de tus rosas,

¿Qué podrías comprar que sea tan precioso como las rosas?

DISTICO

(*Oumara*).

Hubiera querido poder ocultarme en mis versos
Para besar tus labios toda vez que tú los cantas.

EL MENDIGO ENAMORADO

(*Saadi*).

De tal modo tu amor se ha apoderado de mi ser,
Que he perdido hasta el sentimiento de mi propia existencia.

Mi vida toda entera se ha aniquilado en ti,

¡Y es tu vida la que circula en la sangre de mi corazón!

Te lo suplico; ahórrame tus reproches, así fuesen ellos merecidos...

Es a ti misma a quien los dirigirías

No tengo más en la vida que en la muerte,

Y obstinándome en rozar con los labios el anillo de oro de tus rulos,

Pruebo a todos que la muerte me es más dulce que la vida...

Te la sacrifico y te ofrezco también mi dicha y mi libertad.

Están a tus pies.

No te enfades. ¿Para qué armarte de una espada

Cuando las flechas de tus ojos han penetrado tan profundamente en mi alma?





Anda, pon más buen fuego a las cañas, deja correr la llama

Y de lejos asiste, triunfante, al incendio de la selva entera.

CUARTETOS

I

¡Oh! aunque tú me golpearas con un arma tajante,
Mi mano no abandonará la falda de tu vestido, ¡Oh, mi bien amada!

Tú bien sabes que yo no tengo otro refugio que tú eres mi sólo asilo...

Es aún a ti a quien yo retornaría si tú me obligaras a huir.

II

Esta noche he visto en sueños a aquella
Cuya belleza brilla como un sol.

Y todo arrebatado por mi buena fortuna

Me he preguntado qué buena acción me habría merecido esta dicha.

DISTICOS

I

¡Oh, mi bella! tú eres bella como la luna, y mis ojos han visto este prodigio:

La luna, bajada a la tierra, venir a mí aderezada como una mujer.

II

Si tú amas verdaderamente, despójate de tu personalidad en favor del objeto amado,

Porque en el momento en que tú pienses establecer una diferencia entre los dos, tú le eres infiel.

ODA

(*Hafiz*)

Si esta bella turcomana de



Chiraz quisiera mi corazón,

Yo le ofrecería Samarkanda y Bokhara, por su sólo grano de belleza negra.

¡Oh, escanciador!... trae vino, echa de beber... pronto, a beber...

Tú buscarías en vano en el Paraíso del Profeta una corriente límpida como Rouku Ad y los jardines perfumados de Goulguecht y de Mousalla.

Semejantes, ¡ay!, a los turcomanos brutales e invasores,

Que entran en una sala de festín, la pillan, saquean y la devastan toda,

Así estas perlas de belleza, estas lindas muchachas de ojos dulces, estas lindas muchachas encantadoras,

Entrando en mi vida, han pillado mi reposo, han saqueado y devastado mi corazón.

MI CORAZON

GHAZEL

(*Feghani*).

En mi corazón, en que irradia tu bello rostro, hay una gota de sangre ardiente,

Y esta gota contiene mil gotitas plenas cada una de un deseo.

He cerrado la puerta de mi corazón para que ninguna otra mujer pueda venir a reflejarse en él.

En tanto que tu bello rostro irradie en mí, tendré alegría.

Y mi corazón reirá del esplendor de los cielos.

AUSENCIA

GHAZEL

Parece que existen muchas bellas mujeres. Mas, ¿para qué me sirve el que estas bellezas existan?

Puesto que yo las miro sin verlas, puesto que, cuando mis ojos están dirigidos hacia sus rostros, mi corazón, obstinadamente, está dirigido hacia ti.

Todas las noches, mis amigos me invitan a sus reuniones: ríen, cantan, hacen música.

Pero, en medio de su alegre compañía, yo me siento solo y triste: retirado aparte, oigo a tu recuerdo cantar en mi corazón.

CONSTANCIA

GHAZEL

Desdéñame, recházame. Lo acepto todo. Me resigno a todo, porque sé, en la constancia de mi amor,

Que un día u otro tú serás mi consolación y el orgullo de mi alma y la vida de mi corazón.

Yo soporto todos los males de que me abruma tu crueldad, todos los tormentos que me hacen sufrir tus caprichos, porque sé, en la fidelidad de mi corazón,

Que un día u otro tú reconocerás mi amor y estarás, entonces, toda confusa y arrepentida ante mí.



NUEVOS POEMAS DE «JARDINES SOLOS»

ELECCION

Me acuerdo... me acuerdo...
como quien soñó.
Al balcón la linda
chiquilla salió.

Pasando muy quedo,
cuando atardeció,
enfermo de amores
la saludo yo.

Con mohín muy serio
me correspondió.

Esa misma tarde
—¡bien lo viera yo!—
otro la saluda
y ella contestó.

Con una sonrisa
le correspondió.

Me acuerdo... me acuerdo...
como quien lloró.

ATARDECER

Triste el susurro que hacen
las altas ramas del nogal anciano.
Triste el rumor del agua entre las piedras,
raudal serrano.

Triste la voz del ave, y solitaria
tu flor, manzano.

Triste de ver la enferma entre las flores...
Marfil su mano.

Triste su acento que se va del mundo:
—¡Todo fué en vano!...
Triste el atardecer y misterioso,
en el cielo del último verano.

ARTURO CAPDEVILA





Un osito hormiguero metido en una coraza de escamas parecidas a esas pizarras con que se cubren algunos tejados, esto es el pangolín, *mamífero desdentado* de la familia de los *manididos*. También se le llama *mánido* o *manis*. Estas palabras vienen del latín *manes*, nombre dado por los romanos antiguos a los espíritus de los muertos y a los dioses que, según aquella mitología, gobernaban el infierno. Ya ves, niño, como el infeliz y tímido pangolín puede ser comparado con algunos seres que dan susto.

Te dije, al hablarte del tatú y del oso hormiguero, que los desdentados se llaman así porque o no tienen incisivos o carecen de dientes y muelas El pangolín y el oso hormiguero tienen las encías tan limpias de huesos como un recién nacido

Posee una lengüecita en figura de lombriz, con la cual rebaña hormigas, animales que constituyen casi exclusivamente su alimento.

Las láminas de la coraza, de forma romboidal, tienen movimiento en su base, de manera que el pangolín puede erizarlas, y como el filo es cortante al hacerse el animalito una pelota presenta una hermosísima defensa. La palabra pangolín viene del malayo y significa animal que se enrolla. Algunos autores solamente llaman pangolín al mánido que vive en las islas de Java, Sumatra y otras de la Malasia. Las otras especies de mánidos habitan en algunas regiones de Asia y Africa, abundando más en el centro de este último continente.

La cabeza está desprovista de pizarras, pero tiene, en cambio, escamas como la de las serpientes.

El vientre hállase abrigado por un pelaje sedoso.

Con sus uñas de tatú, el pangolín hace madrigueras bastante hondas, donde pasa el día. Por la noche sale en busca de termites, hormigas grandes que construyen casas en forma de montículos. El pangolín registra la vivienda con su lengüecita llena de saliva o destruye el montículo con sus poderosas uñas. Los habitantes le deben tener gran aprecio como perseguidor de ese enemigo de las cosechas.

En sus escursiones se aleja muy poco de la madriguera. Por eso los indígenas lo domestican y lo tienen en la casa para limpiarla de termites y otros bichos.

El pangolín es mansito y se deja acariciar. Algunos hasta se suben a las rodillas del amo. En cuanto olfatea cualquier peligro, el pangolín se enrosca y así se queda mucho tiempo, hasta que ya no hay ni sombra de enemigo.

Si durante la excursión de caza le sorprende el día, el pangolín abre una nueva madriguera, esperando allí la noche para volver a la antigua.

En la India se le llama *fatagen;* en algunas regiones africanas *Abu-Khirfa* (padre de las cortezas); en Ceilán, *caballaya*, y los chinos, que lo creen un pez, le dicen *ling-le*, o sea carpa de las colinas, y aprovechan sus placas para hacer armaduras, muy fuertes y muy lindas, pero que ahora no sirven contra las balas.

EDUARDO DEL SAZ



DIBUJOS DE MACAYA



Niño de Anchorena Cantilo

Niña de Dickinson

FOTOS DE WITCOMB

Niña de Nevares



EN EL TIGRE

Acuarela de Besares

EL DIA DE UN GOBERNADOR

CON EL PRIMER MANDATARIO DE LA PROVINCIA DE JUJUY



El gobernador de Jujuy, señor Mateo C. Córdova y su ministro de Hacienda, señor Carlos Martiarena.





El primer mandatario contemplando el bello panorama de la ciudad en que se destaca la iglesia matriz.

Un saludo sincero á Caras y Caretas, una de las estrellas de primera magnitud del periodismo Argentino, de cuyas paginas emanan verdaderos rayos de luz que penetran hasta el mas apartado rincón de la República, contribuyendo con esto al progreso intelectual de nuestro país, lo que es un timbre de gloria para su ilustre fundador y un honor para sus continuadores.
Jujuy Septiembre de 1922
Miguel A. Tanco



El ministro de Gobierno, capitán de marina don Miguel A. Tanco, en el salón-museo donde se guarda la gloriosa bandera creada por Belgrano.

Autógrafo que dedicó a nuestra revista el ministro de Gobierno y que dice así: «Un saludo sincero a "Caras y Caretas", una de las estrellas de primera magnitud del periodismo argentino, de cuyas páginas emanan verdaderos rayos de luz que penetran hasta el más apartado rincón de la República, contribuyendo con esto al progreso intelectual de nuestro país, lo que es un timbre de gloria para su ilustre fundador y un honor para sus continuadores.—Jujuy, septiembre, de 1922. — Miguel A. Tanco.



El señor Córdova y su acompañante el prestigioso político doctor Delfín P. Carrillo preparándose para una excursión campestre.



El alto funcionario de la provincia y sus colaboradores los ministros. El gobierno del señor Córdova se distingue por su apego a la sencillez y al buen tradicionalismo.



El gobernador celebrando un interesante acuerdo con los señores Tanco y Martiarena, en el que se aprobaron algunas reformas de carácter beneficioso para el pueblo.

León muerto por una bala dum-dum, disparada por el cazador que se halló en peligro al ser atacado por la fiera.

EN EL CORAZON

NOTAS GRAFICAS DE

VEINTE AÑOS ENTRE

Negro mangar, guerrero de la tribu más salvaje que existe en el Africa Central, los cuales se hallan empeñados en bárbaras luchas constantes con sus vecinos.

Enorme mono domesticado, todo un «hombre laborioso», que lleva en la cabeza un cesto, dentro del cual conduce una cría también destinada a ganarse el «pan» con el sudor de su frente.



Un «sector» de negros pertenecientes a la feroz tribu, dirigiéndose en caravana a la caza de leones y pertrechados para pernoctar varios días entre la espesura del bosque.

Cachorro de tigre, criado con leche en el campamento. La mujer que lo cuida es la esposa del «sultán» de Mangara.

DE AFRICA
EMOCIONANTES CACERIAS
FIERAS Y TRIBUS SALVAJES

Un tigre, todavia en la infancia, criado con leche, después de haber sido separado de la madre por el intrépido cazador.

Guerrero ataviado a la usanza de la tribu. La característica de las armas usadas para la lucha consiste en la belleza de los colores con que las adornan.



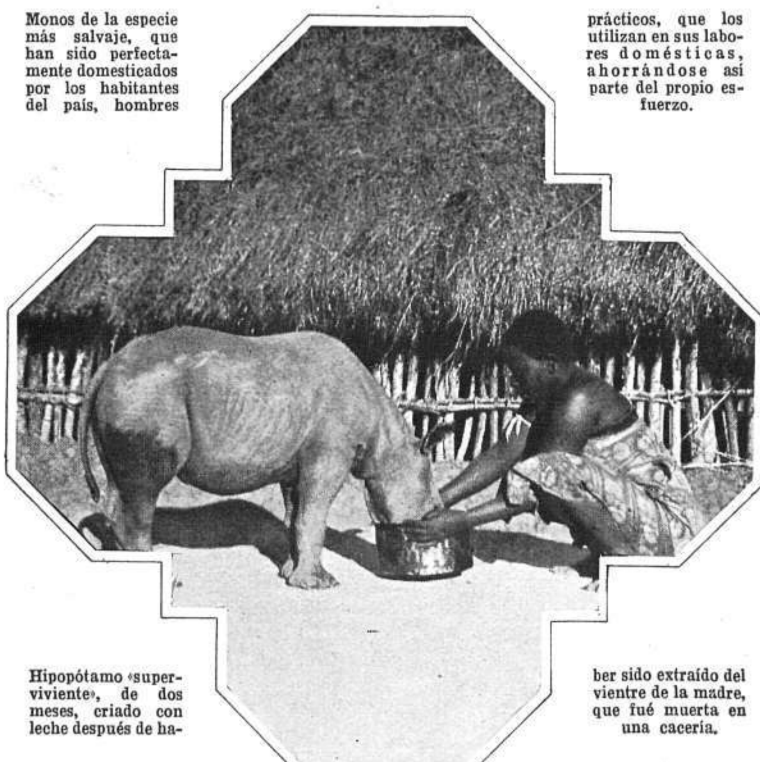
Grandes huevos de avestruz diseminados por el campo después de una visita que los leones acostumbran a practicar por los nidos, desdeñando devorarlos cuando no están muy hambrientos.

Monos de la especie más salvaje, que han sido perfectamente domesticados por los habitantes del país, hombres prácticos, que los utilizan en sus labores domésticas, ahorrándose así parte del propio esfuerzo.

Koloman Kittenberg, intrépido cazador alemán, convivió veinte años con los salvajes habitantes de las agrestes y semivírgenes regiones que circundan los lagos Mangara, el Salado y otros, pertenecientes a la cuenca del gran lago Victoria Ñanza, Africa oriental alemana.

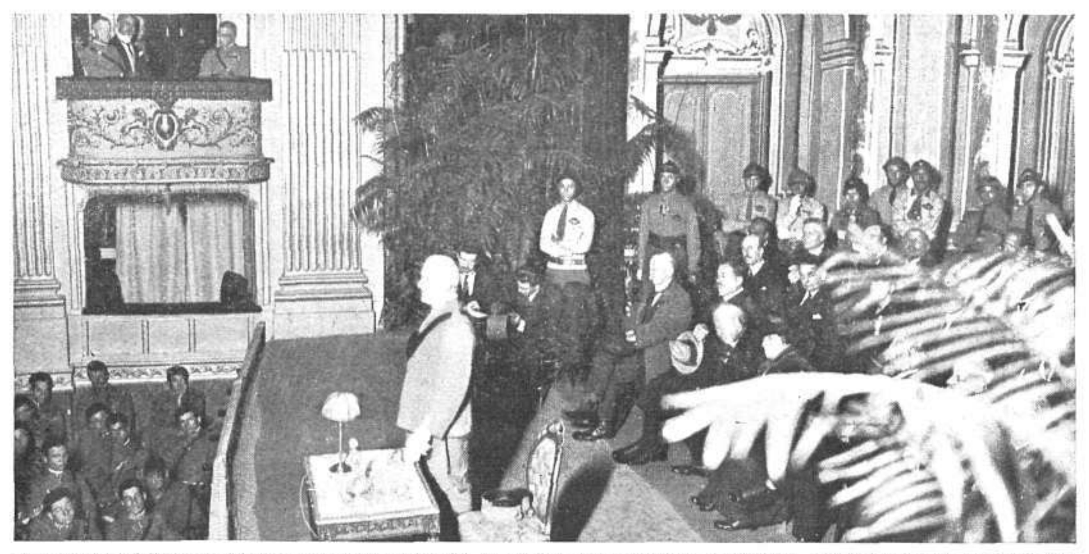
Los mangares constituyen una tribu de gran fortaleza física y de resistencia animal que viven rudimentariamente.

El experto excursionista, secundado por estas tribus, ha podido realizar audaces y sensacionales cacerías de leones, panteras, tigres y otros feroces animales; ha presenciado y contribuído a la interesante domesticación de una especie de monos corpulentísimos y agresivos, a los cuales logran amansar los naturales de la comarca, capturándolos en sus madrigueras recién nacidos, no sin librar frecuentes batallas con los enfurecidos padres de los críos. Más de un negro mangar sucumbe acribillado por los tremendos mordiscos de estos formidables enemigos; mas la tribu obtiene su recompensa con el rudo trabajo que les prestan los domesticados. Hay que confesar que no carecen de sentido práctico aquellos lejanos —doblemente lejanos— semejantes nuestros. El mono puede ser un «elemento laborioso y razonable», como podrá apreciarse en una de las fotografías con que completamos esta original información.



Hipopótamo «superviviente», de dos meses, criado con leche después de haber sido extraído del vientre de la madre, que fué muerta en una cacería.

NOTAS GRAFICAS DE ITALIA



El general Caviglia pronunciando en el teatro Argentina, de Roma, una interesante conferencia acerca de su reciente viaje por Sud América. El ilustre orador tuvo elogiosos y significativos párrafos para nuestra república, señalando su próspero presente y apuntando su magnífico porvenir. Al lucido acto asistieron el rey, el general Díaz, destacado elemento oficial y selecto público.



El honorable Mussolini y los señores De Nicola y Tittoni, presidentes de la Cámara y del Senado respectivamente, asistiendo a las honras fúnebres del barón Sonnino.



La más reciente e interesante fotografía del jefe del gobierno italiano en el hall del hotel donde se hospedó su paso por París de regreso de la conferencia de Lausana.



Los llamados "tres grandes" — honorable Mussolini, M. Poincaré y lord Curzon — al salir de una de las preliminares conferencias en Lausana.



El notable y popular orador sagrado reverendo padre Semeria pronunciando una patriótica alocución ante la lápida conmemorativa de los empleados de la Cámara caídos en la guerra.



Duelo entre el capitán Ricci y el teniente Igliori, éste último mutilado de un brazo, que se batieron por cuestiones políticas, resultando ambos heridos levemente.

ORIGINAL CAMPAÑA

La «Estampilla de Navidad contra la Tuberculosis» va adquiriendo carta de naturaleza en Norte América. Al celebrarse ahora el 15.º aniversario de su fundación, todas las primeras autoridades de aquel progresista país, con el sentido práctico que las distingue, se aprestaron a la humanitaria lucha contra la terrible enfermedad, la llamada «plaga blanca», azote del mundo.

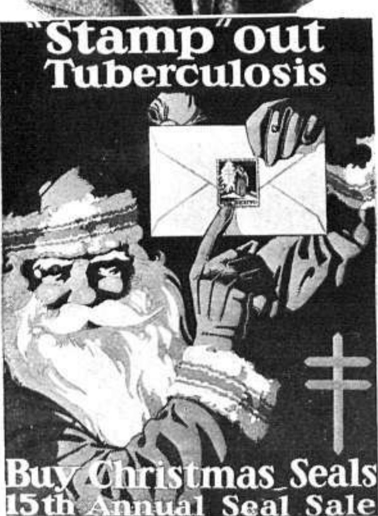
No solamente se trata de la adquisición de fondos para seguir atendiendo a los ya víctimas, que son curados en numerosos hospitales modernísimos, sino que

Niñas utilizadas como propagandistas para la venta de estampillas de Navidad.



El secretario de Estado, mister Hughes, celebrando una entrevista con John A. Kingsbury, miembro ejecutivo de la Asociación Nacional contra la Tuberculosis.





Mr. Herbert Work, secretario de Comunicaciones, principal propagador de la Estampilla de Navidad para combatir la llamada plaga blanca.

Llamativo cartel en que se muestra la estampilla puesta en circulación.



El gobernador de Pennsylvania, Mr. Sproul, saludando al gobernador electo, Mr. Pinchot, y conferenciando con él acerca de la lucha anti-tuberculosa.

EN NUEVA YORK

CONTRA LA TUBERCULOSIS

se desarrollan campañas populares con el noble fin de preservar al pueblo del mortífero bacilo, prodigando enseñanzas escritas y verbales en que la higiene y la nutrición — los dos más poderosos enemigos de la tuberculosis — se recomiendan y se facilitan por todos los hogares, ayudando también materialmente a las familias pobres para preservarlas del tan combatido mal.

En fin; una campaña en que cooperan todas las fuerzas vivas de la opulenta nación, cuyas últimas estadísticas acusan un apreciable descenso en esta clase de enfermos.



Samuel Gompers, el "leader" de los trabajadores norteamericanos, en su despacho, tomando parte activa en tan humanitaria obra pro-salud.



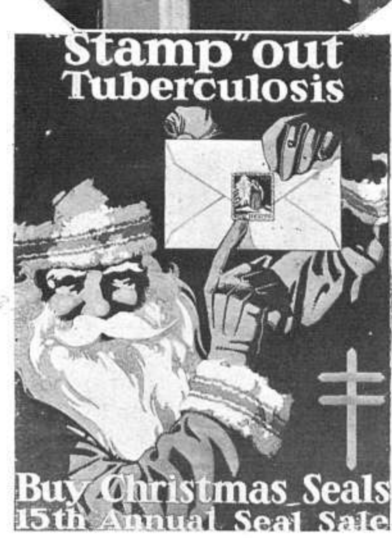
El vicepresidente de la república, míster Coolidge, y su señora, adheridos a la campaña.



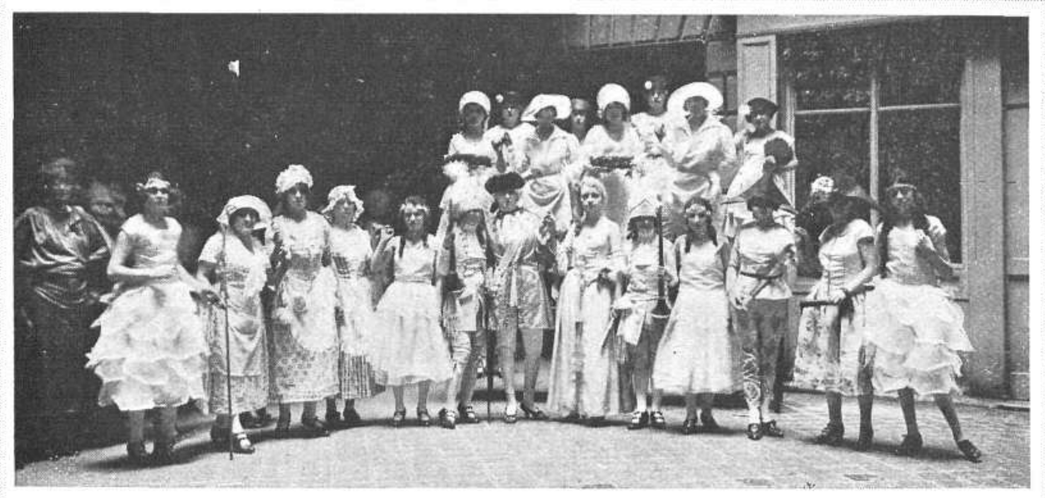
Will Rogers, astro de la cinematografía, excelente propagandista, enlazando un rollo de las populares estampillas con su característica habilidad.



El secretario de Marina, Mr. Denby, mostrando ante un marinero las "armas" con que ha de lucharse por la salud del pueblo.



Llamativo cartel en que se muestra la estampilla puesta en circulación.



Las alegres "midinettes" parisienses luciendo vistosos trajes para acompañar, como cortejo, a la reina que presidió la clásica y popular fiesta.



Con su contagiosa alegría las modistillas hacen perder la seriedad a un buen guardián del orden público.



Un grupo de hermosas muchachas recorriendo la "Rue de la Paix" acogidas por la población con entusiasmo indescriptible.



Conmemoración del centenario de Pasteur. Mr. Jupille, que fué el primer niño vacunado por Pasteur, delante de la estatua erigida para perpetuar el benéfico descubrimiento del ilustre sabio.



El histórico "Taxi del Marne", que constituye una reliquia de la gran guerra, al ser sacado del jardín de los Inválidos, por los chauffeurs condecorados.


Discúlpeme — yo se lo que quiero y
yo quiero lo que yo pido. —
ACEITE BAU, — mándeme 6 latas.
REFINERIA DE ACEITES
BAU
FREIXAS Y C.IA SECCION ACEITE BAU

EFEMERIDES HISTORICAS

Enero 28 de 1826.— Creación del Banco Nacional

Al estudiar la situación económica del Banco de Descuentos, dice el historiador Vicente F. López:

«La ley que creó en 1822 el *Banco de Descuentos* no tenía nada de excepcional. Ella le fijó el capital de un millón de pesos fuertes; se le dieron por 20 años los privilegios de emisión exclusiva, de cobranza prelacionada y acción hipotecaria contra sus deudores. Las acciones podían ser representadas en propiedades raíces; y además de ser depositario de todos los valores en tramitación judicial, debían enviarse a su caja todos los fondos de la tesorería y de los demás ramos de la administración provincial.

El interés, que según las aseveraciones del ministro estaba en plaza a *cinco* por *ciento mensual* para los particulares y variante del 2 al 3 % para el Gobierno, declinó rápidamente al *uno*, gracias a las poderosas emisiones con que el Banco extendió sus descuentos; y era tal la necesidad de circulación y de moneda fraccionaria para el arreglo de los precios y para las devoluciones de los excesos vulgarmente llamados *cambio*, que el pueblo y el menudeo recibieron con avidez esa preciosa representación de las transacciones y de los negocios intermediarios; comenzándose desde los primeros momentos a *detenerse* y *emplearse* en este uso una masa considerable de billetes pequeños que entraron a sustituir a las *contraseñas*, y que por el servicio fundamental que desempeñaba no buscaba jamás la conversión.

Alucinados los espíritus al ver que con cuatrocientos mil pesos escasos de capital *abonado* mantenían una circulación de billetes, bien *entretenida*, de más de *dos millones*, haciendo asombrosas ganancias, al mismo tiempo que todo el país prosperaba, creyeron que habían resuelto el fugitivo problema de la circulación de un modo definitivo. Y en verdad que hasta cierto punto tenían razón.

La experiencia se hacía en un país enteramente virgen, dueño de una vastísima campaña que producía *espontáneamente*, puede decirse, una materia prima—los cueros — sin rival en los mercados europeos a término de encontrarse, de la noche a la mañana, con el *exclusivismo natural* de esa riquísima y buscada producción, a la que nadie le hacía ni le podía hacer entonces competencia. Este hallazgo repentino e inesperado, permítasenos decirlo, tenía lugar en los momentos más prósperos de la historia de Buenos Aires: cuando, terminada la guerra de la Independencia con un éxito glorioso y resueltas todas las dificultades de la guerra civil, se contaba con un gobierno liberal e ilustradísimo y con una paz consolidada que habían restablecido toda la vivacidad y la iniciativa de nuestro genio popular. Natural era, pues, que todas las fuerzas sociales se lanzaran a la riqueza rural, a ese grande instrumento de producción que se les ofrecía casi gratuitamente, tan ínfimos eran los gastos y tan pingüe el resultado. El inconveniente hasta entonces había sido la falta de *capital circulante* a bajo interés, que era necesario no sólo para los adelantos propios del negocio y pago de los medios cooperativos, sino para representar en plaza el precio inmediato de la producción y vivificar su mercado.

Este inconveniente venía, pues, a estar a salvo por la *circulación fiduciaria* que el Banco de Descuentos acababa de poner en descuento. De modo que esa representación *de los valores futuros* de la tierra se contrajo al establecimiento de estancias y se convirtió en el valor *efectivo* y *real* de esas estancias, que *antes* no existían, en el valor *efectivo* y *real* de los productos *nuevos* que ellas daban de suyo al mercado y que *antes* tampoco habían existido.

Estos valores nuevamente creados servían a su vez de aplicación, de empleeo y de cambio al monto de su circulación *fiduciaria;* y como ésta se empleaba en tierras, en ganados, en procreos y en el mercado de sus frutos, no sólo no iba al Banco a buscar una conversión infructuosa e inútil, sino que cada día era más atraída, y con mayor fuerza, a la propiedad rural y a la propiedad raíz en la capital; convirtiéndose por su propio giro en valores *nuevos* y *efectivos* que le servían de lastre, diremos así, es decir, de garantía, puesto que con ese papel se compraban *estancias*, *ganados* y *casas;* se pagaban *salarios* y se ponía en el mercado el monto de toda la riquísima y buscada producción con que saldábamos el valor de la importación.

Se puede, pues, ver con evidencia que mientras nuestra producción fuese *exclusiva* en los mercados europeos, debía estar *en demanda;* y que nada había que temer respecto de nuestra circulación fiduciaria ni del capital circulante con que sosteníamos el valor de nuestras fuentes; porque estando nivelado ese valor con la producción *futura* de cada año y siendo ilimitada la extensión de tierras y de procreos con que podíamos explotarlas, era claro que todo el movimiento económico reposaba sobre una base sólida y progresiva; y que la moneda, lejos de ir a buscar *conversión* en el Banco, tendía a salir de sus cajas y a extenderse con más y más fuerza, buscando acomodo y empleo productor.

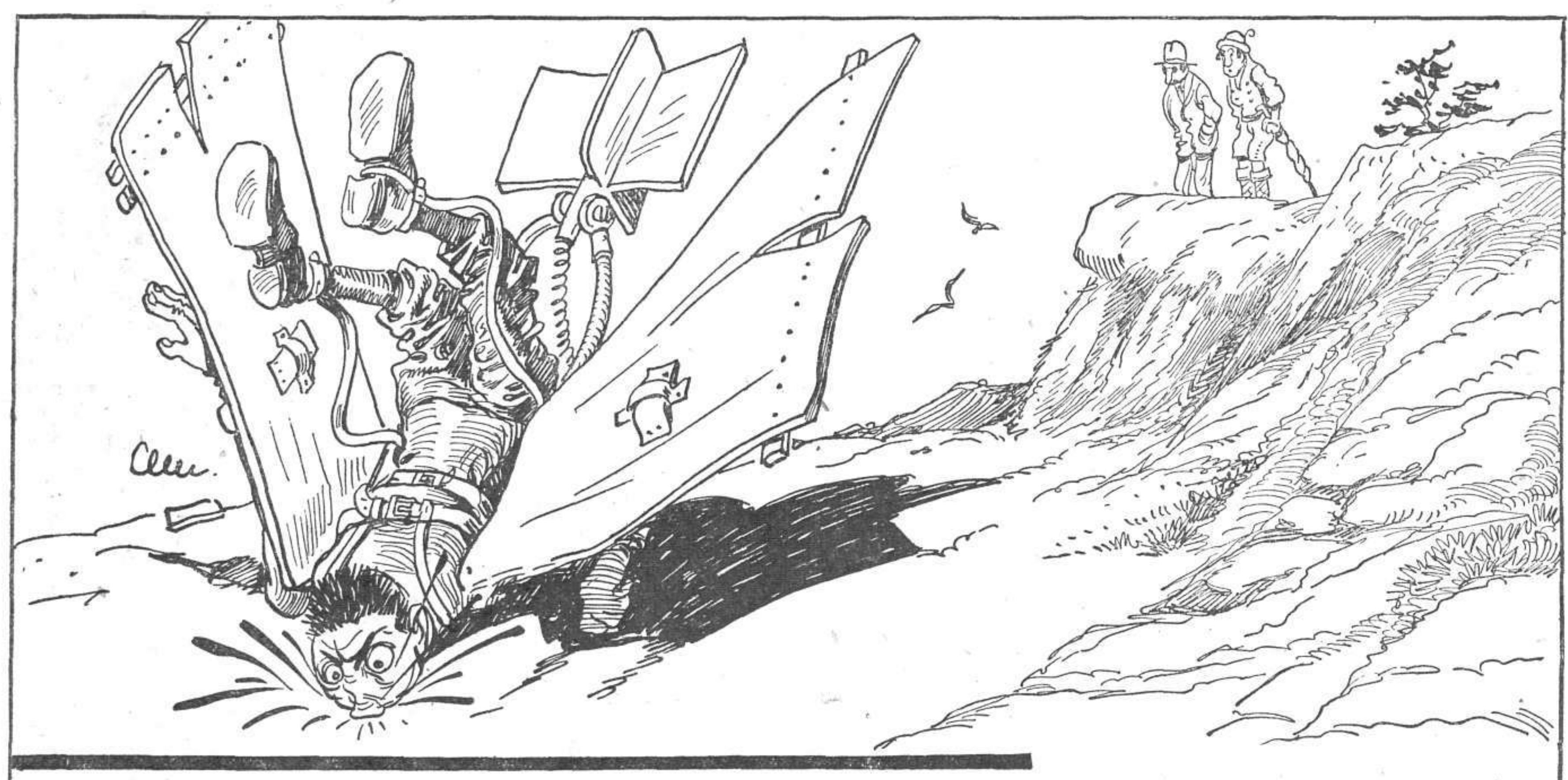
Contra esta perspectiva no había sino una presunción desfavorable. Pero ella estaba tan lejana que probablemente no se le ocurrió a nadie preverla bajo el influjo de hechos tan halagüeños y tan notorios como los que contribuían a la prosperidad de aquel período.

Lo que podía temerse era que llegase un momento en que la *importación* superase al valor de la *exportación;* y que los saldos tendiesen a salir en moneda metálica, en vez de salir en *frutos del país*. Pero, como hemos dicho, para eso era preciso presumir que se esterilizasen nuestros inmensos campos, que se *acortase* su extensión, o que nuestros frutos perdiesen la fuerza notoria de su demanda; cosas todas tan lejanas de los fenómenos y de los hechos presentes, que si alguien las alcanzaba a percibir sería allá en tiempos remotísimos que no se toman en cuenta jamás en medio de las exaltaciones presentes y animosas de que vive toda iniciativa comercial.

Así fué como la moneda fiduciaria del flamante Banco de Buenos Aires penetró en todas las capas sociales del valor económico, adhiriéndose a la propiedad rural, a la propiedad urbana, al comercio y a las transacciones más íntimas del mercado popular, desde el alto comercio hasta el pordiosero, sin miras de otra conversión efectiva que la que sacaba de su propio giro en el mercado de los productos naturales de la provincia.

Tal era el estado fundamental de las cosas; y según se presentaban, se puede decir que el Banco se había desembarazado de todas las responsabilidades de la conversión para descargarlas sobre la producción rural y sobre los valores *nuevos* que ella producía cada año, antes de que se hubiesen alterado en lo mínimo las bases primitivas de su organización legal.»

Después de diversas incidencias parlamentarias, en la sesión del día 28 el Congreso sancionó la ley creando la importantísima institución bancaria.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA

VERMOUTH ARGENTINO

Los de la montaña. —¡Los inventos hoy van a pasos agigantados!

—¿Qué me dice Vd. del teléfono sin hilos?

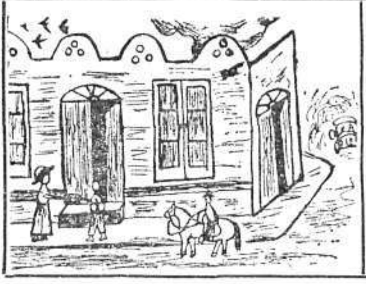
—¿Y qué me dice Vd. del aeroplano sin motor?



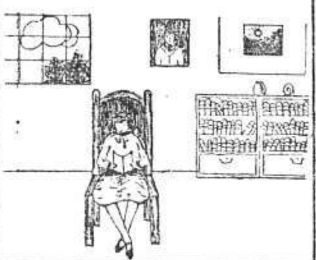
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



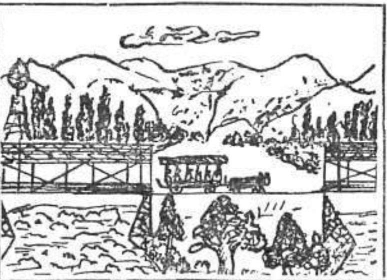
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



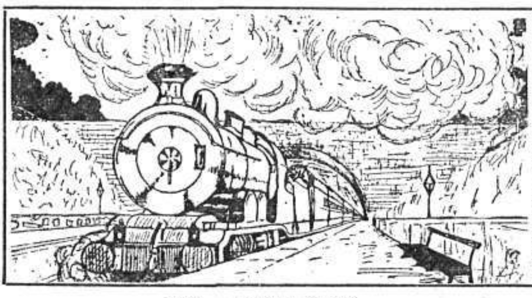
1326 — Vendiendo CARAS Y CARETAS.
AGUSTINA BENAVÍDEZ.



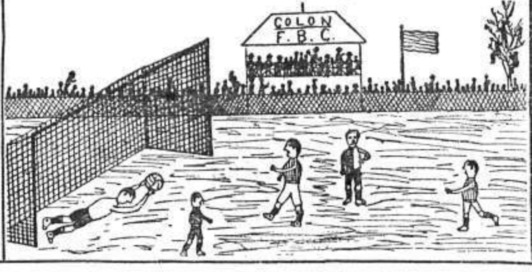
1327 — Mi prima leyendo.
MARÍA ANGÉLICA PATTI.



1328 — Los puentes del río del Valle.
MERCEDES SALAS.



1329 — El tren rápido.
MARÍA LUISA BRENZONI.



1330 — Ramírez ataja un goal.
JUAN CARLOS SOSA.

De los dibujos publicados en el mes de diciembre han resultado premiados los siguientes números: 1288, 1290, 1293, 1295, 1296, 1298, 1299, 1301, 1303, 1304, 1305, 1307 y 1308.


Valiosos regalos
para las consumidoras del
Polvo Graseoso LEICHNER
Queriendo corresponder a las preferencias que una numerosa y distinguida clientela mantiene por el Polvo Graseoso Leichner, como producto para embellecer y suavizar el cutis, los señores Mendel y Cía. han resuelto obsequiar a las señoras consumidoras de dicho artículo de tocador con valiosos regalos consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional, que, como es sabido, constituyen seguros títulos de renta, cotizables en cualquier momento, y que devengan un interés no inferior al 6 por ciento anual. Dichos regalos podrán obtenerse mediante un sencillo pasatiempo, que consiste en lo siguiente:
A las dos de la tarde del día 14 de Septiembre de 1922 el escribano público don Francisco Pita, con estudio en la Avenida de Mayo, 634, procedió, en presencia de testigos, a dar cuerda y poner en hora un reloj de bolsillo, de marca corriente, con dos esferas: una con horario de doce horas y división de minutos, y otra con división de segundos. Una vez puesto en marcha el reloj, fué encerrado dentro de una caja de lata de las que contienen el Polvo Graseoso Leichner, la cual, perfectamente tapada, precintada y sellada quedó depositada en poder del mencionado señor escribano.
El día 15 de Marzo de 1923, en el sitio y a la hora que previamente se dará a conocer, el escribano señor Pita, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir, procederá a abrir la caja y a constatar la hora, minutos y segundos en que se paró el reloj. Acto seguido adjudicará los regalos a las personas que hubiesen acertado la hora, minutos y segundos en que se detuvo la marcha del reloj. Si ninguna hubiese acertado la hora exacta, corresponderán los regalos a aquellas que más se hubiesen aproximado, en orden anterior y posterior. En caso de coincidir dos o más soluciones, el valor del regalo que corresponda se repartirá por partes iguales entre las que hubiesen coincidido. Del resultado definitivo el señor escribano actuante levantará la correspondiente acta.
Para optar a los obsequios es requisito indispensable utilizar la faja-prospecto que acompaña a cada caja de Polvo Graseoso Leichner, cuidando de dejarle adherido un trozo de la estampilla fiscal que la sujeta a la caja. En el margen blanco de dicha faja-prospecto deberá escribirse con letras (no con números) la hora, minutos y segundos en que se calcule se parará el reloj; y a continuación anotar el nombre, apellido, domicilio y pueblo de residencia de la persona interesada, enviándola bajo sobre, con esta dirección: Señores MENDEL y Cía., Obsequios Leichner, Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires.
Cada persona podrá enviar las soluciones que desee, pero cada solución deberá anotarse en una faja-prospecto, con el trozo de estampilla adherido.
No se tomarán en cuenta las soluciones escritas en otro papel, o que no tengan adherido el pedazo de estampilla. Las soluciones podrán enviarse hasta el día 28 de Febrero de 1923, considerándose nulas las que lleguen después de esa fecha.
REGALOS A ADJUDICARSE:
1.°— 1 regalo de $ m/n 1.000.— en cédulas del Banco Hip. Nacional
2.°— 2 regalos " " " 500.— c/u. " " " " " "
3.°— 4 " " " " 250.— " " " " " " "
4.°— 10 " " " " 100.— " " " " " " "
5.°— 40 " " " " 25.— " " " " " " "
6.°— 500 " " " " 3.50 " " caj. de Pol. "Si tu voulais...!"
7.°—1.500 " " " " 1.50 " " caj. de Pol. Graseoso Leichner
Las personas agraciadas con cédulas del Banco Hipotecario Nacional podrán optar entre dichas cédulas o el valor nominal de las mismas, en dinero efectivo.

LO QUE DICE UN RELOJ

POR ADELIA DI CARLO



LELITA fué despertada aquella mañana por el tic, tac... tic, tac de un reloj. ¿Cómo era que llegaba tan claramente hasta ella aquel simpático ruidito?

Lelita, que conocía otros relojes, nunca había oído uno con un sonido tan fuerte.

— «Tic, tac... tic, tac».

La niñita no puede ya dominar su curiosidad, y, saltando de la camita, a medio vestir, se dirige hacia el sitio de donde parte el ruido. Cuál no sería su sorpresa cuando ve en un rincón del vestíbulo un hermoso reloj de péndola. Lelita dió un grito de alegría, y batió palmas.—¡Qué lindo, qué lindo—exclamaba.— ¡Mamá, abuelita, vengan a ver!

Su mamá apareció instantes después para enterarse de la causa de aquella inusitada algarabía.

— ¿Qué te pasa, nena? — preguntó como si ignorase el motivo del llamado.

— ¡Mira qué reloj grande y lindo! ¿Quién lo trajo, mamita?

— Papá lo compró, y esta mañana muy temprano lo trajeron varios hombres.

«Tic, tac... tic, tac...»

La niñita contempla absorta aquel disco de metal que oscila lentamente. En alto, sobre el cuadrante blanco que ostenta los números romanos, se mueven lentas las agujas.

«Tic, tac... tic, tac...»

— Sabes, Lelita, lo que el péndulo parece decirte, en ese tic, tac ininterrumpido — dice la madre sonriendo.

— No, mamá.

— Nena: ya el sol ha salido y alumbra por entero a la tierra; los pajaritos se han despertado y cantan alegremente, mientras tú sigues durmiendo.

«Tic, tac... tic, tac.» También las abejas se han despertado con el sol y han comenzado su obra. Pronto, levántate, para observarlas. El levantarse junto con el sol, con los pajaritos y las abejas es muy conveniente porque trae salud.

«Tic, tac... tic, tac»...

— ¿Qué más dice el reloj, mamita? — inquiere la niña anhelante.

— ...Emplea bien tu tiempo y aprende cosas útiles y bellas.

A estas palabras, Lelita, como si hubiese sido tocada en la parte más sensible de su alma, muy seria, preguntó:

— Dime, mamá, ¿qué voy hacer yo en la vida?

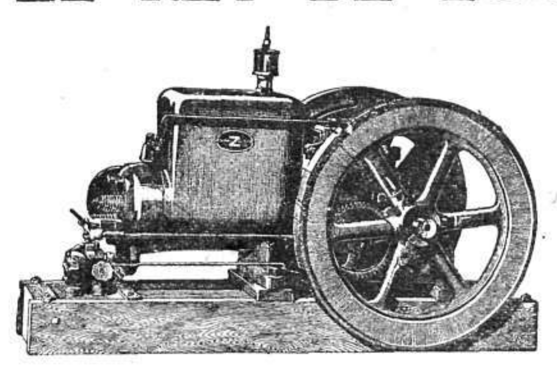
— Vas a estudiar la música y el dibujo que tanto te gustan; vas a acompañarnos a viajar, vas a ser una niñita útil.

— Sí, mamá, quiero empezar pronto a estudiar, porque ya estoy cansada de esta vida de holgazana.

«Tic, tac... tic, tac». Bien, niñita, por tu buen propósito — parece decirle el reloj.— Bien, pero tú no eres holgazana porque apenas tienes cinco años; es bello oir hablar, como lo has hecho, a una personita de tu edad; mientras las horas de trabajo llegan, tú, salta, corre, ríe, juega, sobre todo ríe, ríe con tu risa de ángel. «Tic, tac... tic, tac»...

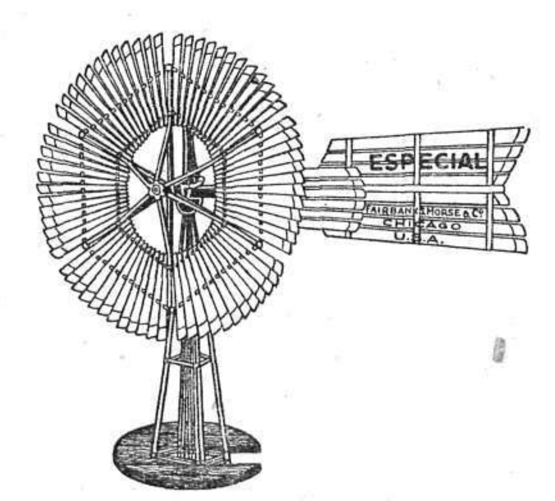
Z Z Z **Z** Z Z Z

EL REY DE LOS MOTORES



El más famoso; insuperable por su sencillez. Su construcción sólida y su baja velocidad le aseguran una larga duración. Es el único que lleva magneto BOSCH y bujía en vez de chispero. Sin duda habrá algún vecino suyo que tendrá uno de estos motores y le podrá informar sobre sus resultados.

Equipos para Luz - Equipos para Bombear - Portátiles - Para aserrar, etc. - Desnatadoras - Trituradoras - Tractores - Bombas - Dínamos - Acumuladores.



Molino
ESPECIAL

Sin engranaje; con repuestos gratis por dos años.

Los molinos de esta marca colocados en el año 1890 y que funcionan actualmente, son su mejor garantía. Es, además, el molino más barato.

Mejore su Tractor FORDSON con el Regulador TACO (chico)

Precio de lista $ **60.**— m/n. completo.

FAIRBANKS-MORSE



6 grandes fábricas.
46 sucursales.

Sucursal Argentina
Perú, 475 - Bs. Aires

CONSULTORIO

N.º 1955. — ¿Quién fué Emerson?

ESTUDIANTE. — Rosario.

Ubaldo o Waldo Emerson, célebre escritor y filósofo norteamericano, nació en Boston en 1803. Su padre fué un ministro de la secta unitarista.

Emerson hizo sus estudios en la universidad de Harvard, y después estudió teología para seguir la misma carrera que su padre, haciéndose cargo de una iglesia unitarista de su ciudad natal. Pronto abandonó estos trabajos para dedicarse al estudio de la filosofía, para lo cual se retiró a Concordia.

Durante los años de 1837 y 1838, dió a luz sus obras tituladas "El hombre reflexivo" y "La ética", fundando también una revista de filosofía.

A su regreso de Inglaterra, donde fué a dar una serie de conferencias, dió a la imprenta su libro "Los representantes de la humanidad", donde hace un estudio de los personajes históricos representantes típicos, cada uno de una cualidad particular, cuya realización total la harán los americanos del porvenir.

Emerson perteneció también a la Academia de Ciencias Morales y Políticas y escribió además de las obras ya citadas: "Conferencias sobre la la época actual", "La naturaleza", y "Método de la Naturaleza y el hombre reformador".

Este distinguido filósofo murió en el año de 1882.

De Emerson ha dicho el profesor de literatura William P. Frent: "Hasta tal punto ha vivificado el pensamiento de América con su plácido idealismo, con su espléndida fe en la potencia y en los sagrados derechos y deberes del individuo, con su intrépido radicalismo democrático, que el lector acoge hoy como vulgares o muy naturales las palabras que en otro tiempo hicieron palpitar el corazón de la juventud americana".

N.º 1956. — ¿Cuál es el mecanismo de orientación de las hojas?

PEDRO PITA. — Ciudad.

Las hojas pecioladas se orienta durante su desarrollo obedeciendo a la influencia de la gravedad (geotropismo), de la luz (fototropismo), etc., gracias a curvaturas y a torsiones de sus peciolos.

Es sabido que en las reacciones tropísticas de los tallos y las raíces, el papel del agua del tejido tiene una importancia especial. ¿Ocurrirá lo mismo para las hojas? Durante las reacciones tropísticas de las hojas, y más especialmente en el peciolo ¿intervendrá también una distribución conveniente del agua?

Este es el problema que ha estudiado M. Edgar Zaepffel, quien ha llegado a los siguientes resultados: Si en un peciolo normal, intacto, no seccionado, varía de manera disimétrica la riqueza en agua, tienden a producirse deformaciones en el peciolo. Si la cantidad de agua se hace, por ejemplo, más abundante en la mitad derecha del peciolo, éste se encorva hacia el lado derecho, y al mismo tiempo se produce una torsión del peciolo, que se orienta hacia la derecha de la cara superior del limbo.

Según anteriores estudios del mismo autor, el almidón móvil determina en el peciolo de una hoja no extendida en un plano horizontal, una perturbación en la distribución del agua. De la misma manera, para una hoja iluminada lateralmente, los fenómenos clorofílicos se cumplen con intensidades desiguales en ambas mitades del peciolo, de lo cual debe resultar una distribución disimétrica de la riqueza en agua. Concíbese, pues, que las reacciones tropísticas de las hojas se realizan por curvaturas y torsiones del peciolo.

En la mayor parte de las hojas no pecioladas, la base de la nerviación principal es la que desempeña el papel de peciolo.

N.º 1957. — ¿Hay algún país dónde los médicos son juzgados por sus desaciertos?

FUTURO GALENO. — Ciudad.

Muchas veces se ha hablado de la omnímoda libertad, de la irresponsabilidad que tienen los médicos en su profesión, donde hacen y deshacen sin que en sus errores y descuidos no tengan más pena que el descrédito que se acarrean.

El médico puede hacer pruebas peligrosas, ensayar medicinas y tratamientos, operar a su gusto.

Claro está que nos referimos a los galenos poco escrupulosos, que hacen de su profesión un negocio y no un sacerdocio.

En Inglaterra, el médico es responsable de sus actos. Las distracciones, los errores, las desaprensiones, los descuidos, el abandono, el poco celo en el desempeño de sus funciones, las faltas graves, en una palabra, de fatales consecuencias son castigadas hasta con la expulsión del Cuerpo, con la pérdida del título médico y con la prohibición de practicar su carrera.

El Consejo general de Medicina de Inglaterra es el que interviene en estos asuntos, y en su local de la calle Oxford se celebran de tiempo en tiempo juicios con toda la formalidad y severidad requeridas, donde se estudian, examinan y juzgan las causas profesionales que se presentan, para lo que el Consejo tiene autorización oficial. Las sentencias que ese Tribunal médico dicta son firmes y tienen carácter oficial.

Así se forma lo que podemos llamar Tribunal Supremo de Medicina y Cirugía investido por el Estado de plenos poderes para juzgar, absolver o castigar profesionalmente al médico acusado.

Un miembro del Consejo presenta el caso al Tribunal, las interrogaciones comienzan, los testigos empiezan a desfilar, el fiscal acusa y pide la pena, todo como en los tribunales de justicia ordinaria, y como en éstos, el doctor acusado es defendido por un abogado.

Terminado esto, todos los que no forman parte del Consejo salen del local, el acusado es llevado a una sala contigua y el jurado con el presidente delibera.

Para pronunciar el veredicto se da de nuevo entrada al público, reaparece el acusado y con la mayor solemnidad se dicta sentencia.

En el caso de un doctor de bastante fama, éste al escuchar su sentencia absolutoria se acercó a una de las mesas, cogió un papel y escribió a su mujer el siguiente telegrama: "Gracias a Dios, aun soy doctor", y en seguida, sin detenerse a ponerse el abrigo, olvidando el sombrero y sin fijarse en la fría y pertinaz lluvia que caía, salió veloz, corriendo a todo correr hasta que encontró el primer "auto" de alquiler, que le condujo a la más cercana oficina de telégrafos donde depositó el telegrama.

Pero cuando los miembros del Consejo general de Medicina ponen el pulgar hacia abajo, el hasta entonces doctor pierde en aquel momento sus títulos y carrera y no puede en su vida volver a firmar una receta en todas las islas Británicas, colonias y dominios.

Si sólo contaba con su profesión para vivir, tiene que buscar nueva ocupación.

La Medicina le ha arrojado de su seno.

N.º 1958. — ¿Se ha calculado el recorrido que pueden hacer en un año los dedos de un dactilógrafo?

G. B. — Lanús.

Los dedos de los dactilógrafos son los más sorprendentes viajeros de la creación. Pueden recorrer enormes distancias sin sentir la fatiga que experimentan los pies y las piernas si anduvieran lo mismo. Se ha calculado que la mano de un escribiente de velocidad ordinaria recorre en un año diez y seis mil kilómetros mientras que los dedos de un dactilógrafo hacen un recorrido de ciento sesenta mil kilómetros al año.

N.º 1959. — Desearía conocer algún procedimiento sencillo para impermeabilizar el lienzo.

LORENZO CAPELL. — La Plata.

Se obtiene una tela impermeable, de una impermeabilidad que resiste a los plegados y a los frotamientos, por el procedimiento siguiente:

Mézclense tres gramos de caucho puro y 10 de parafina a 988 de bencina en caliente o en frío, removiendo continuamente; la disolución en caliente es más rápida, pero exige serias precauciones. Se deja reposar y se remoja el tejido en el líquido, y cuando está bien impregnado se saca y se seca al calor.

S. Rodríguez. — Capital.
Puede hacerse sin el consentimiento de la esposa.

Pedro C. S. — Capital.
Ese artículo salió en el primer número de "Caras y Caretas".

Dorita. — Lanús.
Tiene usted razón. A su edad, nadie puede obligarla a cumplir esas disposiciones.

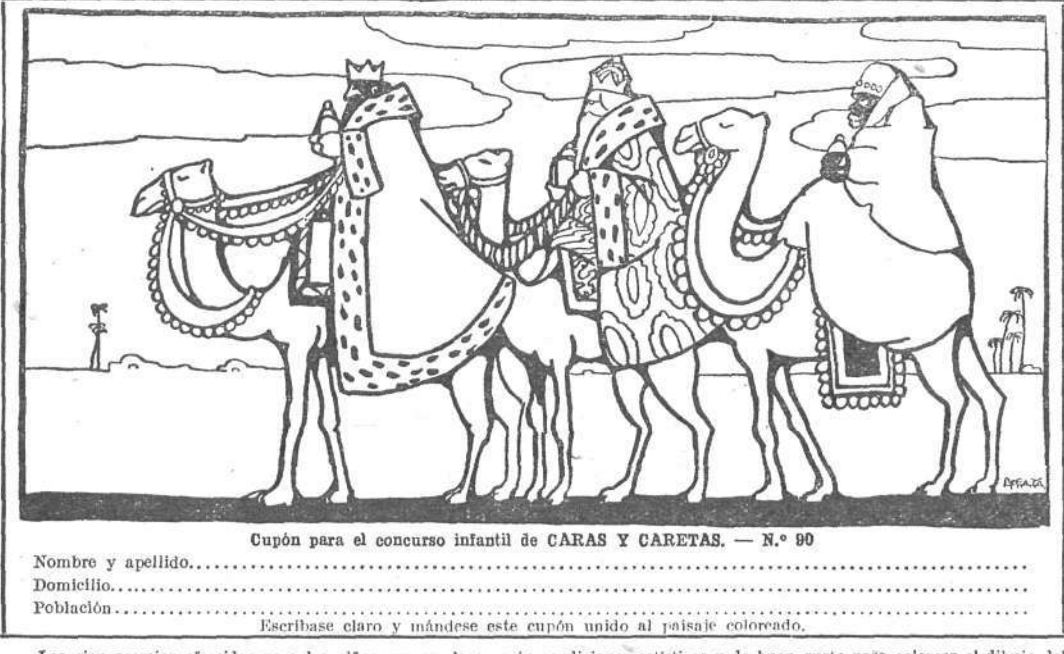
M. D. P. — Ciudad.
La palabra "ágata" procede del griego "agathe" o "agathon", bueno excelente, o de "Achates" hoy Dritto, nombre de un río de Sicilia donde, según Plinio, fué encontrada por primera vez esa piedra.


Agradable...
es hallarse en una hermosa playa aspirando las deliciosas y saludables brisas marinas, como agradables son los delicados "VINOS ARIZU" por su pureza y sabor exquisito.
Exíjalos a su Proveedor.
Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional
Soc. Anón. VIÑEDOS Y BODEGAS "ARIZU"
Avda. de Mayo, 1035 — Rivadavia, 1032
PINOT BLANCO

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS — Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 89, han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Arroyo, Margarita.
Amavet, Herman E.
Alari, Osvaldo P.
Alicade, Amadeo.
Arango, Eleuteria.
Allende, José.
Alonso, Héctor.
Ataide, Luján.
Agudin, Héctor.
Antonelli, Luis.
Altieri, Blas S.
Acuña, Julio C.
Andrade, Orlando.
Bianchini Meyer, B.
Bergara, María E.
Ballarato, Esteban.
Battista, Electra de.
Benito (hijo), Manuel.
Blanco, Adela B.
Becker, Idel.
Buzzeti, Enrique J.
Bliscen, Enrique.
Ballabeni, Augusto.
Benavides, Agustina.
Buzzi, Nora.
Barreda, Alma.
Bonastri, Gaspar.
Cicale, Teodolina A.
Coratella, Fernando.
Caudina, Chola.
Castellini, Juan Angel.
Cervini, Ramón.
Casas, Antonio.
Carrica, Anita.
Cevallos Torres, Julio.
Dorgambide, Rodolfo.
Delgado, Humberto.
Dacunda, Roberto.
Decima, José A.
Estrada Alfredo
Elía, S. de.
Etcheverry, Francisco E.
Escarra, Enrique.
Ferrone, Ida R.
Figueredo, Salomé.
Fornarecci, Alfredo C.
Fernández, Roberto.
Gattamora, Clelia.
Guasch, Clotilde.
Gandolfo, Rosa A.
Isurueta, Felicia S.
Insua, Rosa C.
Junqueras, Isidro H.
Kaiser, María F.
Luppi, Federico R.
Lastreto, Bartolomé.
Lentini, Elena.
Loudet, Esther.
Luco, Víctor Hugo.
Llanos Guzmán, Elisa.
Mijnarends, Olga.
Masuet, Teresa.
Mulatti, B. Fermina.
Maimo, Isabel.
Mattig, Juan Francisco.
Montaña, Eusebio.
Manrique, Stellita.
Molinari, Carlos R. E.
Mulatti Balda, C.
Martino, Valentina.
Monteros, Ercilia.
Muñoz, Roberto.
Nessier, Bernardo.
Pina, Adela.
Pron, Adelina M.
Pelrocchi, Ernesto B. M.
Prina, Arnaldo A.
Pérez, Juan.
Prabia Yofre, R.
Picabea, Pedro E.
Pelletieri, Carlos E.
Ponte, Pedro T.
Ragel, Esther F.
Rembado, E. L.
Rey, Mercedes L.
Requena, Mario A.
Rivero, Hilda E.
Russo, Eleuterio M.
Roggia, Delia.
Russo, María C.
Safontas, Elena L.
Sparn, Carlos O.
Tupat, Lucrecia N.
Tancredi, Jorgelina M.
Valdovino Pérez, G. E.
Vilanova, Delia.
Vigo, Alicia.
Ventura, Domingo A
Valle, Juan.
Yohannis, María L.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 29 y 30 del corriente mes, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.

Una

sola copita de

FERNET-BRANCA

hace que desaparezcan los efectos de las malas digestiones.



Concesionarios: **HOFER y Cía.** - Buenos Aires

Desde la tierra del sol y de los mistoles

La primera vez que visité Santiago del Estero me ocurrió un caso curioso.

Fué allá por el año 97. Como quien dice el otro día.

En aquel entonces Santiago del Estero era algo típico, muy típico. Los paisanos iban a caballo de guardamonte, en las calles nunca faltaban bolivianos que ofrecían remedios para sanar todas las dolencias y el mercado daba la nota característica local más interesante.

Hoy Santiago ha dado un salto en el camino del progreso; tan es así que no quería creer a mis ojos. Jardines, parques, palacios, calles asfaltadas, adoquinadas, teatro, confiterías de lujo, niñas bonitas... ¡Bueno!... Niñas bonitas las tuvo siempre Santiago, pero quiero decir elegantonas, vaporosas, interesantes.

Y yo, que soy de aquellos que cuidan el detalle, como decía el «distinguido ciudadano», me di cuenta de lo refinadas que eran las chicas por la delicadeza de los perfumes que usan.

Pasan del brazo en grupos de cuatro o cinco y dejan tras de ellas como una estela de esencias suaves, casi diría una serpentina invisible, que se desprende de sus personas y sigue ondulando en el aire como una caricia de los sentidos.

Pero... volvamos al caso curioso.

Llegué a Santiago hecho un carbonero. La tierra cosechada durante el viaje me había transfigurado.

El hotelero, muy obsequioso, me asignó un cuartucho en que mi cama quedaba disimulada entre un montón de bordalesas vacías y cajones de vermouth, vacíos también.

Ese dichoso hotel ha desaparecido. Pasaba en aquel entonces por lo mejorcito en su género. En realidad no pasaba de un fondín inmundo.

Unico lujo: un mosquitero en estado deplorable, pues a través de los numerosos agujeros podían ir y venir, no diré los mosquitos, sino las mismas gallinas, que se paseaban libremente por el cuarto y depositaban huevos entre la paja de los cajones de bebidas.

Diputado nacional Dr. Rodolfo Arnedo bailando una chacarera.

No era el caso de ser exigentes. Cada cual da lo que puede y gracias que, bien o mal, había modo de arreglarse.

Mientras por falta de baños procuraba sumergirme en una palangana, oí bien claritas unas frases, no muy lisonjeras que digamos:

—¡Gringo de aquí, gringo de allá!... ¡Te voy a... esto, te voy a... aquello! ¡Te he de matar!...

En el primer momento pensé en una pelea de peones, pero faltaba un contrincante. Era uno solo que amenazaba, el otro no contestaba. No decía si quiera esta boca es mía.

—¡Hijo de una tal por cual!... ¡Desgraciao!... ¡Vení!... ¡Vení!... ¡Salí afuera, gallina, maula, salí!...

Se iba a derramar sangre con toda seguridad y me extrañaba que nadie se interpusiera para apaciguar los ánimos exaltados.

—¡Qué gente ésta!... Sabía que era calmosa, ¡pero que llegara a la indiferencia mientras dos hombres estaban por destriparse!...

Y me asomé a la puerta de la habitación con la toalla entre manos y la cara goteando todavía por las abundantes abluciones.

Ni un alma.

Sobre un hierro clavado en la pared se movía nerviosamente un loro, que al volverme a ver sacudió el plumaje como si se estremeciera de indignación, y dando vueltas y más vueltas a la cabeza, intensificaba a intervalos el color rubí de los ojos.

—¡Salí!... ¡Salí!... ¡Hijuna!... Te voy a... gringo de...

¿Conque era el loro el caballerito que provocaba la pelea? Me acerqué al bicharraco.

—¡Cállate!

Y... le medí un sopapo. Armó un escándalo. Con esa voz estridente y ronca que los caracteriza soltó una serie de:

—¡Eeeeh!... ¡Eeeeh!...—que llamaron la atención del dueño del establecimiento.

—¿Qué pasa?

Me hice el don Juan de afuera.

—¡Nada!... ¡Qué lindo animalito!... ¡Qué bien habla!... ¿Hay muchos por acá? Se ve que no me conoce y... se asusta!... ¿Son muy caros los loros por acá?

—¡Ah!... ¡Este no lo vendo a ningún precio!... ¡Habla que hay que oirlo! Sabe decir: «¡buen día, señor comisario!... ¡Hay gente!... ¡La papa, patrona!... ¿Comiste?»... ¡Es una monada! ¡Y mansito!... Es de manso que hay que ver.

Hizo para ofrecerle un asiento en su dedo índice, pero el pajarraco gritó desaforadamente:

—¡Eeech! ¡Eeeeh!

—¿Qué te pasa? ¿Le habrán pegado? ¡Qué raro! Decilo a tu patroncito... ¡Decíselo, pimpollito, Pedrito lindo!...

Suerte que nadie me había presentado al loro, que de lo contrario, con la inteligencia del animalito, ahí no más tiene lugar una denuncia en forma por injurias y vías de hecho.

Pero los cariños del hotelero tranquilizaron al inteligente Pedrito y los dos empezaron a cotorrear y a hacerse confidencias al oído.

Hoy estos loros excesivamente nacionalistas no son posibles. Han sido retirados de la circulación y mucho más en los hoteles.

Los hoteles hoy son hoteles de verdad, hasta Plaza Hoteles.

Es curioso el espíritu de imitación que reina en todas partes. Todo se va recalcando sobre los modelos de la capital federal.

En Córdoba, Tucumán, Santiago, Salta... hay Plaza Hotel, Savoy Hotel.

En el hotel todas las noches la orquesta típica ejecuta música local y hay que ver cómo los tenedores quedan en suspenso, cómo se interrumpe la masticación a los primeros compases de una chacarera o de una zamba!

¡Lástima que no me fuese posible prolongar por más tiempo mi estada en Santiago! De no mediar este inconveniente, creo que en pocos días me ponía en contacto con lo más selecto de la sociedad santiagueña y en una forma altamente halagadora.

Precisamente mientras estaba escuchando unos motivos de la orquesta típica, el mozo que servía mi mesa me entregó una esquelita:

«Mercedes Ponce Ruiz presenta sus saludos al «periodista... etc... deseándole todo lo bueno desde «esta tierra del sol y de los mistoles. Primavera «de 1922.»

Imposible reunir mayor finura, más poesía en tan pocas palabras.

Me apresuré a presentar personalmente mis respetos a la amabilísima autora de la esquelita y me entretuve largo rato sobre mis impresiones de viaje, los progresos de la provincia y la intelectualidad de las mujeres santiagueñas.

—¿Por qué, señor, no visita usted a la señorita

Por el doctor A. VACCARI

María Aliaga Rueda? Es una poetisa, una pianista de nota, apasionada para los estudios metafísicos... Tendría muchísimo placer en conocer a usted personalmente... ¿Cómo puedo decirle? Es nuestro Amado Nervo... Milita en el mismo campo, acaricia los mismos ideales del poeta mejicano... Hay muchos en Santiago que estudian y callan... Quédese un tiempito, haremos lo posible para que conozca lo mejor que tenemos.

Y fuí a ver a la señorita Rueda, que me habló de un libro de versos que está por aparecer en Buenos Aires, su primer trabajo, una obra que la llena de trepidaciones e incertidumbres, pues le tiene miedo al juicio del público.

—Pero ¿de qué público, señorita?

—De todo el público... Yo quisiera una opinión franca, quisiera saber si en realidad lo que he escrito vale o si se trata de ilusiones mías...

—Su elevado temperamento de artista no puede haber producido más que una obra notable... No puede usted desear sinceramente el aplauso de todos. Se trataría entonces de algo vulgar. Confórmese con el aplauso de los mejores.

A pocas cuadras de la plaza principal se levanta el convento de San Francisco.

La celda que habitó San Francisco Solano ha sido transformada en una capilla y encierra preciosos recuerdos de otras épocas.

En el antiguo convento viven en la actualidad seis padres, entre ellos el P. Corsi, de nobilísima familia romana y, si no me equivoco, pariente muy próximo del contraalmirante italiano del mismo apellido.

—Nuestro santo era muy músico... Para atraer y dominar a los indios echaba muy a menudo mano del violín... Dicen que gracias a su arte, una vez pudo contener un malón... Indudablemente fué un hombre dotado de poderes extraordinarios... Vea, señor...

Y los padres me enseñaron una vidriera en la que se custodiaban varios objetos que habían pertenecido a San Francisco.

Me llamó la atención un trozo de quebracho colorado.

—¿Y esto?

—Es un tirante de aquellos que debían servir para terminar el templo. Resulta que todos estaban de medida, menos uno, este mismo, algo más corto que los demás. Sin embargo, hacía falta. Y esperar que volviera de Tucumán la carreta con otros tirantes era demasiado largo. Pues ¿qué hizo nuestro santo Patrono? La cosa más sencilla del mundo. Estiró con las manos el tirante corto y al momento resultó más largo que los demás.

—Pero no lo emplearon por lo visto...

—No lo emplearon porque quisieron conservar memoria del hecho. Quedó como reliquia...

Cuelga de las paredes de la capilla un cuadrito que contiene la reproducción de una piedra que se encuentra en Loreto en el medio del río. Muchas veces quisieron los padres hacer transportar esa piedra al convento, pero un poco debido a la distancia, y especialmente a causa de la oposición, respetuosa pero decidida del vecindario de esa localidad, no les fué posible realizar sus propósitos.

La piedra debe quedar en Loreto.

Según aseguran las tradiciones, San Francisco pasaba a nado el río sobre la mula; y cuando, habiendo dado ésta un mal paso, peligraba, dió con la piedra esa que mide 82 centímetros de alto por un metro de ancho.

La mula intentó afirmarse en la piedra y lo consiguió mientras el santo se apeaba. Lo maravilloso del hecho es que en la piedra quedaron grabados los cascos de la mula y las huellas de las sandalias de San Francisco.

El nombre de río Hondo que se da al que corre cerca de Loreto se debe a otro hecho milagroso realizado por el mismo santo.

Debido a una creciente, los indios que acompañaban a San Francisco no se animaban a cruzarlo y menos a entrar en él con las carretas.

San Francisco les decía que entraran sin temor alguno, que el paso resultaría de los más fáciles. Pero esa pobre gente, ya aleccionada por experiencias anteriores, se rehusaba y suplicaba a San Francisco que no se atreviese, pues corría peligro de perder la vida.

Por fin, cansado de dar órdenes sin resultado, San Francisco se dirigió al río resueltamente, diciendo que lo siguieran.

Y así lo hicieron todos, pasando las aguas correntosas sin el menor percance. Una vez al otro lado, el santo se dió vuelta y, extendiendo la mano, dijo a sus acompañantes:

—Ahí tienen el río Hondo...

Desde entonces le quedó al río el adjetivo de Hondo.

Es indudable que el alma argentina, donde vibra más intensamente es en las provincias del interior.

Aquí la vida transcurre tranquila, pacífica, sin las convulsiones epilépticas que caracterizan el ambiente de la metrópoli. En estos pagos sobra tiempo para todo, no hay necesidades apremiantes y todos, aun los más humildes, encuentran modo de divertirse.

Todos se conocen y se saludan, y durante las noches calurosas las familias se sientan en las veredas, frente a sus casitas, charlan con las de enfrente, ríen, chacotean y las chicas van poco a poco enredando al que tarde o temprano ha de serles compañero en la vida.

La diferencia de clases es más rígida que en Buenos Aires, pero el paisano no pretende mezclarse tampoco con quien no debe. Jamás una persona del pueblo se atrevería a insinuarse en un baile de personas distinguidas, donde, entre otras cosas, están de moda los fox-trot, los one-step y los shimmy. Eso, sin embargo, no quita que personajes de veras, como por ejemplo *lo puede ser un diputado nacional, no desdeñe bailar* una chacarera con una mujer del pueblo.

El objetivo ha sorprendido en flagrante al diputado nacional señor Rodolfo Arnedo precisamente en el momento en que se entrega a unas expansiones netamente provincianas.

«Honny soi qui mal y pense».

Pero conste que el señor Arnedo es un hombre que, cuando se encuentra en el baile, comprende que no hay más remedio que bailar.

Y no baila mal el hombre... Conserva su aplomo... Sonríe... y la mujer que levanta un poquitito la pollera parece que dice:

—«¡Nigra sum sed formosa!»... como en el Cantar de los Cantares.

Lo que traducido al idioma vulgar significa: soy negrita pero hermosa.

Un detalle que revela más que cualquiera descripción cuán grande pueda ser la equivocación de los que juzgan todavía a Santiago del Estero con el criterio de hace unos años.

Mientras en los hoteles de Tucumán os sirven a los postres unas bananas raquíticas y a veces duraznos en tarros, en Santiago las verduras y las frutas, por lo menos en esta época, están a la orden del día.

El que quisiera vivir a pura fruta puede hacerlo.

Y la fruta de Santiago, por eso mismo que nace en terrenos secos, es sabrosa, perfumada, deliciosa.

Santiago parece que quiere entrar por una senda que la llevará seguramente a gran altura. Quiere establecer su riqueza con los productos agrícolas y complementarlas con las de sus bosques. Esta tierra del sol y de los mistoles — como decía la señorita Mercedes Ponce Ruiz — considerada hasta ayer como un arenal sediento, es de una fertilidad asombrosa.

Una vez más es cierto aquello de que los últimos serán los primeros.

¿Quién habría pensado, hace pocos años, que Santiago hubiera sufrido una transformación tan grande, encerrada como está entre dos provincias conceptuadas como jardines de la República?

Sin embargo, el milagro se ha realizado, y no por culpa de San Francisco Solano.

Necrología



Señorita Luisa Pozzi. — Casilda (F. C. C. A.).

Señora Josefa O. de Murna. — Navarro.



Señorita Ana María Ferrarotti. — Quilmes.



Señorita Manuela Luisa Muñoz. — Capital.



Señora Carolina Franza de Azaretti. — Capital.



Señora Graciana Aramburo de Luzzanne. — Coronel Brandsen.



Señor Rodolfo Sesé.—La Plata.



Señor Eduardo Robles Ahumadi. — La Plata.



Señor Andrés Fanetti. — Capital.

Señor Pedro Susanne. — Las Heras.


No es un secreto...
para quienes dejaron de sufrir el estreñimiento e irregularidades del intestino.
EL TE DE LOS VOSGOS
puede considerarse con toda propiedad como el medicamento heroico del estreñimiento habitual.
Estimula y despierta la acción de las fibras musculares del intestino, paralizadas por la inercia, proveyendo la expulsión vigorosa y regular de los residuos de la nutrición.
EN VENTA:
DROGUERIA DE LA ESTRELLA LTDA.
DEFENSA 215,
sus secciones y demás farmacias.

De Paso (F. C. O.)

Conocidas señoritas de esta localidad a cuyo cargo estuvo el desarrollo de la velada realizada a beneficio de las obras del templo parroquial.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavídez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E.; Paraná, 869.
Mackintosh, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.° piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, Federico; San Martín, 414.
Villa, Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 535.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Percich, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36.
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.



FRIO INSTANTANEO

En cien mil casas el

Ventilador Westinghouse

es parte indispensable del mobiliario.

Al mover una llave el ventilador despide inmediatamente un frío agradable, el cual hace confortable toda la habitación.

Es sorprendente el poco consumo de corriente y por consiguiente el poco gasto que ocasiona el funcionamiento continuo. Este se aprecia aun más si se tiene en cuenta el confort que produce.

Westinghouse

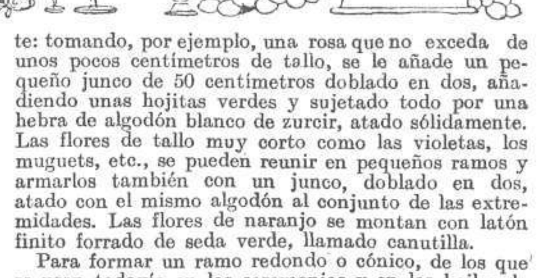
Av. DE MAYO, 1035
BUENOS AIRES

COLON, 59
CORDOBA

ADORNOS FLORALES

Por

LUZ Y SOMBRA



Sin pretender enseñar a mis lectoras el arte de la florista, para el que se necesitan disposiciones y prácticas especiales, les brindo a continuación unos consejos dictados por técnicos alemanes y franceses, y que pueden constituir lecciones útiles para el hogar.

Las reglas principales para todo adorno floral son: elección de las flores, abundancia de follaje, contraste u oposición de colores, elegancia y ligereza de forma en el conjunto.

La dimensión de las flores tiene que acordarse con la del ramo o cesta que se quiera formar; así, para los ramos comunes, se prefieren los pimpollos a punto de abrirse. Un color demasiado cargado es muchas veces chocante, sobre todo el amarillo, a pesar de que, en algunos casos, empleado en grandes conjuntos, ese mismo amarillo puede resultar de un efecto espléndido si armoniza con el papel de las paredes. Algunos colores pierden un poco de su belleza a la luz artificial; para ramos de noche es preferible evitar el azul, el lila y el violeta, a menos que el rojo predomine en estos colores compuestos. El amarillo, entonces, pierde su brillo y su intensidad; el de tono pálido simula un color blanco sucio. Los rojos, escarlatas, rosas y blancos conservan toda su delicadeza y, en general, el follaje verde es bonito bajo la luz artificial. Es sobre todo en la oposición de los colores donde se revela el sentimiento artístico. Si se juntan varios colores no hay que multiplicarlos excesivamente, y las mejores combinaciones, ya sean unicolores o compuestas por varios tonos de un mismo color, o formadas por dos solos colores diferentes, son: la del amarillo y azul o azul violáceo y la del rojo y blanco. En línea general se puede decir:

El blanco armoniza con todos los colores. El rosa con el azul claro, el blanco, el violeta y el rojo obscuro, pero no con el rojo claro o rojo cuero. El rojo con el blanco, el amarillo y el naranjado obscuro. El azul claro con el rosa, el amarillo y el blanco. El azul obscuro con el blanco y el amarillo. El violeta con el blanco y el amarillo. El amarillo con el colorado, el azul y el violeta.

En cuanto al follaje, el verde claro y el verde amarillo armonizan con las flores amarillas, blancas, azules y violetas; las hojas blancas con las flores blancas, azules y coloradas; las hojas obscuras y rojizas con las flores rojo rosas o amarillo pálidas. Tanto en la cesta como en los ramos es necesario buscar el efecto en la oposición de las formas, acercando, por ejemplo, las flores vaporosas a las voluminosas, las de racimos a las que tienen forma de bola, y evitando que se rocen. Cada una debe destacarse de su vecina, y por el follaje que forma el fondo, la luz debe juguetear naturalmente entre ellas. Las cintas son detalles obligados en todas las composiciones florales de gran efecto. Estos moños enormes, un poco ajados, son de bello efecto, pero la elección de los tonos exige un gusto muy delicado y un conocimiento de los efectos obtenido por el contraste de los colores. El procedimiento más sencillo para alargar un tallo es el siguiente: tomando, por ejemplo, una rosa que no exceda de unos pocos centímetros de tallo, se le añade un pequeño junco de 50 centímetros doblado en dos, añadiendo unas hojitas verdes y sujetado todo por una hebra de algodón blanco de zurcir, atado sólidamente. Las flores de tallo muy corto como las violetas, los muguets, etc., se pueden reunir en pequeños ramos y armarlos también con un junco, doblado en dos, atado con el mismo algodón al conjunto de las extremidades. Las flores de naranjo se montan con latón finito forrado de seda verde, llamado canutilla.

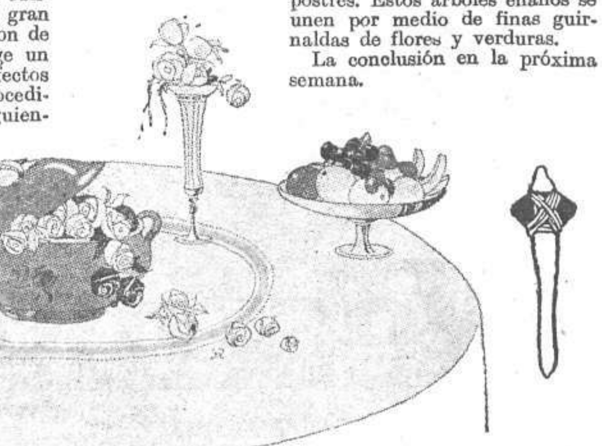
Para formar un ramo redondo o cónico, de los que se usan todavía en las ceremonias y en los bailes de estilo, se elige ante todo la flor que debe de formar el centro, y alrededor de ésta se colocan, un poco más abajo y sin cerrarlas, una hilera de otras flores, y cada flor que se coloca se sujeta con el algodón ya dicho. Se corta una tirita de 10 centímetros de ancho de algún diario viejo y se envuelve un poco retorcida alrededor de la empuñadura de esta primera parte del ramo. Esto tiene por objeto tener alejadas las flores que se colocarán luego. Se sigue disponiendo en la forma ya dicha las otras hileras, sin olvidar la tira de papel entre una y otra, y serán tanto más numerosas cuanto más las flores sean chicas y sea grande el ramo que se quiere componer. A todo esto hay que mezclar hábilmente unas hojitas verdes formando el fondo, y un pimpollo aquí, una florecita allá, que disimulen la dureza excesiva de esa disposición simétrica. Luego se añaden al ramo otras hojas verdes, se atan con piolín, se cortan los tallos a la empuñadura y se envuelve en una hoja blanca o puntilla de papel. En los ramos cónicos las hileras de flores se disponen unas mucho más bajo que otras.

El adorno floral de una mesa no debe ser tan excesivo que impida a los convidados la libertad de movimientos ni de la vista, ni ser demasiado penetrante su perfume.

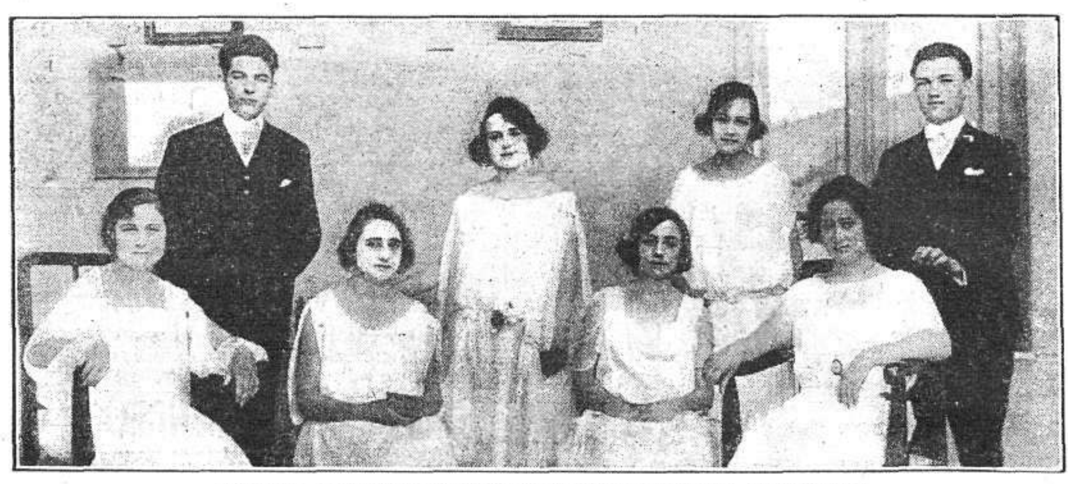
El método clásico comprende una cesta central y algunos floreros a las extremidades de la mesa, si ésta es muy larga.

Antiguamente se usaba la guarda de flores rodeando el centro, o en forma de 8, o en guirnaldas complicadas. Hoy día, el adorno sale de todo lo amanerado. Una panzuda porcelana de Sévres, en forma de sopera, colocada en el centro de la mesa, llena de rosas sin tallo, esparcidas entre el musgo y desparramándose sobre la mesa, fruteras esbeltas y severas, adornos sencillos y de alta elegancia, grandes recipientes de cristal tallado, blancas o esfumadas, con flores de agua, árboles minúsculos cargados de frutos que los dedos traviesos de las bellas coquetas picotean a los postres. Estos árboles enanos se unen por medio de finas guirnaldas de flores y verduras.

La conclusión en la próxima semana.




Cuando compre usted un perfume, hágalo con la certeza de que lo que adquiere es, en realidad, un perfume; pues para merecer tal nombre es necesario que su clase sea altamente refinada, sus esencias naturales y auténticas, y su estilo de un delicado buen gusto.
SI TU VOULAIS...!
nombre que debe usted tener presente y que corresponde a a un riquísimo extracto y a una excelente loción de la
PERFUMERIA MENDEL
compendia todas aquellas deliciosas y envidiables condiciones de superioridad.
MENDEL y Cía.
Buenos Aires.-Guardia Vieja, 4439
Montevideo.- Cerrito, 673
Loc. Marlise $ 4.20 el frasco
Ext. Anitra $ 9.50 el frasco
Ext. Marlise $ 9.50 el frasco
Ext. Si tu voulais...! $ 9.50 el frasco
Precios en la capital federal.



CORONDA. — Nuevos maestros egresados de la escuela normal de esta ciudad.

YA NO HAY DESPERDICIOS

Para el químico moderno no existe "desperdicio" y, por consiguiente, todo se aprovecha. Las cáscaras y las semillitas de frutas y hortalizas hase averiguado que pueden utilizarse. Los corazones y las peladuras de las manzanas ya no son desperdicios. La carne o pulpa de la manzana contiene pectina, con la propiedad de dar consistencia a la jalea.

Hace ya algún tiempo que el químico se fijó en las tusas del maíz. En años anteriores 50.000.000 de fanegas de esos desperdicios se arrojaban a un lado. El departamento de agricultura de Wáshington ha hallado que es posible disolver las tusas con agua caliente, con el resultado de que con esta operación se extrae un 30 por 100 de una goma adhesiva utilizable para pegar carteles y rótulos.

Durante la guerra europea, cuando era tan difícil obtener muchos de los productos necesarios para la fabricación de explosivos, se halló, después de varios experimentos, que el nitroalmidón — que es un explosivo potente y de los más seguros — podía hacerse mejor con el almidón de maíz que con tapioca, que se importaba de Java.

El maíz es, en el presente, un producto tan universal, que se están fabricando ahora más de cien productos comerciales diferentes, sin contar las pipas que se hacen de las tusas.

Ser vieja y **tener Canas**, bueno; pero **tener Canas** sin ser vieja, no

No deje usted que la naturaleza le haga la broma de envejecerla antes de tiempo.

Recurra usted al

AGUA SALLES

que es una preparación perfecta para devolver al cabello encanecido su primitivo color, y eso de manera tan hermosa que no se distingue.

El **AGUA SALLES** no hace daño al pelo; al contrario, lo fortifica y le da brillo. No ofrece peligro alguno ni inconvenientes aplicándola según indica el prospecto que va con el frasco. Es un producto antiguo y bueno usado desde hace 60 años en Francia y desde hace más de cuarto siglo en la Argentina.

DE VENTA EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

SALLES PERF. QUIMICO

73, Rue Turbigo — París

Depósito en Buenos Aires: A. LOURTAU y Cía., Paraná, 182 **Depósito en Montevideo: Sarandí, 429**





VILLA CONSTITUCION. — La directora de la escuela normal de esta localidad, señora Virginia de Salvadores, con las alumnas graduadas de maestras en este año, señoritas Antonia Araiz, Manuela Bugallo, Emilia Barman, Cayetana Marino, Edelmira Porta, Aurea Bugallo y Natalia Rolla.



EL BRUJO DE NERAC

Por

GABRIEL SIROUX



N Nérac, antiguo pueblo francés del departamento de Lot-et-Garonne, existe una casa de venerable aspecto con remachada y pesada puerta. Su construcción data del siglo XV.

Es el edificio más viejo de Nérac, con la aureola de raras historias y supersticiones. Algunos le veneran, otros se persignan cuando pasan bajo su sombra. El patio está musgoso y los dinteles desgastados y brillantes.

Las bajas y obscuras habitaciones del primer piso dan al visitante una impresión extraña y misteriosa; involuntariamente se encoge los hombros al entrar. Las pesadas cortinas de las puertas y ventanas parecen excluir el aire.

En las paredes cuelgan antiguas pinturas de Cristo, la Virgen, santos y algunos de los papas. Estos están mezclados entre otros de negro marco que parecen testimonios o certificados. Contra una de las paredes hay una gran vitrina, cuyos estantes atestados de botellas contienen diversos objetos, frascos con hierbas y mil cosas revueltas.

A pesar de los cuadros místicos, la pieza-habitación tiene un aire *non santo*, como que todas las debilidades y locuras de la humanidad se albergan en ella, pues es el taller y oficina privada de un brujo.

El ocupante de la habitación es Pierre Faget, conocido en todo el distrito de Nérac como un brujo. Y verdaderamente es la personificación del brujo de la Edad Media. Un poco jorobado, de piernas encorvadas, lleva un levitón como el que usan los judíos del este de Europa, un sombrero de anchas alas caídas sobre los ojos, como si el sol le ofendiera. Tiene unos setenta y siete años, pero su pelo apenas grisea; sus pequeños y negros ojos, que brillan como el carbón bajo sus abultadas y caídas cejas, parecen escudriñar los corazones de sus visitantes. Pierre Faget—brujo, hechicero y consejero general — aparte de ser una especie de Nostradamus y curandero, conocía los caracteres y las ocupaciones de todos los habitantes de Nérac y de sus contornos. Toda su vida, desde muchacho, había practicado el arte de la brujería y las adivinanzas y por muchos años había vivido con el producto de su profesión, prediciendo el futuro, curando los males del cuerpo y del alma y ejerciendo su conocimiento de lo oculto.

Pierre Faget era a la vez temido y querido por su reputación como mago, que se extendía por todo el distrito. Su poder sobrenatural era indiscutible, tanto entre los labradores como entre la gente del pueblo. Ningún asunto era demasiado importante, ninguna cuestión de amor demasiado pequeña para llevársela a Faget, «el profeta», en busca de su consejo. Los hombres de negocios iban a *«le père Faget»* para consultarle, y las sirvientas y labradores tenían absoluta fe en sus palabras.

El error fatal en la carrera de Pierre Faget fué cuando lo consultó Soucaret, el campesino.

Soucaret era famoso en la región montañosa que rodea a Nérac, por sus caudales y mal carácter. Todo le había ido mal desde que casó a su hija con su vecino Delias, quien vivía con ellos en las dos granjas que habían amalgamado.

Delias era un tipo de hombre diferente al de su suegro. De carácter dócil, aunque de un físico fuerte, era muy conocido y bien querido en toda la región. La esposa, la hija de Soucaret, tenía, como su padre, genio duro, era avarienta, fijándose siempre en lo que los labradores ganaban y gastaban. Desde la muerte de la madre, cuando ella era chiquita, había sido la patrona del establecimiento del padre, y poco se escapaba a su ojo de lince, mientras que su afilada lengua tenía comentarios para cada incidente o episodio que le disgustaba. Era más temida en la granja que cualquiera de los dos hombres.

El viejo Soucaret se quejaba con frecuencia a su hija de que su esposo era un holgazán, que no servía para nada y que prefería pasearse y visitar las granjas vecinas en vez de trabajar. Insistiendo constantemente sobre las debilidades de Delias, consiguió, por fin, poner a su hija de su lado.

Inesperadamente Soucaret y su familia sufrieron una serie de desastres. La aftosa apareció entre el ganado, que se moría en proporciones alarmantes. Las pérdidas de Soucaret eran considerables. Para aumentar sus pesares, otros accidentes tuvieron lugar. Una valiosa ternera se rompió una pata y

hubo que matarla. Desgracias de la misma naturaleza se sucedieron.

Soucaret sacudía tristemente la cabeza.

— Ha caído una maldición en esta casa — dijo a su hija. — Todo va mal.

— Tenemos que hacer algo — dijo ésta.

— ¿Qué le vamos a hacer, si es nuestra suerte? — preguntó el viejo.

En pocas semanas Soucaret perdió muchos miles de francos por enfermedades y accidentes en el ganado. A veces culpaba a su yerno por no ejercer suficiente vigilancia, lo que daba lugar entre los dos a odiosas escenas.

Un día el viejo campesino se encontró con Faget. Al instante pensó en consultarlo, pues, como todos, creía en su gran poder.

Soucaret se llevó la mano al sombrero cuando Faget se aproximaba.

— Buen día, señor Faget.

— ¡Ah! Buen día, Soucaret. ¿Cómo va la cosa?

El campesino sacudió la cabeza.

— Mal, señor Faget, mal.

— Lo sé — dijo el brujo. — Ocurren accidentes y pestes en tu ganado. Las cosas no han ido bien últimamente. La cosecha tampoco ha sido muy satisfactoria...

— ¿Cómo sabe usted todo esto? — preguntó el campesino.

— Claro que lo sé. Para algo soy un profesor de lo oculto, Soucaret.

— Venga y vamos a tomar una botella de vino, señor Faget.

El brujo movió la cabeza y se excusó diciendo que lo esperaban en casa.

— Ven a verme, Soucaret — le dijo al seguir su camino. — Tal vez te pueda ayudar a encontrar la causa del mal.

Durante los días que siguieron, aquellas palabras torturaron la mente del viejo; al principio dudó en aceptar la invitación. Nada había dicho a su hija ni a su yerno sobre el encuentro con el brujo.

Por fin, salió un día en dirección de la casa del adivino.

Faget, el viejo zorro, estaba lo más contento al recibir la visita del acaudalado granjero. Pues hay que tener en cuenta que Delias, su yerno, se había convertido en enemigo del brujo desde que se riera de él en público. Delias no creía en el adivino y no vacilaba en decirlo.

— ¿Van mejor las cosas, vecino? — le preguntó el adivino cuando vió quien era su visitante.

Soucaret relató sus apuros, aunque vacilando y con la desconfianza natural del campesino.

— Haces bien en venir a mí — dijo Faget. — ¿No ves que todo eso no es natural? Como tú sabes, esas cosas sólo pueden explicarse por influencias sobrenaturales. He leído tu horóscopo el otro día, después de encontrarnos, y podría decirte cosas que te aterrorizarían. En primer lugar, tienes un enemigo que está deseando ese mal a tus animales. Tales cosas como las que a ti te pasan únicamente pueden ser efectos del mal de ojo. Hay gente que no cree — y no quieren que otros crean — que existe tal cosa. Delias, tu yerno, es uno de ellos. Hay veces que el hombre sin querer posee ese maldito don, y el único remedio que hay es deshacerse de tales hombres. Así es; y hay que matarlos, no queda otro remedio. En mi experiencia he visto suceder cosas terribles a causa de ellos, pero no puedo decir todo lo que conozco. El hombre que está ejerciendo ese efecto en ti es tu yerno Delias, y no tendrás paz hasta que te deshagas de él.

Cuando Soucaret entró en su casa encontró sentados a la mesa a su hija y al esposo.

— ¡Es el mal de ojo! — dijo después de un juramento, golpeando la mesa con el puño.

Su hija se sobresaltó, pero Delias rompió en una sonora carcajada.

— Cuidado con lo que dices, *mon ami* — gritó el viejo. Pero Delias sólo contestó con otra risotada.

— Los tontos siempre se ríen de lo que no entienden — dijo la hija.

— Tú te callas — gritó Delias — tú eres sólo una mujer y no sabes nada. Si al viejo se le ha resblandecido la cabeza, tendremos que encerrarlo.

— En vez de reírte de nuestras desgracias — continuó su mujer, — harías mejor si te pusieras a buscar algo para remediarlas. Si te crees que eres tan listo, anda a oír lo que Pierre Faget tiene que decir sobre esto.

Ambos hombres se sobresaltaron, pero Delias miró a su mujer con enojo, frunciendo las cejas automáticamente.

— ¡Qué! ¿Te gustaría que fuera en busca de la mediación de un charlatán, que vive de la superstición de los campesinos y de las mujeres? — exclamó. — Pierre Faget debería ser apedreado hasta la muerte. ¡Deja que yo te encuentre yendo a ver a ese pícaro, que te vas a llevar una zarandeada!

Y con una risa burlona, Delias salió de la habitación.

El viejo Soucaret tomó aquella escena como una confirmación de todo lo que Faget le había dicho. Padre e hija se miraron fijamente por un momento, como si temieran traicionar sus pensamientos.

— Ve a ver a Faget — dijo el viejo.

— ¡No me atrevo, no me atrevo! — murmuró ella.

— Yo lo he visto — dijo el viejo por fin.

— ¿Lo has visto?

— Me ha dicho — continuó — cosas que tú no sabes, cosas que no podrías creer.

— Faget es un hombre muy listo — dijo ella.

— ¡Es realmente el mal de ojo!

— Yo te lo había dicho — exclamó su hija.

— Y es el de *él* — continuó el viejo, indicando con la mano al hombre que acababa de salir.

— Eso es mentira — exclamó ella. — Yo no lo

reo. El no es tan malo como todo eso.

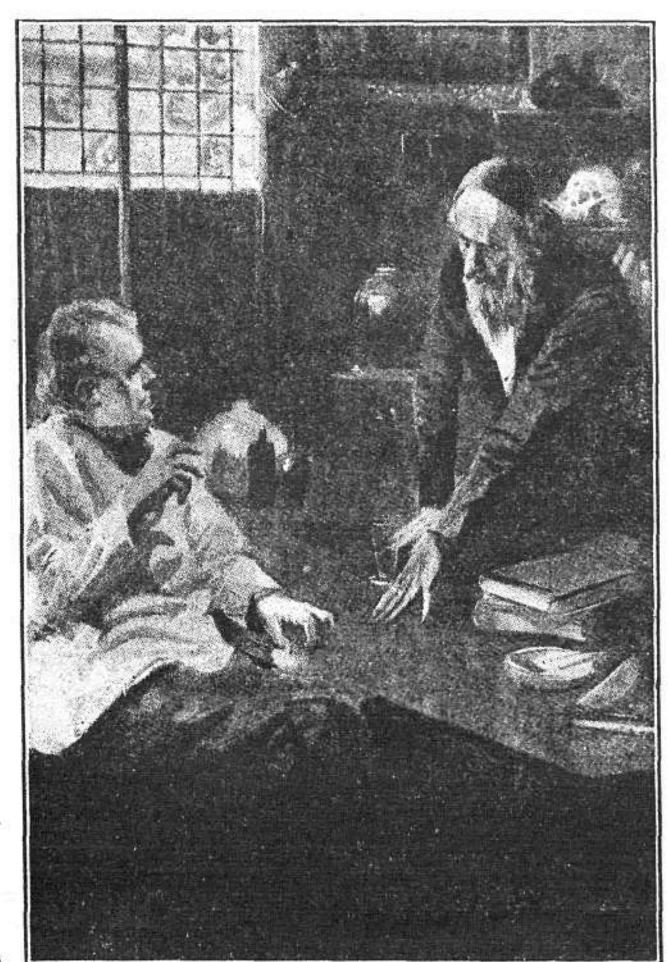
— No es maldad — dijo Soucaret. — El brujo dice que es una cualidad involuntaria.

Por una hora estuvo repitiendo el cuento de sus desgracias, contándole todo lo que Faget le había dicho, influyendo sobre la superstición de su hija, como el brujo había hecho con él, hasta que ella, medio paralizada por el miedo y sin saber lo que creer, empezó a llorar.

— Ve otra vez al brujo, padre — dijo ella. — Tal vez se haya equivocado.

El viejo sacudió la cabeza, pero volvió, como la hija le había pedido, y el brujo lo recibió con una mirada de desprecio.

— Ya te he dicho, Soucaret — refunfuñó el brujo, — que tus desgracias se deben a ese hombre. Ya has visto muchas familias arruinadas por las desgracias y enfermedades que han caído sobre ellas por el mal de ojo de una persona. Eso te pasará a ti también.



Aquella noche, cuando Soucaret llegó a la casa, llamó a su hija y a uno o dos de los campesinos, los que él creía que podía confiar en ellos. Había un hombre llamado Laverny, que era conocido por su naturaleza brutal, y una mujer llamada Melanie Gers.

Fué una escena extraña aquel grupo de ignorantes campesinos sentados alrededor de la mesa, escuchando lo que Soucaret les contaba.

....

La próxima mañana la familia estaba tomando su desayuno; Soucaret, su hija, Delias y Laverny, que había sido invitado.

Las mentes de tres de ellos estaban muy preocupadas. Delias, cuando terminó, se levantó diciendo que iba a ver un trabajo. Laverny se levantó también para acompañarlo.

Un cuarto de hora después regresó Laverny; su morena cara estaba pálida y con una expresión de terror.

— ¡Lo he hecho, patrón! — dijo. — Tuve cuidado de no mirarle a los ojos.

Unos días después la desaparición de Delias de la granja y de sus acostumbrados sitios empezó a excitar el comentario de la vecindad.

Cuando le preguntaban a alguno de la familia, contestaba que se había ido a un largo viaje. Parecía extraño que Delias no hubiera mencionado aquel viaje a ninguno de sus amigos.

Por fin intervino la policía local, y por espacio de dos meses continuaron las investigaciones.

Laverny y el viejo Soucaret eludían la policía y contestaban a sus preguntas desatinadamente.

Por fin, la mujer Melanie Gers, quebrantada por las constantes preguntas, dijo a la policía que registraran en el río Baise, bajo el puente de Recaillan. Allí fué encontrado el cuerpo del pobre Delias, metido en una bolsa que había contenido fosfato. Melanie Gers, Soucaret y Laverny fueron arrestados, y la terrible historia de aquella noche salió a la luz, y se supo cómo, después de haber asesinado a Delias en el sótano, entre los dos hombres lo metieron en una bolsa y aquella noche lo llevaron en un carro hasta el puente. Allí, mientras Gers sostenía al caballo, los dos hombres tiraron el cuerpo al río.

— Fué por culpa de Faget — sollozó el viejo Soucaret. — El me dijo que tenía que matarlo, me dijo que su ojo maligno estaba acabando con toda la hacienda y arruinando la cosecha.

La mujer de Delias confesó también el motivo del crimen. Ella también fué arrestada, y la carrera del viejo brujo llegó a su fin cuando lo alojaron en la prisión del distrito donde tanto daño había causado.



LA PAZ GLORIOSA

— ¿Es cierto, papá, que ese hombre salvó al país?

— ¡Cierto, hijo mío!

— ¿Como Juana de Arco?

— ¡Lo mismo que Juana de Arco!

— ¿Entonces por qué no lo queman también?



El niño De Angeli rindiendo examen en la escuela del Instituto de Tráfico, Ferrocarril Central Argentino, con tan brillante resultado que se le otorgó el diploma de telegrafista, no obstante su corta edad, ocho años.

FILOSOFÍA DE SÓCRATES

Un hombre armado pasa corriendo ante Sócrates, en persecución de otro hombre que antes vuela que corre.

— Deténgalo, deténgalo — le grita al sabio. El filósofo no se mueve.

— ¿Está sordo? ¿No ha podido cerrar el paso al asesino?

— ¿Y qué entiende usted por asesino? — le pregunta Sócrates.

— ¡Vaya una pregunta! — dice el armado. — Pues asesino es un hombre que mata.

— ¿Un carnicero, entonces?

— ¡Viejo estúpido! Un hombre que mata a otro hombre.

— ¡Ah, sí! ¿Un guerrero?

— ¡Bestia! Un hombre que mata a otro hombre en tiempo de paz.

— ¡Vamos! ¿Un verdugo?

— ¡Animal! Un hombre que mata en el propio domicilio.

— Comprendido, ¿un médico?

— Los demonios te lleven, ¡viejo idiota!

No es lo mismo gastar que saber gastar..

En la CASA AMERICA su dinero tiene más valor adquisitivo.



Otros modelos de Concertolas, desde

$ 45

N.º 4. — Preciosa

CONCERTOLA

que representa la última perfección del grafófono. Motor Suizo de dos cuerdas reforzadas, regulador «Sin Fin», brazo acústico modelo 1923 para tocar toda clase de discos, con o sin púas, membrana Maestoso de gran Concierto. Nuestra oferta especial:

$125

con seis piezas, 200 púas y embalaje gratis.

N.º 101.

Regio GRAFOFONO

AMERICA

con gran corneta amplificadora del sonido. Motor Suizo, sólido y silencioso, membrana doble con goma aisladora.

Nuestra gran oferta extraordinaria:

$ 49.50

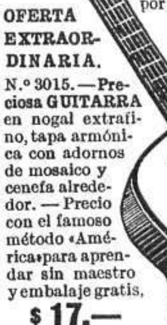
con seis piezas, 200 púas y embalaje gratis.

Otros modelos de grafófonos, desde

$ 35.-



Guitarras AMERICA las más famosas por su sonoridad y construcción artística.





OFERTA EXTRAORDINARIA.

N.º 3015. — Preciosa **GUITARRA** en nogal extrafino, tapa armónica con adornos de mosaico y cenefa alrededor. — Precio con el famoso método «América» para aprender sin maestro y embalaje gratis,

$ 17.—

Otros modelos, desde

$ 9.50

APRENDA IDIOMAS

por medio del Lenguáfono Cortina

El más práctico, fácil y sencillo. Un disco Cortina colocado sobre cualquier grafófono, le enseñará **INGLES** o **FRANCES** con la claridad y exactitud del mejor profesor. El curso completo, ya sea de **INGLES** o **FRANCES**, se compone de treinta lecciones en quince discos dobles de treinta centímetros de diámetro, los libros de texto y un sólido álbum.

Visítenos, y gustosos le demostraremos la eficacia del sistema, sin compromiso alguno para usted. Solicite prospectos, que remitimos gratis.

N.º 6012. — Gran **ACORDEON "AMERICA"** de 8 bajos y 19 voces, instrumento verdaderamente perfecto. Nuestra gran oferta, con método fácil para aprender a tocar lindas piecitas en pocos días, y embalaje gratis, **$ 21**

Otros modelos de **Acordeones**, desde

$ 15



ACORDEONES a PIANO y semitonados, a precio de fábrica.

Pida catálogo ilustrado.

VIOLINES tipo STRADIVARIUS

Nuestra gran oferta:
Un buen violín de voces perfectas y melodiosas, completo con arco, encordado, pez y rico estuche para guardar el todo.

$ 35.—



CATALOGOS

- N.º 21. Grafófonos, Concertolas y Victrolas.
- N.º 22. Discos de todas las marcas.
- N.º 23. Guitarras y accesorios.
- N.º 24. Violines y accesorios.
- N.º 25. Mandolines y accesorios.
- N.º 26. Acordeones y Bandoneones

Remitimos enviándonos veinte centavos en estampillas.

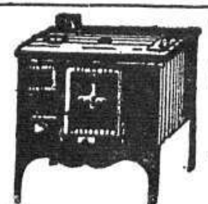
CASA AMERICA

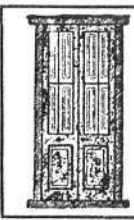
STAHLBERG & RIGOTTI

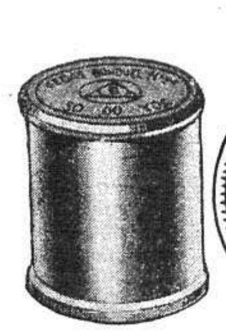
AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

¡NO TENEMOS SUCURSALES. ¡NO CERRAMOS LOS SABADOS.

INRIVILLE. — Alumnos de la escuela fiscal que bailaron el pericón en la velada celebrada festejando el fin de curso.



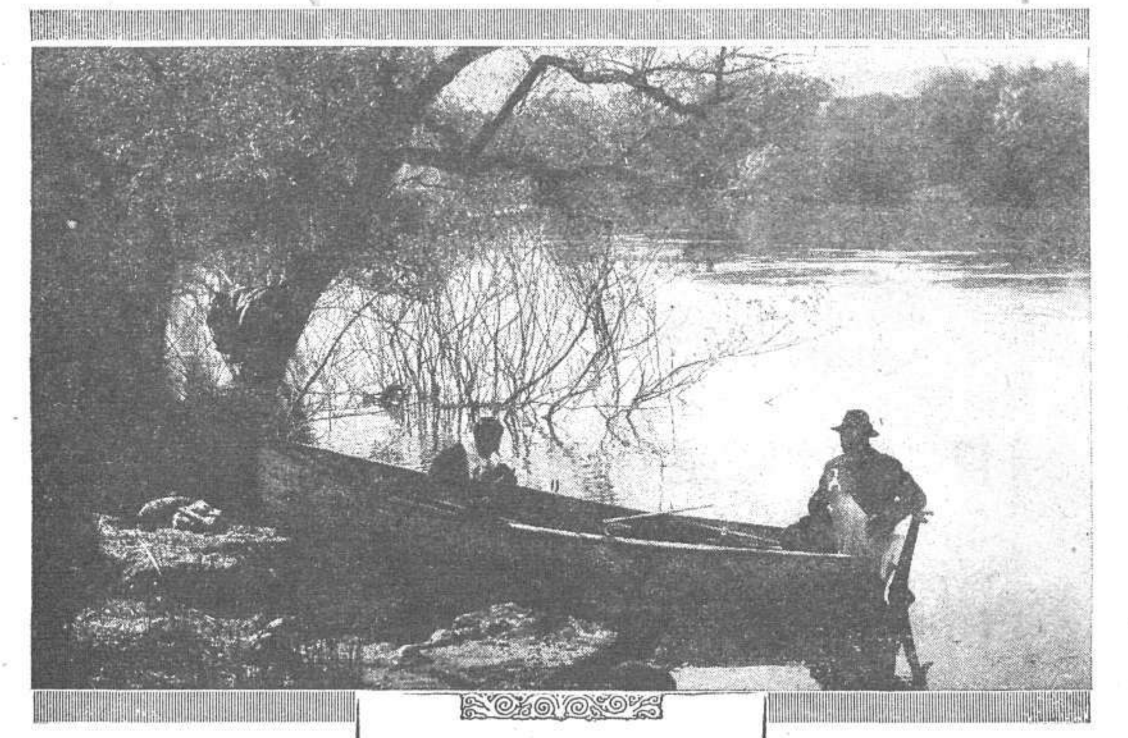







Por su sabor
y calidad
LA SALSA
Lea & Perrins
es
perfecta
Su fama justifica
el hacer una prueba
PIDANLA HOY
La verdadera y original
WORCESTERSHIRE SAUCE





DEL CAMPO URUGUAYO

PAISAJE

Por VICENTE A. SALAVERRI

Es al final de la primavera cuando las flexibles ramas de los sarandíes lucen su flor rutilante, viva y tembladora como una estrella que titila. El aire se llena de una sencillo perfume monjil, llegando cerca de los montes, y más adentro, junto al cauce — ya un poco seco — de los pequeños afluentes, sahuma la albahaca cimarrona y la carqueja del bañado erige sus ramilletes frágiles, de un femenino color heliotropo...

Se presiente el verano. El sol cobra una fuerza derrengadora y la tierra languidece a prima tarde, rendida tras la ardorosa posesión. Los árboles entrelazan sus ramas para ofrecer, entre los duros troncos, una sombra propicia que el viajero aprovecha.

Ha llovido anoche. Ha llovido de un modo lento y pacífico.

Por eso esta mañana la naturaleza despertó más nítida, más radiante, brillando al cielo, y las verdes ramas, y la ancha cinta plateada del río como si una mujercita hacendosa los acabara de lavar.

Esta naturaleza, tan amplia, pero tan recogida e íntima, ejerce sobre el espíritu una fascinación sedante. Nos distrae y nos aquieta. Es en vano que intentemos pensar mientras el bote repta con la graciosa lentitud de una náyade por la tersa superficie del largo espejo encantado. Ya no detonan en la selva aquellas flores de sucará, rojas y tembladoras como una boca de mujer que ha mentido. De los anchos ceibos cuelgan en racimos unas infantiles lengüecitas rosadas. Todo es inocente y casto, envuelto, como en un místico incienso, en el perfume casi religioso que viene de los sarandíes.

Y monologa perplejo aquel pobre sujeto que llegó exhausto de la ciudad: «¿Es posible que no te aquietes, alma?... ¿Cómo es posible que pretendas volver allá?...» Pero es que el mito de Anteo se repite en el contradictorio hombre contemporáneo.

¿Quién si no él hizo agotadora la vida en la metrópoli?...

Las grandes ciudades nos trastornan. Y nos exaltan y nos deprimen. Si ascendemos, la embriaguez del triunfo — ¡tan relativo, tan efímero! — nos emborracha. Si fracasamos, huimos desolados, buscando el regazo misericordioso de la naturaleza. Y la naturaleza nos acoge ¡siempre! amparadora y cordial.

Perdidos, hechos apenas un detalle más del latente paisaje, nos olvidamos hasta de que vivimos al confundirnos con «el gran todo», frente a una aurora radiante o bien bajo las grandes alas cárdenas de un próvido atardecer. El aire ledo, húmedo, musical, nos da una dulce somnolencia y reposamos ¡al fin! esa noche, olvidados de las ásperas inquietudes de la vida urbana.

Ahorramos energías; vigorizamos el cuerpo y el espíritu durante una semana, un mes, un año...

Y cierto día, como el gigante del mito después de haber tocado la tierra, resurge en nosotros la fibra del luchador. Y nos vamos a la ciudad, tan llena de falaces seducciones, de asechanzas y de malos instintos, porque la ciudad nos atrae como una venusina mujer que fuera vampira.

Al poco tiempo, el alma va a sangrarnos por cien heridas invisibles. ¡A sufrir de nuevo!... Pero ¿qué importa?... Lejos del bullicio ciudadano espéranos otra vez el suave y deleitoso regazo maternal.

Nos espera el campo, que cuando vivimos largo tiempo entre él, llega a parecernos indiferente, y que hoy, tras larga y procelosa ausencia, se nos antoja dulce y misericordioso como nunca.

¡El campo, con el cual, en un delirante rapto de fervor panteista, humildes y rendidos, nos quisiéramos confundir!...


GALLETITAS CUBIERTAS
CON CHOCOLATE
MORENAS
Sírvase Vd., Señora
Deléitese con el exquisito sabor de estas incomparables galletitas, que superan por su excelencia al más delicado bombón.
INDUSTRIA ARGENTINA
M. S. BAGLEY & C.ia L.da
MONTES DE OCA 199 - BUENOS AIRES
GALLETITAS
GALLETITAS CUBIERTAS CON CHOCOLATE
MORENAS

De Tucumán

Señoritas maestras egresadas últimamente del Colegio Santa Rosa.



GIULIO ARISTIDE SARTORIO

Tiene el arte en la sangre; su abuelo y su padre fueron escultores; él eligió la pintura, porque le salían más baratos los estudios; pero es también notable decorador y son muchos los escultores que quisieran modelar como Julio Arístides Sartorio.

Ha sido también escritor de cosas artísticas; y hasta le dió por escribir una novela, una novela rara empezando por el título latino: «Romae Carrus Navalis»; y en la novela Sartorio ha volcado toda la amargura que llenaba su corazón de italiano, asistiendo al triste período de decaimiento que abraza todo el último cuarto del siglo XIX. Uno de los personajes de la novela de Sartorio es Rafael, el gran pintor de Urbino; si mi memoria no me hace equivocar, se trata de alguien que despierta a Rafael del sueño de la muerte, y le lleva a visitar a Roma; el pintor lo ve todo, se da cuenta de lo que es la vida y de lo que son los hombres en la víspera del siglo XX, y prefiere volver a morirse. Lo cual, sin hacer derroche de pesimismo, demuestra que Rafael no era zonzo, ni después de cuatro siglos de su muerte.

Mucha miseria, pero mucha juventud, y un gran orgullo. A los diez y siete años Sartorio se ganaba la vida dibujando para los arquitectos; a los diez y ocho, se atrevió a abrir un pequeño taller de pintura, en las inmediaciones de la plaza de España, una de las pictóricas plazas del mundo.

Sartorio, falto de estudio, tenía que pedirlo todo a sí mismo; y como en aquellos entonces el español Fortuny había emborrachado, con arte vistoso, a todos los pintores italianos, Sartorio también fué arrastrado en la tendencia aquella, que no era la mejor que digamos.

Su primer cuadro, la «Malaria», pintado a los 21 años y expuesto en Roma, no gustó a todos; pero todos se enteraron de que había un pintor más, y pintor de verdad. Consecuencia del cuadro fueron las ilustraciones para la revista de arte «Cronaca Bizantina», que hizo más bien al arte y a la literatura italiana que todas las Universidades y todas las Academias del reino juntas.

En 1889 expuso en París su cuadro de grandes dimensiones «Los hijos de Caín»; Meissonier y Gérome elogiaron el cuadro; el nombre de Sartorio empezó a ser favorablemente conocido en Italia; a los treinta años había logrado imponer su personalidad en la palestra artística.

Fué a Francia, fué a Inglaterra, visitó Italia detenidamente, ensayó todas las escuelas, vivió unos años buscándose a sí mismo, atormentando su talento, adquiriendo las nociones que no había podido adquirir en su mocedad; pero, temperamento exuberante y hombre de corazón, buscaba al mismo tiempo levantar el arte italiano, devolver la fe a los que la habían perdido, suscitar entusiasmos en los jóvenes. Fueron años de gran actividad, premiados por el triunfo de Sartorio en la Exposición de Venecia, donde habíase presentado con un díptico representando «La Gorgona y los Héroes» y «Diana de Efeso y los esclavos».

En los primeros días de 1896 Julio Arístides Sartorio salía de Italia para hacerse cargo de una cátedra en la Escuela de Arte de Weimar.

Y fué en aquella ciudad donde Sartorio tuvo noticia del desastre militar italiano en Abisinia; y fué en aquella ciudad cuando, con el alma destrozada por las desventuras de su patria, asistiendo a una representación del «Don Juan» de Mozart, y acordándose de un discurso ampuloso, en el cual un ministro italiano había evocado a Rafael en el momento en que Don Juan Tenorio convida a la estatua del comendador, el pintor italiano se preguntó mentalmente a sí mismo:

—¿Y si la estatua de Rafael hubiese aceptado la invitación de aquel ministro?

El mismo Sartorio escribió, hace años: «Al salir del teatro me encontré «frente a mi pregunta, y aquella noche «no pude cerrar los ojos. Pensé que «Rafael se habría encontrado en la «Italia de los críticos de Arte, de los traficantes, de los prerrafaelistas, de las mujeres sin sexo, de los hombres vanilocuentes, los del desastre africano...»

El día siguiente Sartorio trazó el esquema de su novela; al poco tiempo volvió a Italia.

Nadie debe creer exagerado el pesar de Sartorio y su desdén por los responsables del decaimiento de su patria; su amor patriótico ha sido siempre la gran pasión de este artista; y en 1915, cuando Italia entró en la guerra, Sartorio se encontró entre los primeros soldados que penetraron en las tierras irredentas; el segundo día de guerra, durante una refriega de vanguardia, Sartorio, herido, fué hecho prisionero. Es un gran artista y es también un gran carácter.

La obra mayor de Julio Arístides Sartorio es el gran friso decorativo de la nueva aula del Parlamento italiano; el friso, maravilloso de concepción y hechura, es de 3 metros de alto y 113 de largo, con miles de figuras.

En su lienzo «La Madonna degli Angeli», de 1895, Sartorio conservaba las huellas de sus estudios londinenses, donde se había hecho atrapar por los prerrafaelistas; en su díptico de «la Gorgona y Diana» puso toda su fuerza, pero sin haberse libertado de derivaciones; en los cuadros decorativos del Salón de Venecia: «La luz», «Las tinieblas», «El amor», «La muerte», su personalidad se impone; y esta personalidad artística se agranda todavía en los cuadros que ilustran la campiña romana, especialmente en el «Monte Circeo».

Pero donde Julio Arístides Sartorio pone el sello de su genialidad; donde muestra su superioridad incontrastable, es en el friso del Parlamento, en el cual, con una fuerza de síntesis que revela su erudición histórica, con una potencia simbólica de un atrevimiento inaudito y sin embargo rigurosamente histórico; con una elegancia de dibujo y de técnica que hacen pensar en Miguel Angel, él trazó toda la multisecular leyenda de su patria, desde los albores prehistóricos hasta las hazañas contemporáneas de las camisetas rojas garibaldinas.

Sartorio nació en Roma el año 1861.

I T A L I C U S



CONCORDIA. — Alumnas de la Escuela del Hogar Agrícola durante una clase práctica de avicultura.

PARA REJUVENECER A LOS ÁRBOLES

Los árboles viejos se gastan y mueren, siguiendo la ley que comprende al hombre y a todos los vivientes, contra la cual aun no se ha inventado ningún privilegio.

Un propietario inglés, sin embargo, atribuye mucha eficacia a la siguiente receta para rejuvenecer a los árboles:

Déseles con un pincel una mano de cal viva, apagada en agua, y así se acaba con los insectos, se consigue que se les caiga la corteza vieja y les salga una nueva y recobren el vigor perdido. Dicho propietario ensayó este procedimiento con unos manzanos, pero es de creer que sirva también para otras clases de árboles frutales.

Ha de hacerse a últimos de invierno para ayudar a promover el benéfico influjo de la primavera. En los árboles, como en todos los vivientes, hay decrepitudes prematuras que exigen cuidados especiales si se quiere prolongarles la vida y sacar algún provecho de sus frutos, y para estos casos propone el propietario inglés su procedimiento.

Truelle afirmó hace poco tiempo, ante la Sociedad de Agricultura de Francia, que el método preconizado por Herissan, aplicado a varios árboles, los rejuvenecía.

Consiste este procedimiento en someter a los árboles a una poda muy sencilla, aunque ahora muy poco usada.

Córtanse con una simple podadera todas las ramas y ramificaciones que tengan no menos de un centímetro de diámetro, desmóchense las ramas mayores, quitándoles los extremos que no alcancen este grosor. Las ramas más gruesas no hay que tocarlas; y con esto queda hecho todo.







En los hogares donde haya niños

—sobre todo niños delicados de salud—y se sospeche de la calidad de la leche de vaca, recúrrase a la

"Germinase"

(El alimento que contiene TODAS las Vitaminas de los Cereales.)



Está plenamente demostrado que este popular y apreciado alimento mejora notablemente las condiciones higiénicas y de digestibilidad de la leche de vaca, y aumenta el valor nutritivo de ella al par que ejerce una poderosa y racional acción estimulante y antiséptica sobre los órganos digestivos de los niños.

En ningún hogar donde haya niños, especialmente niños delicados, debe faltar un tarro de "GERMINASE"; es ésta una medida de alta previsión que evitará, seguramente, grandes males.

Se vende en las Farmacias
y Casas de Alimentación.



— ¿Qué quiere decir «bushido»? — interrogó la pantera jugando un as.

— ¿Bushido? . . . hum... — rezongó el león distraídamente, — ¿bushido?

— Sí, pues, bushido... — interrumpió fastidiado el zorro. — ¿Qué es?

El cuervo recogió las cartas, barajándolas.

— Bushido... es una nueva «denominación» histérica. Es una manera moderna de conducirse con distinción. Es de origen japonés. Una excentricidad... Se sonríe amablemente cuando sucede algo desagradable; por ejemplo: cuando se ve uno obligado a sentarse a la misma mesa con un nacionalista profesional. Se sonríe al sentir dolor de vientre; si llega la muerte... Aun cuando se nos ofendiera, debemos sonreír, y entonces con especial amabilidad. Sobre todo, se debe sonreír constantemente. Eso es bushido...



— Estetismo, hum, ya sé... Oscar Wilde, sí, sí... — dijo el león, sentándose cuidadosamente sobre la cola y echando un as de copas — Sigamos...

— Sí, pues; el bushido japonés se ha hecho completamente moderno. Ahí está Chitrakarna...

— ¿Quién es Chitrakarna?

— ¿Cómo?... ¿No ha oído usted hablar de él? ¡Extraordinario!... ¡Chitrakarna, el camello distinguido que no se trata con nadie, es una figura tan conocida!

— ¡Chit, quietos! ¿No oyen nada? — cuchicheó la pantera. — Alguien se mueve...

Todos se agazaparon, quedando inmóviles.

Cada vez se hacía más cercano el ruido; oíase el estallar de las ramas quebradas y, de pronto, empezó a moverse la sombra del peñasco a cuyo reparo se hallaban acurrucados los cuatro jugadores: se encogía o agrandaba hasta lo inconmensurable...

Luego apareció una joroba y finalmente un largo pescuezo terminado por una cabeza en forma de gancho.

El león, la pantera y el zorro habían atisbado este momento para abalanzarse de un salto sobre el peñasco. El cuervo aleteó como un pedazo de papel negro a merced de una ráfaga.

La sombra provenía de un camello que acababa de subir la loma por el lado opuesto y que ahora, al ver a los animales carniceros, tuvo un mortal sobresalto, dejando caer su pañuelo de seda.

Pero su vacilación duró sólo un segundo. Luego se acordó... ¡bushido! quedándose parado, tieso y sonriendo, con la cara color de queso contraída por una mueca.

— Chitrakarna es mi nombre — dijo luego con voz vacilante, mientras hacía una reverencia a la inglesa. — Harry S. Chitrakarna... Perdón si los he incomodado!

— ¡Ah!... ¡bushido! — pensaron los cuatro animales de presa.

— ¿Incomodarnos a nosotros? ¡De ningún modo! Aproxímese usted — dijo el león amablemente — y quédese todo el tiempo que le plazca. Por lo demás, ninguno de nosotros le hará nada, palabra de honor, le doy mi palabra de honor.

— Este también se ha vuelto bushido — pensó el zorro fastidiado, pero a su vez sonrió de una manera atrayente.

Luego se retiró toda la sociedad detrás del peñasco, sobrepujando cada cual en amabilidades hacia el huésped.

El camello se destacaba realmente por su distinción. Llevaba los bigotes con las guías hacia abajo, a la última moda mongólica, y un monóculo — sin cinta, naturalmente — en el ojo izquierdo.

Los cuatro miraban con admiración la impecable raya de sus patas y la melena anudada en su garganta, con todo cuidado, como una corbata Apony.

— ¡Demonios! — pensaba la pantera escondiendo sus garras sucias de jugar a las cartas.

Las personas de tacto y buenas costumbres se comprenden pronto. Al poco tiempo reinaba la más estrecha armonía imaginable entre ellos, de manera que decidieron vivir siempre juntos.

Naturalmente que al camello ya no le quedaba el menor asomo de miedo, y todas las mañanas estudiaba «The Gentlemen's Magazine» con el mismo aplomo y tranquilidad de que había gozado en sus días de aislamiento.

A veces, durante la noche, una que otra vez, se despertaba con un grito de miedo, pero se disculpaba en seguida sonriente, aludiendo a los nervios irritados por una vida de agitación.

Siempre es contado el número de los elegidos que imprimen su sello a la sociedad y a su época. Como si sus inclinaciones y sentimientos fueran una corriente de misteriosas y silenciosas fuerzas de convicción, yendo de un corazón a otro, aparecen hoy ideas y opiniones que ayer hubieran llenado nuestro inocente espíritu de temores infantiles y que mañana habrán ya adquirido el derecho de la evidencia. De este modo fué cómo a los pocos meses se reflejaba en todas las cosas el exquisito gusto del camello. Ya no se veían más las precipitaciones plebeyas.

Con paso de dandy, de una ondulante y discreta languidez, se paseaba el león sin mirar a derecha ni a izquierda. Y con el mismo objeto que antaño bebían trementina las patricias romanas, la bebía también el zorro, habiéndola impuesto severamente a toda su familia.

Durante horas enteras la pantera se pulía las uñas con Onglissa, admirando el brillo rosado que adquirían al sol.

En fin, por todas partes se destacaban cultura

y estilo, y hasta en los círculos más conservadores habían penetrado los sentimientos modernos. Y un día cundió la noticia de que el hipópotamo había despertado de su flema y se rizaba sin descanso los cabellos de la frente, creyéndose el cómico Sonnental.

Llegó el invierno tropical. ¡Crsch, crsch, prrsch, prrsch!...

Así, poco más o menos, llueve durante esta estación en los trópicos. Pero mucho más largo que esto. En realidad, llueve sin interrupción de la noche a la mañana y de la mañana a la noche. El sol alumbra en el cielo, pálido y descolorido como un bizcocho.

Es como para enloquecerse. Naturalmente que el ánimo se siente en pésimas disposiciones. Más aún cuando se es animal carnicero.

En lugar de observar una conducta atrayente, aunque sólo fuera por precaución, el camello distinguido había adoptado un tono premeditadamente irónico, sobre todo cuando se trataba de importantes asuntos de moda, de chic y cosas relacionadas, lo cual debió producir, como es natural, disgusto y *mauvais sang*.

Así, pues, una noche apareció el cuervo de frac y corbata negra, lo que suscitó una observación presuntuosa del camello.

— La corbata negra con frac sólo debe llevarse en una oportunidad única, sobre todo siendo sajón — había observado Chitrakarna, sonriendo con suficiencia.

Se produjo un largo silencio. La pantera silbaba una cancioncilla y nadie deseaba ser el primero en romper el silencio, hasta que el cuervo, sin poder contenerse, preguntó cuál era esa única oportunidad.

— Cuando lo entierran a uno... — fué la respuesta burlona, que provocó un estallido de risa, hiriente para el cuervo.

Todas las explicaciones que siguieron no hicieron más que empeorar la situación.

Ya otra vez — estaba olvidado este asunto — en que el cuervo apareció con corbata blanca y smoking, el camello había prorrumpido en observaciones satíricas.

— ¿Smoking y corbata blanca?... hum... sólo se usa para una ocupación...

— ¿Y sería?... — se le escapó al cuervo.

Chitrakarna tosió con impertinencia:

— Cuando se afeita a los parroquianos...

Esto sobrepasaba los límites de lo soportable, y en aquel momento el cuervo juró vengarse del camello distinguido.

Pocas semanas después de este suceso comenzaba a escasear cada vez más la caza de la estación para los cuatro carnívoros, y apenas sabían de dónde sacar lo imprescindible.

Chatrakarna no se incomodaba por ello lo más mínimo. Harto de buenas yerbas y cardos, se paseaba envuelto en su elegante perramus mientras los otros tiritaban con el paraguas abierto, sentados delante del peñasco.

Fácilmente podemos imaginarnos el creciente disgusto de los cuatro. Y día tras día, la misma cosa. ¡Ver cómo otro engorda y tener que morirse de hambre!

— No; ¡qué se lo lleve el demonio! — insinuó el cuervo una tarde. (El camello se hallaba en ese momento en el teatro, asistiendo a un estreno). ¡Mandemos al asador a ese idiota de Chitrakarna! ¿Qué nos da a nosotros ese come pasto? ¡Es bushido!... naturalmente, pero no en el invierno... ¡Dejémonos de disparates! ¿Y nuestro león?... hacedme el favor de mirarlo de lejos... ¡Si parece un espectro! ¿Y hemos de dejarle morir de hambre?... Hum... ¿eso también será bushido?

La pantera y el zorro le dieron la razón al cuervo, sin reserva.

El león los escuchaba atentamente y dos hilos de baba se le deslizaban de la bocaza ante tales proposiciones.

— ¿Matar a Chitrakarna?... — dijo. — No es posible, ni pensarlo. He dado mi palabra de honor...

Y se paseaba agitado de arriba abajo.

Pero el cuervo no cedía.

— ¿Ni aún si se ofreciera él mismo?

— Eso ya sería otra cosa... — contestó el león.— Pero, ¿a qué vienen estos estúpidos castillos en el aire?

El cuervo le echó una mirada de connivencia a la pantera. En ese momento llegaba el camello distinguido. Colgó sus gemelos de teatro y su bastón de una rama. Y estuvo por decir algunas palabras de cortesía. Pero el cuervo revoloteó exclamando:

— ¿Por qué hemos de ayunar todos?... Mejor son tres hartos que cuatro hambrientos. Hace tiempo que yo...

— Disculpe usted, pero siendo el de mayor edad, debe sobrevivir a todos... — Y así diciendo la pantera, lo hizo a un lado amablemente, pero con toda energía, después de un corto cambio de palabras con el zorro. Luego prosiguió:

— Yo, señores míos, experimento el mayor placer en ofrecerme para acallar el hambre de todos. No lo encuentro solamente bushido, sino que lo haré de todo corazón. Yo, yo... hum, hum...

— Querida amiga, ¿qué se imagina usted? — le interrumpieron todos a una, hasta el mismo león. (Se sabe que es muy difícil matar a una pantera).— Usted no creerá seriamente que nosotros... ¡ja, ja, ja!...

— Maldita historia, pensaba el camello distinguido. — Y tuvo un mal presentimiento. — Desagradable situación... — decía. — Pero debo ser bushido. Por lo demás, si una vez me ha dado resultado, bien puedo ensayar otra vez.

¡Bushido!

Dejó caer el monóculo como al descuido y se adelantó.

— Señores, hay una vieja frase que dice: «Dulce et decorum est pro patria mori!» Si puedo permitirme...

No terminó. Hubo un entrevero de gritos, sobresaliendo la voz de la pantera que decía:

— Naturalmente, estimadísimo señor, que puede usted permitirse...

— «Pro patria mori»... ¡ja, ja, ja!... imbécil, ya te vamos a dar smoking y corbata blanca se oyó la voz estridente del cuervo.

Luego un terrible golpe y un crujir de huesos quebrados, y Harry S. Chiatrakarna pasó a mejor vida.

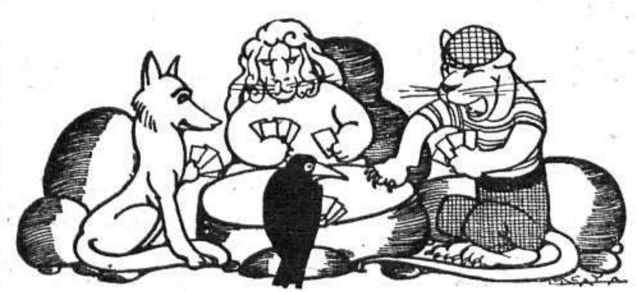
Sí; la distinción no es para los camellos.

GUSTAVO MEYRINK.

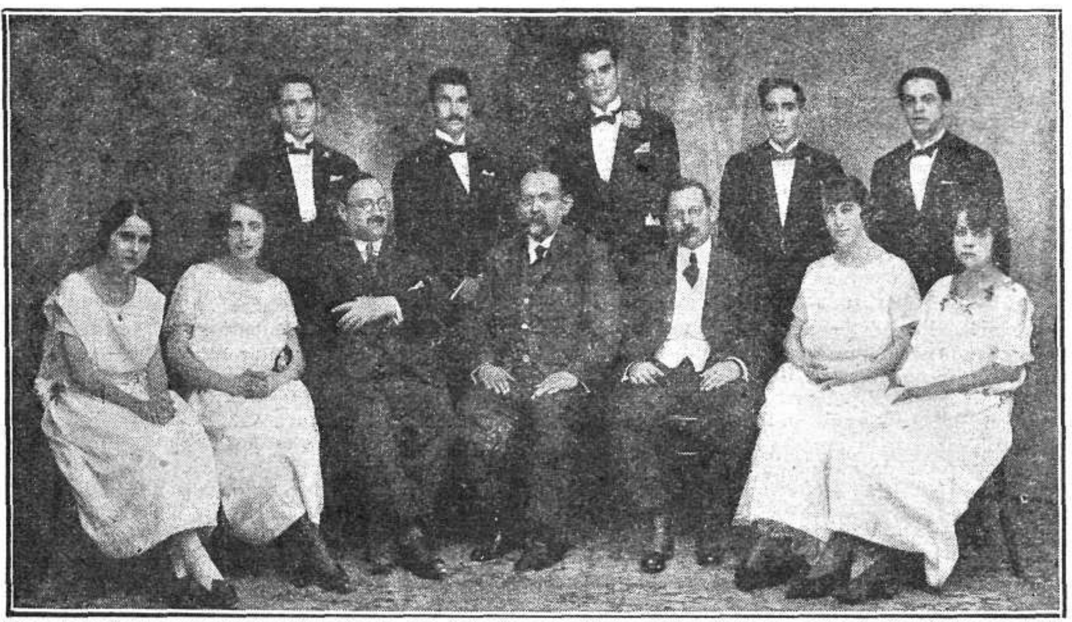


Traducido directamente del alemán para "Caras y Caretas"

DIBUJOS DE MACAYA



De Corrientes



Grupo de profesores normales egresados este año, con el director, señor Lindor Delfino, vicedirector, señor José R. Vidal, y secretario señor J. A. Gorostiaga.

EL ÁRBOL GENEALÓGICO DEL HOMBRE

Pocas personas habrá que se figuren la innumerable cantidad de eslabones que nos unen a cada uno de nosotros con nuestros ascendientes. Dado que cada cual tenemos cuatro abuelos, ocho bisabuelos, diez y seis tatarabuelos y así sucesivamente, en diez generaciones, es decir, en poco más de 300 años, cada ser viviente tiene 1024 progenitores directos. Veinte generaciones dan más de un millón, y treinta generaciones, o sean unos mil años, elevan el total a la sorprendente cifra de más de 1094 millones.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). - Administración: Unión T. 2316 (Avenida).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana y San Salvador .... Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

De Corrien es

El señor Albino Arbo, directos de la Escuela Normal Profesional de Corrientes, con los primeros alumnos que han obtenido el diploma de Contador en dicha institución.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

INSTALACION DE MÁSTILES PARA ANTENAS

Con mucha frecuencia se encuentran, tanto en la ciudad como en los pueblos de campaña, mástiles para sostener las antenas que, construídos con materiales viejos, o debido a una falta de previsión de parte del constructor, afectan las más variadas formas, precisamente no muy semejantes a la vertical.

Para instalar mástiles de esta naturaleza se emplean generalmente palos de madera de sección redonda y caños de hierro galvanizado. Los dos sistemas tienen sus defensores y se encuentran, especialmente en la capital, antenas de los dos tipos muy bien construídas.

Para el aficionado en general conviene el empleo de la madera por varias razones que se indican a continuación:

Si los postes son de un diámetro medio — 2 pulgadas, por ejemplo — a pesar de la longitud se corre muy poco riesgo de que se quiebren al levantarlos, debido a la flexibilidad de la madera.

En muchos puntos se han instalado mástiles de madera de dicho diámetro que, a pesar de medir 9 a 10 metros de largo, no han presentado ningún inconveniente en el momento de elevarlos, a pesar de que los palos se arquean en proporciones alarmantes.

Por el contrario, los de hierro carecen de dicha flexibilidad y se corre el riesgo de que se tuerzan si por casualidad sobreviene cualquier inconveniente en el momento de montarlos.

Tampoco debe olvidarse que no se encuentran en plaza caños más largos de 5 a 6 metros, de manera que para la erección de un mástil de 10 a 12 metros es menester unir dos caños, siendo, por lo general, muy débil la resistencia que puede presentar la unión roscada.

Como medida precaucional debe atarse al caño una madera, o tan bien otro caño, de 2 metros de largo, colocándolo de manera que quede un metro hacia cada lado de la unión, con lo que esta quedará reforzada y se podrá elevar el caño sin temor.

Cuando la instalación está terminada y no hay peligro de que llegue a aflojarse, se puede subir por el caño hasta la unión y retirar la madera o caño que se le había atado.

Como diámetro se emplean generalmente de 1/2 a 1/4 de pulgada, utilizándose a menudo un caño de 1/2 pulgada abajo y otro de 1/4 arriba, uniéndolos por medio de una reducción, que puede adquirirse en la misma casa donde se compre el caño, obteniéndose así un mástil más liviano y, por consiguiente, más fácil de elevar.

La colocación de las riendas para mantener vertical el poste es más sencilla con los de madera que con los de hierro, debido a que se puede agujerear sin inconvenientes, mientras que el hierro requiere un taladro especial y sus correspondientes mechas, como asimismo una buena dosis de paciencia.



"La Tarijeñita", notable cupletista boliviana que ha hecho las delicias del público con sus conciertos radiotelefónicos desde el Plaza Hotel y que ha de debutar en breve en Mar del Plata.

Se tratará en todo lo posible de que el poste quede apoyado contra una pared, de manera de fijarlo en su base a la misma por medio de fuertes clavos gancho.

Con mástiles de 6 metros se requiere una sola serie de tensores, y con palos hasta de 12 metros es menester de 2 a 3 series, entendiendo que estos datos se refieren tanto a los mástiles de madera como a los de hierro.

Cada serie debe ser de tres tensores, dispuestos sobre un círculo y a 120 grados uno de otro, haciendo que uno de ellos esté colocado en línea con la antena, de manera que haga la tensión necesaria para que no se doble el palo al levantarse la antena y al estirarla.

La colocación de aisladores en cada rienda no es necesaria, especialmente si se tiene la seguridad de que la antena está bien aislada.

Cuando los mástiles deben colocarse contra una baranda del frente de la casa, si no se puede fijar la rienda principal en la casa que queda al frente, a través de la calle, será menester colocar sobre la baranda una madera de aproximadamente 1,5 metros de largo, de manera que quede en ángulo recto con el mástil, teniendo una extremidad apoyada contra el mismo y en la otra, la extremidad de la rienda.

Se puede instalar también a una cierta altura del suelo, generalmente en la parte media del palo, de manera que la rienda, después de pasar por la extremidad del mismo, se fija en la base del mástil.

Es importante que las riendas se fijen al palo en la extremidad, pues si se colocan más abajo, la tensión que hace la antena, que es grande, alcanza a doblarlo, resultando un mástil torcido que resulta bastante antiestético.

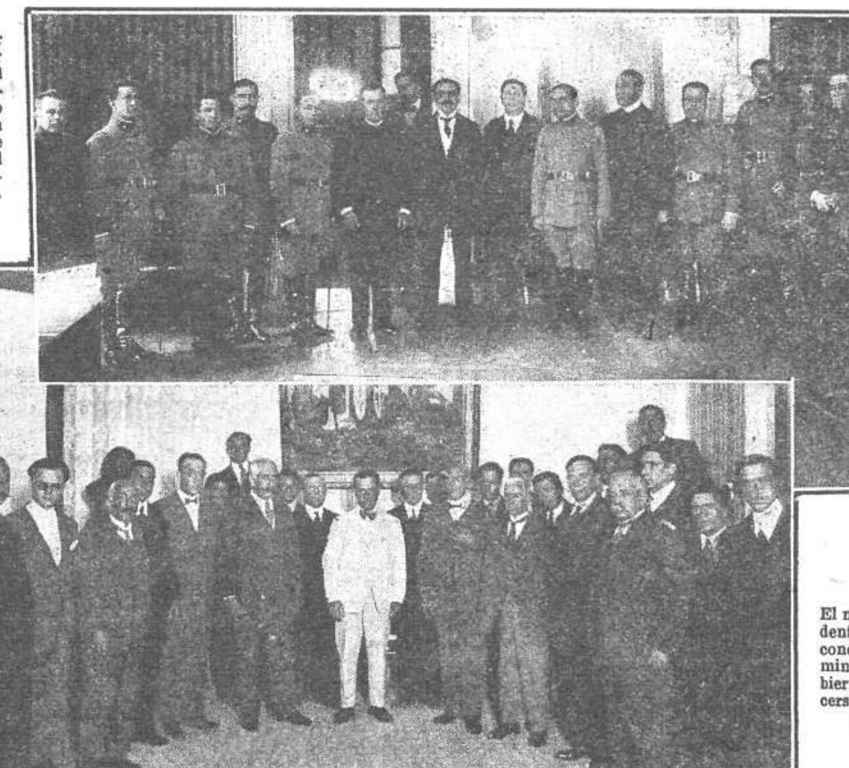
Antes de elevar un mástil deben revisarse bien todos los alambres para que no se formen dobleces que luego, al estirar, tendrán como consecuencia que se corte el alambre con el consiguiente trastorno.

Deben desenredarse todos los alambres y fijar la roldana que permitirá subir el travesaño correspondiente de la antena, no olvidando de hacer pasar por la misma un cable cuya longitud debe ser el doble de la altura del mástil, a una de cuyas puntas se atará la antena.

Es muy importante que el diámetro del cable y el tamaño de la roldana sean proporcionados, pues de otra manera se corre el riesgo de que se salga el cable de la canaleta de la rueda y se meta entre la rueda y el soporte, de manera que no podrá correr más.

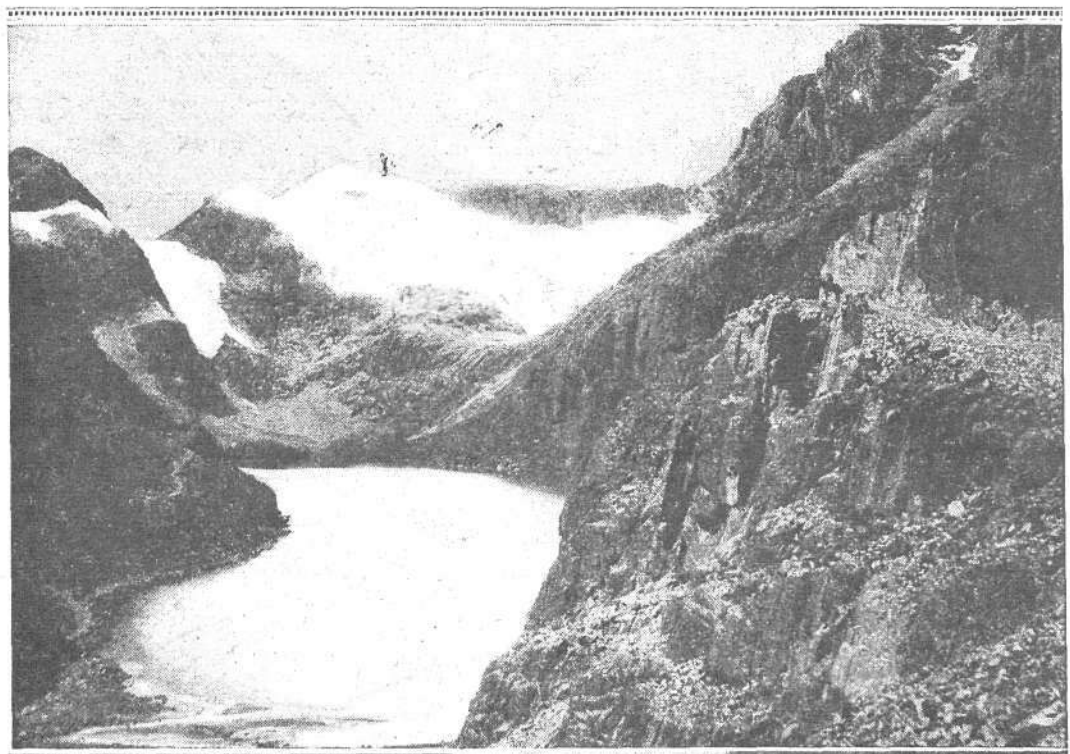
Es preferible el empleo de un cable de hierro galvanizado a una soga, pues es más fuerte y de mayor duración; pero en caso de emplearse la segunda no debe olvidarse de dejar la antena sin estirar hasta la próxima lluvia, pues la soga mojada, al encoger, puede quebrar el palo.

El interventor nacional, doctor Carlés, con el grupo de oficiales del ejército que lo secundan en sus tareas de garantizar el orden en las luchas electorales.



El nuevo intendente con los concejales y el ministro de Gobierno, al hacerse cargo del puesto.


Tanto en las
operaciones delicadas
como en las pequeñas heridas, los médicos escrupulosos exigen siempre que el material de curación aséptico, antiséptico y esterilizado:
gasas, algodones, vendas, etc.
sea el que sale de nuestros laboratorios con nuestro nombre. Pasa como con las recetas y medicamentos: cuando quieren algo puro y perfectamente preparado, médicos y enfermos recurren invariablemente a cualquiera de nuestras dos farmacias.
Es que nosotros cuidamos nuestro nombre y todos saben que pueden tener fe en los productos o preparados que lo llevan.
Diego Gibson
FARMACIA Y DROGUERIA
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
168 - DEFENSA - 192
Unica Sucursal: Florida, 159 (P. Güemes)
Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida



Una laguna que surte de agua a las usinas.

"CARAS Y CARETAS" EN BOLIVIA

EN LAS MINAS DE "CARACOLES"

LO QUE PUEDE EL ESFUERZO HUMANO





Acueducto para la casa de fuerza de Pongo.

HACE varios años que un afortunado y emprendedor industrial suizo descubrió en las serranías de Choquetanga y Pacuni, de la provincia de Inquisivi del departamento de la Paz, unos yacimientos de estaño que despertaron muy justamente la atención de los industriales mineros.

En medio de escarpadas cumbres y de ventisqueros inaccesibles, la avara naturaleza había escondido valiosos filones de estaño, en cuyas crestas anidaban los cóndores andinos cual centinelas de aquellas riquezas no soñadas por ningún mortal.

Trabajosamente logró constituir sus derechos mineros dicho industrial, luchando con toda clase de obstáculos y venciendo las innumerables dificultades que le salían al paso.

Las muestras de estaño exhibidas en la ciudad de La Paz y analizadas en los laboratorios químicos, daban resultados satisfactorios. Todos convenían en reconocer que aquellos minerales eran de muy buena calidad. Organizáronse varias expediciones en busca de aquella fortuna, llamada a enriquecer a su descubridor; pero todos los expedicionarios volvían descon-

Vigilando el camino.

solados ante la imposibilidad de llegar hasta las vetas estañíferas, porque el hielo y el mal de la montaña constituían obstáculos insalvables.

Delante de sus ojos estaban las vetas de estaño, serpenteando en todas direcciones y luciendo su negra contextura en medio de enormes bloques de hielo; mas el frío polar que soplaba incesantemente y la nieve que caía sin cesar detenían a los atrevidos cateadores, que, con los ojos inyectados en sangre y el corazón que les ahogaba, descendían rápidamente después de sufrir algo así como el suplicio de Tántalo.

Se necesitaban fuertes capitales para abrir caminos y roturar aquellas masas de hielo que ocultaban discretamente enormes mantos de estaño.

El descubridor se limitaba a amparar sus derechos con el pago de las patentes mineras y a exhibir sus muestras de estaño ante la admiración de elementos nacionales y extranjeros.

Y así pasaron varios años, cuando el afortunado descubridor recibió la visita de dos esforzados industriales mineros que realizaban giras de estudio por esas regiones y quienes, después de reconocer la bondad de las minas, hicieron ofertas de compra por la apreciable suma de medio millón de pesos bolivianos.

La proposición fué aceptada y las escrituras se firmaron rápidamente, mereciendo aquella transacción los ruidosos comentarios de la prensa.

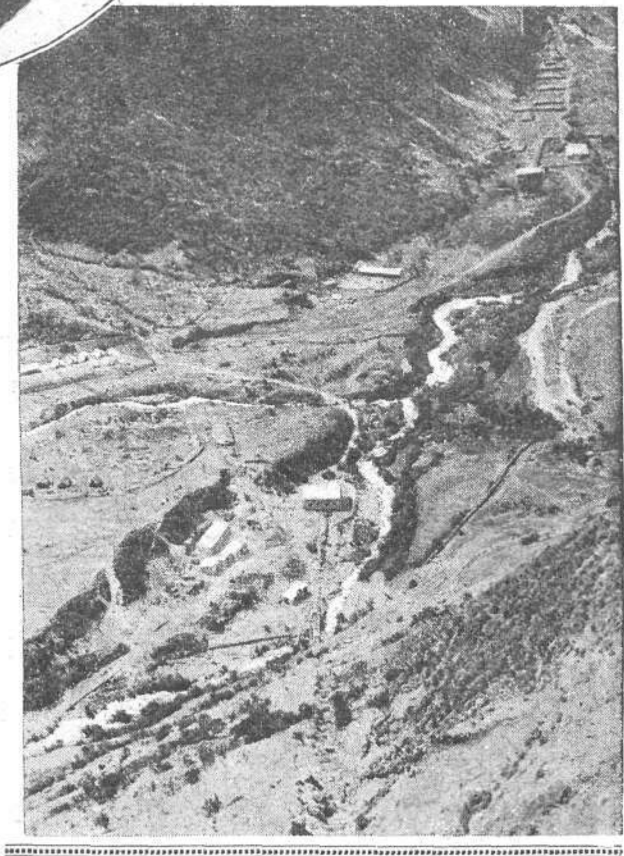
No habían transcurrido muchos meses cuando el grupo minero de «Caracoles», de esas minas inaccesibles, era objeto de una transacción que llamó la atención pública. Una poderosa firma norteamericana compró esos derechos mineros por algo más de siete millones de pesos bolivianos.

Muchos desconfiaban del éxito de esta negociación, pero quienes conocen el carácter yanqui, su tenacidad para el trabajo, las atrevidas empresas que llevan a cabo y el poder de los dólares, cuando son atinadamente invertidos, auguraban un seguro éxito para la firma norteamericana. Y así fué.

En poco tiempo se vieron diseminadas las carpas de los ingenieros en las proximidades de aquellas montañas cubiertas de nieve perpetua, y el trabajo principal se redujo a la apertura de caminos, para tener acceso fácil y cómodo a los yacimientos estañíferos que en afloramientos tentadores se presentaban a la escudriñadora mirada de los viajeros.

Al mismo tiempo que se practicaban exploraciones y reconocimientos, ensayos de minerales y otros trabajos preliminares, los ingenieros daban comienzo a sus tareas de trazar caminos, descartando esos endurecidos mantos de hielo a fuerza de pólvora y dinamita y transformando aquellas «estepas rusas» y esos ventisqueros peligrosos e inaccesibles en cómodas vías para los viajeros y los trabajadores de las minas.

Desde la estación ferrocarrilera de *Eucaliptus hasta los cerros donde* se hallan localizadas las minas ha sido abierto un camino ancho y sólido, por donde cruzan los autos con una rapidez vertiginosa transportando materiales de trabajo, provisiones para los mineros y cuanto elemento es indispensable para el sostenimiento de millares de hombres ocupados en la fatigosa tarea de abrir caminos. Se perforan corpulentos cerros, se abren túneles en todas direcciones y la obra norteamericana se presenta briosa y persistente, digna de esa raza tan activa y emprendedora.



Usina hidroeléctrica en Pongo.

Ultimamente, sobre la base de aquellas propiedades mineras se han formado poderosas empresas con capital extranjero.

Es noticia que todos han recibido con visibles señales de júbilo, porque ella significa una era de resurgimiento para las apartadas y pequeñas poblaciones de Inquisivi, y cambia completamente el aspecto que presentaban, las desoladas regiones convirtiéndolas en prósperas.

La Paz, 1922. J. Céspedes R.



El gobernador, doctor Carlos W. Lencinas, presidiendo el reparto de premios a los nuevos bachilleres egresados del colegio nacional.

El gobernador y sus ministros que asistieron al acto inaugural de la exposición en la escuela "Patricias Mendocinas".





DISCOS "VICTOR" REPERTORIO NACIONAL

NOVEDADES RECIEN RECIBIDAS

Discos DOBLE FAZ de 25 centímetros, a $ 3.— cada uno

73551 — **Don Alfredo**, Tango. (F. Polonio). Trío Guitarras Tradición.
El Reservao. Gato clásico. (A. Villar Sáenz Peña). Trío Guitarras Tradición.

73552 — **Los Dopados.** Tango. (J. C. Cobian). Orquesta Típica Fresedo.
El Secante. Tango. (R. L. Brignolo). Orquesta Típica Flores.

73555 — **Pluma de Oro.** Tango. (J. Tanga). Orquesta Típica Flores.
Ojo Clínico. Tango. (C. Marcucci). Orquesta Típica Flores.

73557 — **En Galicia hay una niña.** Tango. (E. Maciel). Orquesta Típica Fresedo.
Malal Tuel. Tango. (V. Germino). Orquesta Típica Flores.

73558 — **¡Almita herida!** Tango. (J. C. Cobian). Orquesta Típica Fresedo.
El Cisne. Tango. (J. M. Rizzuti). Orquesta Típica Fresedo.

73516 — **Melenita de Oro.** (V. G. Flores). Orquesta Típica Flores.
Irene. (R. Iriarte). Orquesta Típica Flores.

73517 — **Beso de Muerte.** (O. Pérez-Freire). Orquesta Típica Fresedo.
Sollozos. (O. N. Fresedo). Orquesta Típica Fresedo.

CANTADOS

73484 — **El moro volvió sin él.** Tonada. (O. Pérez-Freire). Acompañamiento de piano.
El delantal de la china. Estilo cueca. (O. Pérez-Freire). Acomp. de piano.

73485 — **El gaucho vencido.** Estilo. (O. Pérez-Freire). Acompañamiento de piano.
El caballo alazán. Estilo. (O. Pérez-Freire). Acompañamiento de piano.

73553 — **Mi tropilla.** Zamba cuyana. Dúo Calvi-De Santi. Acompañamiento de guitarras.
Serenata Gaucha. Zamba. Dúo Vega-Díaz. Acompañamiento de guitarras.

73554 — **Siempre criolla.** Estilo criollo. Rosita Quiroga. Acompañamiento de guitarras.
Por cumplir. Cifra criolla. Linda Thelma. Acompañamiento de orquesta.

73556 — **Beso de Muerte.** Tango (O. Pérez-Freire). R. Díaz. Cantado con orquesta.
Melenita de Oro. Tango. (Linning-Flores). F. Nunziata. Cantado con orquesta.

A RECIBIR Y EN VENTA EN LA PROXIMA SEMANA

73640 — **Aurora del Peregrino.** Canción. Sólo Díaz. (Nunziata Ciccarelli). Acomp. guitarra.
Viva Mendoza. Dúo Vega-Díaz. (Oliveira Parada). Acompañamiento de guitarra.

73641 — **Bien Venido.** Tango. Orquesta Flores. (E. Maciel).
Una lágrima. Tango. Orquesta Flores. (A. M. Rossi).

73642 — **Mi Morena.** Paso doble. Orquesta Flores. (S. Ibáñez).
El Franco. Tango. Orquesta Flores. (J. Viñas).

Los pedidos del interior acompañados de su importe o contra reembolso se despachan en el día	Soliciten el catálogo de discos y aparatos VICTOR y VICTROLA, que enviamos gratis.

Distribuidores exclusivos VICTOR en la Argentina

Pratt & Cia.

626-SARMIENTO-636. Anexo: Galería Güemes. Buenos Aires

MAIPU esq. CORDOBA
Rosario.

SAN MARTIN, 89
Córdoba.





EL ENEMIGO DE LOS HOMBRES

Por

ALBERT - JEAN

DIBUJOS DE MACAYA

Vivía en el barrio triste de los hospitales y de los cuarteles. Una parra flaca, echaba sus sarmientos ácidos y su follaje sulfatado sobre la fachada de yeso descascarado de su casa. Este hombre que llevaba el odio en el corazón como una herida mortal, sólo salía de su casa cuando era ya la noche plena. Paseábase por las murallas y hablaba en voz baja para su propia satisfacción con grandes gestos de sus brazos que parecían dividir el cielo. Las mujeres daban vuelta la cabeza cuando pasaba y los hombres le amenazaban, porque se presentaba antipático y débil a la vez. Los niños le tiraban tierra y le escupían sobre su levita mal trazada.

La policía le había sospechado, a veces como anarquista y otras veces de loco. Una perquisición de su pobre casa, hecha cuando él estaba ausente y sin prevenirlo, no dió nuuguna prueba. Ningún panfleto en su escritorio desvencijado, ningún libro tendencioso en la biblioteca apolillada; sólo una gran cantidad de retortas y crisoles en el laboratorio que este hombre había instalado en el fondo de la cocina. Y en el sitio de las cacerolas, un pizarrón lleno de ecuaciones.

— ¡Un alquimista! — dijo el comisario que dirigía la operación.

— ¡Un poeta! — repuso el secretario que clasificaba los papeles en la cartera de su superior.

— ¡Un loco! — coincidieron los dos al mismo tiempo.

La tarea que el enemigo de los hombres se había impuesto cumplir excedía las facultades de comprensión de todos esos pobres funcionarios. Un secreto formidable rondaba entre las cubetas y los filtros, un secreto que podía terminar con la raza humana y hacer de la Tierra un planeta muerto, echado al azar del infinito, como una Luna suplementaria. Pero hubiera sido necesario conocer el laberinto de esa su alma para sospechar su secreto abominable.

Este hombre odiaba a los otros hombres. Su corazón era parecido a esos terrenos baldíos que rodean a las usinas, negros y desnudos, donde nada crece y que se llenan de residuos y de polvo de carbón. Sus labios ignoraban el gusto del beso. Su madre murió al darle vida bajo un galpón abandonado en el que nacían aquí y allá las ortigas. Los hombres, más tarde, no lo habían recibido sino para usar de él a su antojo y hacerle ganar el pan cotidiano con el sudor de su frente. Y las mujeres habían despreciado a ese miserable a quien una lepra desfiguraba y cuya ironía desesperada les hacía sufrir...

La edad da a cada ser una sabiduría apropiada a su instinto y sus deseos. El solitario encontró un fin a su actividad el día en que vió sus primeras canas en un espejo roto como la imagen de su destino. Desde ese instante tendió su fuerza como un arco y dirigió la flecha hacia un blanco que sólo a él le era visible.

Soñaba con un diluvio imprevisto que concluiría con la especie detestada en un torbellino final de agua, de espuma y de limo. Las guerras civiles le ofrecían una sombría satisfacción. Deploraba las medidas sanitarias que limitaban el campo de las epidemias, y su corazón era como un volcán cuando la erupción de uno de éstos — demasiado pocas veces para su manera de ver — hundía poblaciones enteras bajo el fuego de las lavas hirvientes.

En la soledad de su casita avejentada buscaba la substancia de un veneno contagioso capaz de despoblar al mundo.

Una noche este hombre encontró lo que perseguía desde la mitad de su vida. El licor temblaba en el fondo de una retorta y una alegría enorme levantaba el corazón del misántropo que por su encarnizamiento había logrado tener en su mano al destino del universo.

Su mano no tembló mientras cambiaba de lugar el veneno. Lo echó en un frasco minúsculo que escondió en su cinturón y salió a la calle para terminar con la raza de los hombres.

Las torturas más complicadas no consiguieron hacerle confesar el procedimiento que había seguido para contaminar al universo. Cortáronle los músculos, sacáronle los nervios, desarticularon sus coyunturas y su grito fué siempre una exclamación de triunfo. Antes de morir en un vómito de sangre, anunció que la humanidad estaba condenada a muerte, y que él le mostraba en ese instante el camino que debía seguir.

Mientras echaban sus despojos a la hoguera, los dueños del mundo reuniéronse para decretar las medidas generales de defensa contra la propagación del flagelo desencadenado.

Temiendo que el enemigo de los hombres hubiera envenenado los ríos y las cisternas, se prescribió el uso del agua, que los sabios oficiales reemplazaron inmediatamente con combinaciones de gases sedantes. ¿No habría infectado la atmósfera? Se impuso el uso obligatorio de una máscara, y la humanidad tuvo un perfil de cerdo, gruñendo bajo la careta antiséptica. El fuego destruyó los campos de pastoreo y de labranza alrededor de las ciudades. Sacrificóse toda la hacienda en una última precaución y los carniceros no cesaron de enguantarse de rojo durante una semana.

Pareció entonces que la prudencia de los hombres triunfaría de la picardía de su enemigo. El estado sanitario no cambió. Las enfermedades comunes alcanzaron el coeficiente acostumbrado de víctimas, y los dueños del mundo se felicitaban entre sí de haber podido, con su sagacidad, neutralizar el gran mal.

Al caer el noveno día después de la muerte del alquimista, el jefe de la nación resolvió dar una inmensa fiesta celebrando el rescate general, e invitó al pueblo a tomar su parte en las diversiones organizadas.

Fué como si se levantaran las guillotinas de una esclusa, y los habitantes de la ciudad se desparramaron alegres por las calles, mientras que los del campo dirigiéronse cantando hacia las entradas atascadas de la ciudad. Un grito de redención subía hacia el sol en el crepúsculo.

Un pobre tejedor, cuya mujer acababa de tener familia y no podía acompañarle, salió a la puerta de su casa, a ver lo que pasaba, bajo los ojos amables y fatigados de la parturienta a quien había acercado el lecho hasta la ventana. El buen padre sentíase feliz del espectáculo agitado de la calle.

Un llamado de su mujer le hizo, de pronto, volver la cabeza.

—¡Mira! — decíale ella. — ...Allá cerca del mojón... ¡Algo que luce entre los adoquines!...

— Es cierto... — dijo el marido — ¡cómo las mujeres tienen ojos penetrantes!...

Dirigióse hasta el mojón de la esquina y exclamó.

—¡Una moneda de oro!... ¡es de oro!... ¡Has ganado el día!

Y llevó lo que había encontrado a su mujer que temblaba entre los almohadones.

Fué, gracias a esta moneda envenenada, que la epidemia volvió de nuevo a desencadenarse. Las campanas que tocaban a gloria tocaron a muerto y el pánico enloquecía a las multitudes bajo las caretas inútiles. Porque el enemigo de los hombres pensó, con toda razón, al buscar un vehículo para su veneno, que la atracción del oro es eterna e irresistible.



MI HUACHO

—A que mi huacho, compadrito de mi vida y de mi corazón; estoy muy contento con él; está saliendo tan rete listo pa la pluma...

—¡Eso le! Ansina mi cuadra, que lo tengas en algún culegio; pueque llegue a ser obispo o licenciao, y quén quita y hasta Presidente.

—¡Calla! Calla, compadrito de mi alma, que anque esos siñores son muy güenos pa la pluma, mi huacho no lo es menos; y eso sin estudiar tanto. Pos lo que yo ti quero decir, es que cuando mi huacho sali a dar sus paseítos y devisa alguna probe gallina, ya la está pelando, y eso es cuando li da tiempo, pos hay veces que las trai con todi plumas...

—¡...!

ALFONSO FABILA.

DIBUJO DE MACAYA

Banquete de confraternidad periodística festejando el primer aniversario de la fundación del Círculo de la Prensa.



Velocímetros *para* FORD



Unico Velocímetro Construído Especialmente Para Hacer Juego Con El Tablero FORD.

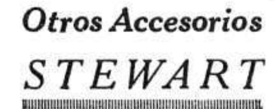
ADEMAS de su elegancia, Vd. obtiene una completa exactitud con el STEWART, dos cosas que no se consiguen con ningún otro velocímetro para FORD.

Controla el consumo de nafta, aceite, neumáticos, etc. Cubre su precio por el ahorro de gastos. El mejor amigo del dueño de un FORD. Haga instalar uno en su coche, hoy.

W. Cooper & Nephews, Ltd.

MAIPU, 87
Buenos Aires

URUGUAY, 820
Montevideo



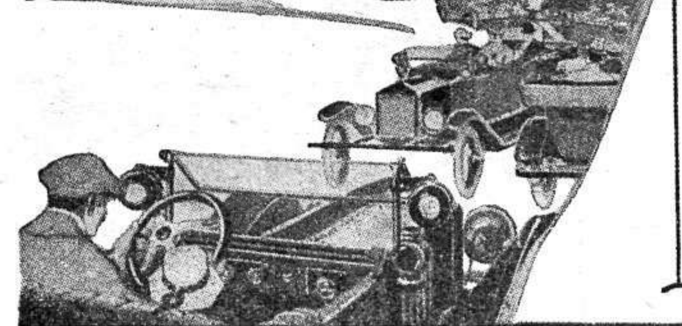
Tanques al vacío

Bocinas a mano

Bocinas eléctricas

Faros giratorios

Paragolpes



Instale únicamente accesorios STEWART

De San Luis



El director de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, ingeniero Astudillo, con los primeros alumnos diplomados en mecánica y carpintería.



El vicedirector, señor Lucero, y el profesor Quiroga, con los nuevos maestros egresados de la escuela normal.



REGALAMOS...

UN OBJETO DE VALOR







N.º 278. — Juego de dos alianzas, forma ½ caña, de puro oro 18 *kilates garantido macizo, con grabado, estuche y un* cintillo fantasía de regalo. Precio excepcional... $ **30.—**
N.º 279. — Más pesadas........................ » **42.—**



N.º 274. — Aros plata platinada con brillante del Brasil... $ **5.—**

SOLICITEN CATALOGO



N.º 285. — Anillo forma de moda con brillante del Brasil garantido, a......... $ **3.50**



N.º 300.— Aritos forma nudo, oro macizo garantido, a.... $ **6.—**
N.º 301. — Más grandes, para señora, a $ **12.—**



N.º 302. — Aros de plata fina y azabache facetado, a.... $ **3.—**

RECIBIMOS Cartoncitos 43.

CASA MARTIRADONNA

BRASIL, 1182 Casa Central — BUENOS AIRES — BRASIL, 1054 Sucursal

A media cuadra de la estación Constitución.

POLVO PYORRHOCIDE



ENCIAS BLANDAS, SANGRANTES, ESPONJOSAS Y CONTRAIDAS.

NO DESCUIDE ESTOS SINTOMAS ALARMANTES Y EVITE LA PIORREA.

Un dentífrico para ser eficaz en la prevención de la piorrea debe hacer algo más que mantener los dientes limpios, debe mantener las encías duras para poder resistir la infección de la piorrea.

La piorrea no es una enfermedad de los dientes, es una enfermedad de las encías y se manifiesta por blandas, sangrantes, esponjosas, contraídas, inflamadas o infectadas.

En el tratamiento de la piorrea, el dentífrico empleado debe ser uno que contrarreste o corrija el estado piorréico a fin de devolver las encías a su estado normal de dureza.

El polvo "PYORRHOCIDE" es recetado por los dentistas más eminentes como el mejor medio de tener los dientes blancos y limpios y las encías duras y firmes.

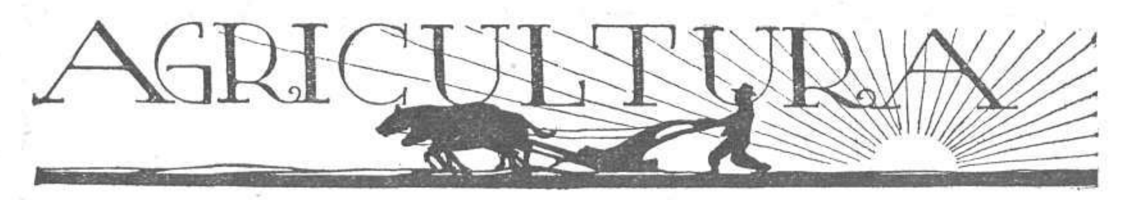
Mándenos el cupón acompañado de 10 centavos en estampillas de correo para remitirle gratis una muestra de polvo "Pyorrhocide".

C. C. 4.
Nombre..
Calle y N.º.....................................
Localidad.......................................

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

Unicos Agentes: MAYON Lda. 1245, Av. de Mayo, 1257 - Bs. As.

Fabricantes: THE DENTINOL & PYORRHOCIDE Co New York



LOS MÉDANOS: PROCEDIMIENTOS PARA SU FIJACIÓN

Buena parte de nuestro territorio pampeano, por sus tierras de sutilísima arena, por los vientos continuos que las azotan, por la pobreza de su vegetación espontánea y por la escasez de aguas de lluvia, reunen condiciones especiales para la formación de médanos.

A estas causas naturales hay que agregar otras, accidentales, que algunas veces concurren a formarlos en cualquier momento y en cualquier punto: el pisoteo de los animales alrededor de los bebederos o los corrales o los rodeos; el recargo de hacienda que dejan el suelo desnudo; las labores a destiempo, etc., etc.

Para impedir la formación de los médanos, en su origen, basta cubrir en seguida toda la superficie del suelo que haya quedado expuesto al viento y evitar que se extienda lo que se llama la «mancha pelada»; y se cubre con paja de trigo o de lino, paja brava, cañas secas, pasto, alfalfa o cualquier otro material adecuado.

Para detener la formación de médanos, si ella ha empezado, lo primero que hay que hacer es «empastarlos», y para esto se alambra previamente la zona en formación para impedir el pisoteo de los animales y después se siembra, aprovechando la primera lluvia, y protegiendo el sembrado con ramas secas, pasto seco, etc.

La cebadilla criolla, la alfalfa, el sorgo de Alepo o pasto ruso, son adecuados para este fin; la primera se siembra en marzo o abril, bastante tupida, a razón de 40 a 50 kilogramos de semilla por hectárea; dejándola semillar después, se reproduce sola; la alfalfa se siembra de agosto a septiembre; algunos la asocian al maíz para que la proteja en sus primeros períodos de las heladas tardías; esta alfalfa se siembra para corte, hasta que haya empastado bien el médano; y en fin el pasto ruso se siembra en octubre o noviembre, según las zonas, y también tupido, a razón de 40 a 60 kilogramos de semilla por hectárea.

Igualmente ha dado buenos resultados en la provincia de Córdoba la caña de Castilla para fijar los médanos, se extienden las cañas en almácigos y de cada nudo saldrá un retoño; se cortan después en trozos, que se plantan de nuevo a fines de invierno o principios de primavera, a dos metros de distancia entre sí o menos si se quiere.

Y en fin, para fijar del todo los médanos, no hay mejor que la plantación de árboles como el sauce, la acacia blanca, los pinos, los álamos de Italia, y para los médanos marítimos los tamariscos.

Los álamos de Italia son, a no dudarlo, los más adecuados para el objeto de que nos ocupamos, y lo prueban las extensas y numerosas plantaciones que de ellos se hace efectiva en todas las zonas de médanos del país. Se propagan por estacas derivantes de árboles adultos de 3 a 4 años y se plantan a fines de invierno en tresbolillo a un metro de distancia entre sí; a los cinco o seis meses son plantas ya de dos metros de altura, en buenas condiciones de estación.

Este método de lucha, además de ser de seguros resultados, es también el menos oneroso, porque un bosque de álamos a los diez o doce años representa un valor considerable por sus múltiples productos para leña, y madera.

Evitar, pues, la formación de médanos, detenerlos en su desarrollo y fijarlos después para que no avancen y transformarlos es deber de todo poblador de las zonas que están expuestas a sus perjuicios y es cooperar a la salvación de la agricultura y la ganadería, de un enemigo que está constantemente en acecho y listo para su avance temible y dañino.

ENTRE LAS FLORES: CANASTILLA ECONÓMICA

Las flores constituyen, en cualquier tiempo, un bello adorno de la casa y sobre todo en la mesa del comedor, pero, a veces, la falta de floreros o jardineras artísticas o adecuadas impide a las familias modestas utilizar y exhibir en ornamentos elegantes las flores de que disponen por cultivo propio o adquiridas a bajo precio en el mercado.

He aquí cómo puede improvisarse un centro de mesa bastante decorativo, vistoso y económico: se toma un puñado de barro o tierra arcillosa y se le da con la mano la forma de una media naranja, o mejor aún como un medio huevo de avestruz, con su base plana; se puede emplear también para el mismo fin musgo verde, el que, para que conserve la forma semielíptica que indicamos, se ata con cinco o seis hebras de hilo; esta forma, ya sea de barro o de musgo, se coloca sobre un plato o una fuente para que no humedezca el mantel de la mesa.

En la parte baja de la forma mencionada se clavan a su alrededor unas hojas de helecho, de modo que queden extendidas sobre la mesa, formando como la base de la canastilla; en el resto de la forma se clavan después flores con tallo corto de dalias y margaritas, colocándolas casi horizontales o con poca inclinación; en el medio de la parte superior de la forma también se colocan alternando las mismas flores de dalias y margaritas, unas con tallo corto y otras más largo y con una inclinación suficiente para que cubran toda la forma y sin excesiva simetría, como imitando una jardinera.

Una canastilla económica.

Del modo de colocar las flores, de la inclinación, del contraste de sus colores, formas y longitud, depende el efecto y la atracción a que dan lugar, para lo cual el gusto artístico y las manos gentiles de quien opera constituyen los factores únicos del éxito.

Hasta con flores sencillas o del campo puede amarse, sin gasto alguno, una bonita canastilla para adornar una modesta mesa en la casa de campo, según se puede ver en el grabado que ilustra esta nota.

HUGO MIATELLO,
Ing. Agrón.

CABAÑA
"LA PRIMITIVA"
DE
JUAN LARREGLE
RAUCH — F. C. S.

Rauch, Diciembre 10 de 1922.

Señor D.n
A. T. Sanden
Buenos Aires

Muy señor mío:

Con el mayor placer le comunico por medio de esta, que hasta lo presente me encuentro perfectamente bien, los dolores que yo sufría en la cintura y la pierna izquierda, hacía cuatro años, hoy han desaparecido por completo tan solo haber usado su faja Eléctrica ocho meses, y siempre trabajando, cosa que yo no creía nunca sanarme como me encuentro hoy.

Sr. D.; desearía fuera de su gusto que publicara como testimonio la presente.

Quedando muy agradecido, saluda á Vd. su atento y S.S.S.

Juan P. Larregle



Pida hoy mismo nuestros libros SALUD y VIGOR, donde hallará la explicación detallada de cómo debe proceder usted para curarse de su enfermedad en su propio hogar, sin causarle molestias ni interrumpir sus ocupaciones. Se los enviaremos gratuitamente a vuelta de correo.

COMPAÑIA "SANDEN"

Carlos Pellegrini, 105 — **Buenos Aires**

HORAS DE OFICINA: DE 9 A 18.



¡MUY AGRADECIDA!

La Señora María G. de Almirón.

CAPITAN SARMIENTO (F. C. C. A).

LEAN LO QUE DICE:

Muy señor mío: No sé cómo expresar mi agradecimiento por el brillante resultado que he obtenido con su famoso **"ESPECIFICO SCHEID"**. Después de 15 años de persistente sufrimiento a la matriz y ovarios hoy gracias a su remedio soy una mujer sana y a pesar de haber sido siempre delgada hoy peso 90 kilos, prueba evidente de buena salud, por lo tanto no dejaré de recomendar su específico y quedaré a usted siempre muy agradecida. Saluda a usted muy atte. S. S. S. — MARIA DE ALMIRON.

"ESPECIFICO SCHEID" contra la metritis, dolores en el período, hemorragias, flujos. Frasco chico, $ 2.80; grande, $ 4. "AMENORROL" debe tomarse en el atraso o falta del período. Frasco, $ 4.

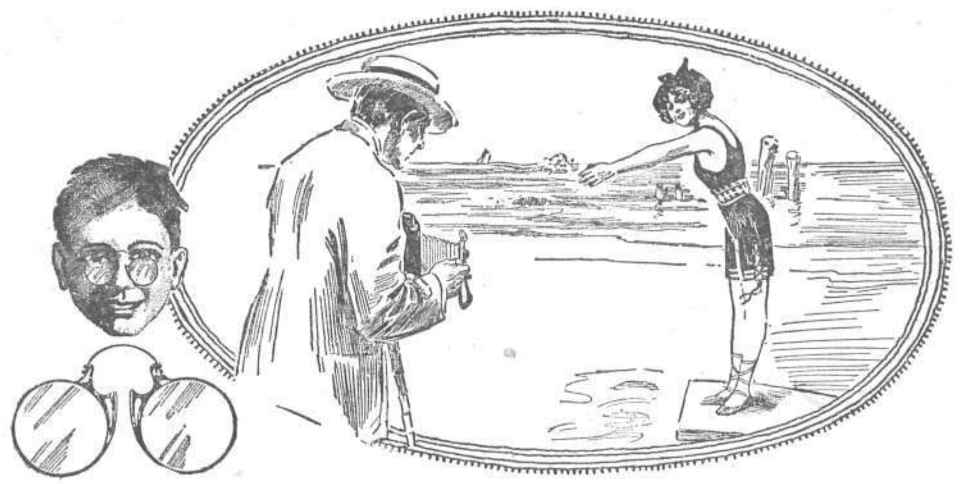
Droguerías y Farmacias. — Depósito General: calle CARLOS PELLEGRINI 644. — Buenos Aires. — Folletos gratis.



Banquete ofrecido a los aviadores de la escuadrilla militar por el socio del Aero Club señor Reyes, y al cual concurrieron las autoridades civiles y militares de la provincia.

¿SE PUEDE PREVER EL PORVENIR?

Continuando sus investigaciones sobre este particular, Roberto Kemp da a conocer en «Lectures pour tous», opiniones de hombres ilustres y cita casos interesantes de premonición. Maeterlinck, por ejemplo, está convencido de que alguna vez se puede conocer el porvenir, pero solamente cuando se trata de un hecho estrechamente personal y bastante próximo. Para él, la premonición es hecho indiscutible. Un docto psicólogo, Bozzano, ha documentado bien 160 casos de premonición. He aquí uno entre los más típicos. El doctor Teste adormece con sueño magnético a una mujer: la señora Elena M., el 8 de mayo. La magnetizada anuncia que el 12 tendrá un gran terror, sufrirá una caída, tendrá un desvanecimiento de 8 minutos, estará tres días demente y después curará. El 12 el médico y el marido la vigilan. Ella, que no recuerda nada del aviso, se ríe de lo que ellos le cuentan. En cierto momento, abriendo una puerta, salta una rata, la mujer da un grito... Todo lo previsto se realiza exactamente.



¡Cuántos temas para la Kodak durante el veraneo y las vacaciones en playas, sierras y pueblos! No olvide de llevársela: cuando vuelva seguirá saboreando en su casa las delicias de los buenos momentos pasados porque la Kodak se los reproducirá tal como han sido.

APARATOS Y ARTICULOS para FOTOGRAFIA

Revelación — Impresión — Ampliaciones

Primer Instituto Optico Oculístico

LUTZ, FERRANDO Y CIA.

FLORIDA, 240 — BUENOS AIRES

Sucursales: Belgrano, Cabildo, 1916 - Rosario - Córdoba - Tucumán La Plata - Mar del Plata

MERECEN CONFIANZA

El más grande de los presidentes de los Estados Unidos de Norte América, Abraham Lincoln, solía decir: "Se puede engañar a muchos por poco tiempo y se puede engañar a algunos pocos por mucho tiempo, pero no es posible engañar a muchos por mucho tiempo". Cuando un producto conserva el favor del público por muchos años y su venta aumenta constantemente, no es posible que haya engaño, y si se trata de un medicamento, puede tenerse confianza en su eficacia y estarse seguro de que su uso no ofrece ningún peligro.

En este caso se encuentran

Las Pildoritas de Reuter

Introducidas al país hace más de treinta años, su fama ha ido aumentando continuamente, y ya no hay rincón en la república donde no se encuentren en cualquier farmacia o botiquín. Es que el público ha comprobado su utilidad y sabe que para el estreñimiento, los dolores de cabeza, las malas digestiones, la falta de apetito, el insomnio, la irritabilidad nerviosa, etc., no hay cosa mejor. Su acción es bien sencilla: mueven suavemente el vientre sin dolor ni irritación y estimulan la función del hígado, expeliendo del cuerpo o neutralizando los venenos que causan los males indicados.

DISPEPSIA
DOLOR DE CABEZA

Unicos Importadores: **ILLA & Cía.** — MAIPU, 73 — BUENOS AIRES

Sofía Mappi

Por Salvatore di Giacomo

TRADUCCION DE MARCOS FINGERIT

La sirvienta, junto a la ventana que daba sobre el patio, estaba ocupada en hacer «crochet»: el sol le pasaba y le volvía a pasar sobre el rostro, sobre el pecho, sobre las manos enrojecidas, que acababan de enjuagar, un momento antes, los lienzos y las marmitas en la cocina. Estaba enteramente absorbida por su labor; el «crochet», guiado por una mano poco diestra aún, iba lentamente, se detenía, y de tiempo en tiempo permanecía posado sobre las rodillas de la pequeña. Desde el alféizar de la ventana, entre un vaso de menta y las entregas de una novela ilustrada, el gato, que se instalara allí, la contemplaba entornando los ojos. Mediaba agosto: una temperatura sofocante gravitaba sobre el patio silencioso; las horas de una siesta muy cálida discurrían lánguidas.

De pronto se alzó el son breve de una voz. La sirvienta levantó la cabeza; el gato se irguió también y arqueó el lomo, bostezando. La voz llegaba del dormitorio de la *signorina* Sofía y llamaba a la muchacha.

— ¡Emilia!

Hubo un silencio. El gato bajó de la ventana y se fué. La sirvienta, con las manos sobre el regazo, la boca abierta, escuchó. Un instante después, la misma voz suplicante repitió desde el interior:

— ¡Emilia!

— ¡Oh! ¡Jesús! — suspiró la pequeña.

Juntó el encaje, el ovillo y el «crochet», y lo puso todo en montón sobre las hojas del libro, junto al vaso de menta. Luego respondió con voz alta, levantándose:

— ¡Voy, voy; aquí estoy!

La pieza de la *signorina* se hallaba sumida en la obscuridad. Una delgada raya de oro, que se filtraba entre los postigos cerrados del balcón, llegaba casi hasta los pies del lecho; la sombra se espesaba alrededor.

— *Signorina* — dijo la sirvienta, — ¿dónde está usted?

La voz respondió desde el lecho:

— Ven acá. ¿Ves?

Y la masa del lecho apareció confusamente ante los ojos de la pequeña, que se habituaban poco a poco a la obscuridad; en la penumbra comenzó a ver esbozarse vagamente la mesa redonda, la cómoda en un ángulo, el diván junto al balcón.

Emilia se adelantó y su sombra pasó rápidamente sobre la luna polvorienta de un espejo.

— Oye... — murmuró la *signorina*.

Y desde el lecho donde se había echado vestida extendió un brazo y ciñó a la pequeña. Una mano febril y tanteante le apretó la muñeca.

— Acércate más — dijo la voz.

La *signorina* se había levantado y apoyado sobre el codo, y con sus grandes ojos negros interrogaba a la sirvienta; sus pupilas brillaban en la obscuridad.

La pequeña, inmóvil, temerosa, se sentía impresionada por aquella mirada.

— Dime, dime, ¿deseas mi bien? Comprendes... dime. Si tu ama te pide un servicio, un gran servicio, ¿se lo harías, Emilia?...

— ¡Oh!, ama... — balbuceó la sirvienta.

— Y bien, mira; es poca cosa. Ve a encontrar a Enrique, al ferrocarril, al partir... Le hallarás, ciertamente. Dale esta carta...

La *signorina* se volvió sobre los cobertores y tomó la carta de bajo de la almohada; las manos de la pequeña sintieron el contacto del papel y se retiraron medrosamente.

— ¿No quieres? ¿Entonces no quieres?...

En la penumbra se distinguía la blancura de la carta; la *signorina* se había levantado, incorporándose en el lecho, y buscaba las manos fugitivas. Las volvió a encontrar inmóviles, abandonadas; se rehusaban aún. Las tomó en las suyas, dulcemente. Hizo deslizar la carta entre las palmas de las manos y se las cerró.

— ¿Por qué no quieres? — continuaba con el mismo tono, interrumpiéndose. — ¿Tienes miedo?... No tengas miedo... Mi padre no vuelve antes de la noche, lo sé. ¿Cómo decírtelo? ¡házme esta caridad!...

Hubo un silencio. Indecisa, la pequeña mantenía los ojos bajos y no respondía.

— Contesta, Emilia — exclamó la *signorina*. — ¿Qué harás?... ¿Irás?... ¿Entonces no deseas el bien de tu ama...? ¿No deseas ya su bien?...

Y de pronto, interrumpiéndose, la cogió de un brazo, sacudiéndola:

— Vamos, ¿qué vas a hacer? ¿Irás o me levanto y voy yo misma?

— Iré — lloriqueó la sirvienta. — Deme usted la carta.

La carta había caído al suelo, junto al lecho, sobre los zapatos brillantes con los cuales el gato se había puesto a jugar. La recogió suspirando.

— ¿Qué debo decirle?

— Que quiero la respuesta a lo que le he escrito... Y... si es verdad...

— Si es verdad...

— Lo que dicen.

— Que usted quiere la respuesta a lo que usted le ha escrito, y si es verdad lo que dicen.

— Eso es. Anda, Emilia.

— ¿Y si su papá vuelve?

— No volverá antes de la noche, te lo he dicho. Anda.

— ¿Me llevo la llave de la casa?

— ¡Oh! ¡Dios! claro; anda... Comprendes... ¿Te acuerdas? Al partir. Llámale fuera del despacho... Vuelve pronto...

La sirvienta salió, ocultando la carta en su corpiño. Volviendo a pasar por la pieza que acababa de abandonar, se acercó a la ventana y miró al

patio. El gran patio estaba completamente desierto; en un ángulo, por uno de los porches de entrada, pasaba un reguero de claridad que se expandía sobre el embaldosado seco. La mujer del portero había colocado allí una silla y sobre la silla una mantilla vergonzosamente sucia de su mamoncillo. Al otro lado el gran conducto de agua goteaba: las gotas turbaban ligeramente un charco; fuera, el inmenso vecindario del Vasto, silencioso, parecía muerto: ni una voz, ni un ruido.

Frente a la ventana donde se retardaba Emilia, estaba abierta la de la Marangi, la maestra de escuela. La pequeña Marangi escribía sentada a una mesa y de tiempo en tiempo se pasaba la lengua por el dedo del corazón de la mano derecha, ennegrecido de tinta.

— *Signorina* Marangi—le dijo la sirvienta,—voy a un mandado. La *signorina* Sofía se queda sola. ¿Quiere usted echar por mí un vistazo a la puerta?

La Marangi levantó la cabeza. Respondió brevemente:

— Bueno.

Y volvió a escribir, en tanto que Emilia bajaba las escaleras canturreando. El silencio era tan grande que la Marangi oyó claramente la voz de la sirvienta, abajo, en el patio, recomendar al portero:

— Don Angiolo, no deje usted subir a nadie. Voy a comprar agujas y vuelvo en seguida.

La maestra comunal, que dejara abandonado un instante su brazo sobre la mesa, separando los dedos y dejando caer la pluma, suspiró profundamente. Sus grandes y dulces ojos azules se velaron, cansados, a través de las pestañas. No había dormido para acabar su trabajo; pero aún, al lado de los corregidos, había un paquetito de deberes de escolares, que esperaban su vez.

— ¡Paciencia! — murmuró, frotándose los párpados con el nudillo del índice.

Como un eco, desde la ventana de enfrente, una voz repitió:

— ¡Paciencia!

— ¡Ah! ¿eres tú, Sofía? — dijo la Marangi levantando los ojos.

La amiga, inmóvil y derecha junto al alféizar de la ventana, la miraba.

— ¿Qué haces, Laura?

La Marangi sonrió melancólicamente y, con los ojos, le indicó los papeles exparcidos sobre la mesa.

— ¿No lo ves? Escribo. Corrijo cuentas.

Hubo un silencio. Se miraron, pensativas y tristes.

— Y tú, ¿qué haces? — dijo lentamente la maestra de escuela.

La otra respondió:

— Nada.

— Es muy poco. ¿Nada? No es verdad. Tú sufres, Sofía, tú sufres, yo lo sé — dijo la Marangi, y su acento era compasivo y dulce como sus ojos azules.

Se levantó de la mesa y fué a colocarse ante la ventana. Puso sus manos sobre el alféizar. Y gravemente, con la voz obscurecida por un ligero temblor, murmuró:

— Oye, Sofía, deja a ese hombre. Peinsa en ti. Piensa en ti. El no está hecho para tu carácter noble y bueno. El te abandonará si tú no le abandonas. Es triste esto. Lo sé. Atiende a tu amiga, Sofía.

Sofía Nappi temblaba. Y, temblando, sus manecitas exangües atormentaban las hojas de la novela, el ovillo, el bordado que la sirvienta dejara sobre la ventana.

Respondió:

— Si él hace eso... Y bien... tú verás, Laura.

La Marangi meneó la cabeza con compasión. Hablaban bajo, pero el silencio era tan grande que sus voces se oían distintamente de una ventana a la otra.

Sofía contemplaba a su amiga. Y de pronto le dijo, con los ojos llenos de lágrimas:

— ¡Cómo te envidio, Laura!

— ¡Hija, no digas eso!

— Tú no tienes corazón para ciertas cosas, Laura; ¡tú no has amado nunca!

— ¡Oh! hija — balbuceó la maestra, con el corazón lleno de reproches y de recuerdos. Y dobló la cabeza y se sintió desmayar. Buscó tras de sí el ángulo de la mesa donde se apoyó casi desfalleciente.

Cuando volvió a levantar los ojos hacia la ventana de enfrente, la halló desierta. Sofía había desaparecido. La maestra de escuela se arrastró lentamente a lo largo de la mesa, volvió a sentarse en su sitio, retomó la pluma y volvió a contemplar en silencio, pálidos los labios entreabiertos, sus copias. Mojó dos, tres veces la pluma, extendió las manos, buscó uno de los deberes en el paquetito y le sacó apenas. La mano y el deber permanecieron inmóviles sobre la mesa. La Marangi inclinó lentamente su cabeza rubia sobre su brazo extendido, tieso, y ocultó el rostro.

La sirvienta volvía. Sus pequeños zuecos resonaban en la escalera. La puerta de la habitación de la Nappi se abrió y se cerró en seguida con un golpe seco. La Marangi no se movió, no meneó la cabeza: lloraba mansa, sobre su brazo replegado, sin saber por qué, pero tan amargamente, tan amargamente...

De pronto la sacudió un grito agudo de angustia. La sirvienta estaba en la ventana y la llamaba, haciendo gestos desesperados.

— ¡Emilia! — gritó la Marangi.

— ¡Se ha arrojado por el balcón! ¡Se ha arrojado por el balcón! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, *signorina!* La *signorina* ha tenido respuesta de ese joven...

La Marangi se cubrió el rostro con las manos, se levantó, después volvió a caer sentada. Balbuceaba, con espanto:

— ¡Oh, mi querida Sofía. ¡Oh, Madonna!...

La sirvienta enloquecida, exclamaba:

— ¡Por el balcón!... ¡Se ha arrojado por el balcón!...

Abrió la puerta, se precipitó en la escalera y desapareció gritando. Otras puertas se abrían y golpeaban. Se escuchaban voces confusas, acudían; alguien subía los escalones de cuatro en cuatro. De pronto un murmullo se elevó hasta las ventanas de la calle conmovida, espectadora.

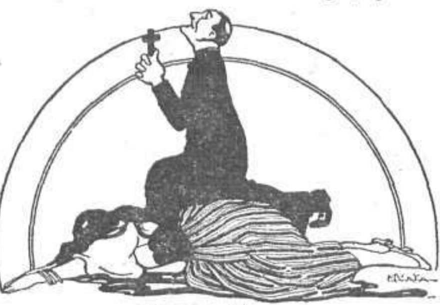
Aumentó; entró gente en el patio, y todos miraron hacia arriba, y desde arriba, de las ventanas, los vecinos les preguntaban:

— ¿Muerta?... ¿muerta?...

Se oyó resonar en el patio una campanilla sujeta al balcón del primer piso, donde apareció, a punto de abotonarse la sotana, el cura de Santa María del Refugio, que vivía allí hacía un año.

— Pronto — le dijo el portero que había llamado. — ¡La absolución!... ¡Baje usted!...

Inmediatamente se vió al sacerdote bajar los escalones, con su libro de misa en la mano, sin sombrero, murmurando por la escalera una oración. Salió del patiecillo a la calle, corriendo. Luego se hizo un profundo silencio...



DIBUJOS DE MACAYA

RIO GALLEGOS. — Lunch ofrecido en el Casino Español a los intrépidos aviadores militares que efectuaron el raid al sur.

Grupo de distinguida concurrencia que asistió a la recepción de los aviadores en el Club del Progreso.

PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE DE 1922.

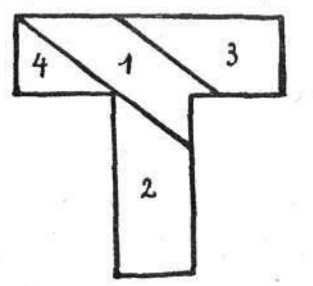
Número 1254. — Número 1: Todos los días no son de fiesta; 2: No hay dos sin tres; 3: Odalisca; 4: Antepasado; 5: Lanudo; 6: Pastor, castor; 7: Rutina, nutria; 8: Tambor, Tabor; 9: Sandalia; 10: Un cuarto intermedio; 11: Muselina; 12: Risa, masa, sapo (mariposa); 13: Par, alta, gata (alpargata); 14: Luna, nada, mi, ida (iluminada); 15: Piedras, perder, ardid, pera, ría, as, s; 16: Armo, Roma.

Número 1255. — Número 1: Eudosia; 2: Nafta, nata, ata, fa, a; 3: Saltarín; 4: Descartado; 5: No hay diferencia entre un juez malvado y un juez ignorante.

Número 1256. — Número 1: Calmante; 2: Creosota; 3: Recreo, creer, erre, ere, re, e; 4: Neuquen; 5: Hombre sin trabajo, pájaro sin nido; 6: Lo que abunda no daña; 7: Garabato (lo que quiere decir: «No está la *carne en el garabato por falta de gato*», que es el refrán; 8: Dorotea; 9: Rabo, cabo, cara (carabo); 10: Cáncer, cercan; 11: Galicia; 12: Interpretativa, adivinanza, aferesis, charada, metátesis, acertijo, intercalación, anagrama, comprimido, jeroglífico, acróstico («Pasatiempos», en la vertical); 13: Merluza; 14: Irene, Darío, Emeterio, Hilario; 15: Correo; 16: Remediar.

SOLUCIONES CORRESPONDIENTE AL CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE DE 1922.

Número 1257. — Número 1: 12+4=16, 20—4=16, 4×4=16, 64 : 4=16 (la suma de 12+20+4+64=100); 2: Hoy la liebre come y mañana el cazador la mata; 3:



4: Coraceros; 5: Letra; 6: Centenario; 7: Sara Mendía Seguí, Miramar, manda en seguida una resma sin margen (Gumersinda); 8: «Juan José, Joaquín Dicenta»; 9: Tela, bala, cola (tabaco); 10: Casa con dos puertas mala es de guardar. Pedro Calderón de la Barca; 11: La sorpresa de Cancha Rayada; 12: Parte diario; 13: De mayor a menor; 14: Pasado, posada; 15: Salónica, Nicolás, casino, canoa, loca, sal, lo, n; 16: Río, oír; 17: A mal tiempo buena cara.

Número 1258. — Número 1: Girafa; 2: Marcelo; 3: Círculo de Obreros; 4: Giróscopo; 5: Saludo, laudo, alud, as, s; 6: Germán, margen; 7: Hacer de la noche día; 8: La verdad no tiene precio; 9: Cartel; 10: Párpados; 11: Pared medianera; 12: Estar enterado a medias; 13: Del principio al fin; 14: Como perro en cancha de bochas; 15: Dorrego; 16: Angulo, alguno.

Número 1260. — Número 1: Certero; 2: Análisis; 3: Amor sincero; 4: Argel, legar 5: Asimilar; 6: Arcipreste; 7: Sol, la, do (sollado); 8: Serbia, seria, risa, res, si, a; 9: Comodoro; 10: Argelia; 11: «Treinta días tiene noviembre — con abril, junio y septiembre — de veintiocho sólo hay uno, y los demás de treinta y uno»; 12: Emporio; 13: No hay dos sin tres; 14: Mundo; 15: Diario; 16: Odio, oído; 17: Berta, gato, mota (bergamota); 18: Mastodonte; 19: Rencorosa.

RESULTADO DEL CONCURSO DE PASATIEMPOS CORRESPONDIENTE AL MES DE OCTUBRE DE 1922.

Por colaboraciones. — Primer premio, señor E. Guillott (seudónimo «Ñato», San Irineo, 338 (ciudad); segundo premio, señor Esteban Ballaratti, Pacheco, 2085 (ciudad).

Por soluciones. — Primer premio, señorita María Elena Blestcher, Gualeguaychú (Entre Ríos); segundo premio, señorita Micaela Ramírez, General Pico (F. C. O.).

RESULTADO DEL CONCURSO DE PASATIEMPOS CORRESPONDIENTE AL MES DE NOVIEMBRE DE 1922.

Por colaboraciones. — Primer premio, señor Aníbal Lascano, Argerich, 387 (ciudad); segundo premio, señorita Julia Guillot, Rivadavia, 1274 (Morón, F. C. O.), seudónimo «Jorgito».

Por soluciones. — Primer premio, señor capitán Luis Centenari, Palomar, F. C. P. (Escuela de Volación); segundo premio señor Oscar Anastasi, Gualeguaychú (Entre Ríos).

Nota. — Los premios pueden retirarse de la Administración cualquier día hábil, mediante la presentación de documentos de identidad.

Cualquier tramitación en ese sentido debe ser tratada directamente con la Administración, ya sea por carta o personalmente.

N.º 1

Jeroglífico, por «El Negro» (La Plata)



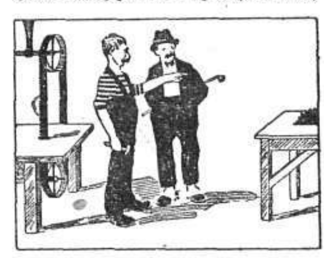
N.º 2

Refrán comprimido, por «El Negro» (La Plata)

(COLOE-I)GA

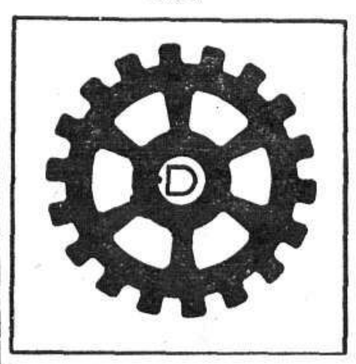
N.º 3

Frase hecha, por «El Negro» (La Plata)



N.º 4

Frase interpretativa, por «El Negro» (La Plata)



CONCURSO DE PASATIEMPOS
ENERO DE 1923.
CUPON N.º 1269.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben *hacerlo presente*; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

De Territorios

SIMSON. — El doctor Justo Ferrari con el grupo de aficionados que, bajo su dirección, tomaron parte en la velada teatral organizada a beneficio de los niños pobres.

A sus encantos naturales, señorita, la
CREMA ALBINA
agregará dos encantos más:

1.º Un cutis suave y terso, blanco y rosado, sin manchas.

2.º Un perfume distinguido y suave.

La **Crema Albina** no contiene grasas ni vaselinas, ni glicerina que aja la piel.

La **Crema Albina** se disuelve en agua fría, y es, gracias al zumo de pepinos que contiene, un alimento de gran valor para el cutis.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO Y FLORIDA — **BUENOS AIRES**



Comentarios

— Es un naturalista.
— Lo sabemos.
— Y tuvo una entrevista
con cierto diplomático antipático,
a quien le dió una lata colosal.
— ¿De qué le habló Gallardo al diplomático?
— De Historia.
— No está mal.
— De Historia Natural.

***

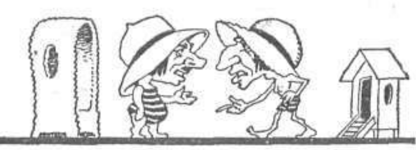


— Yo no soy envidioso. Si algún día
me notas afligido y caviloso,
es que me pone triste la alegría
de los demás.
— Tú no eres envidioso.

***

— Goyeneche triunfó tranquilamente.
— Y no ha habido tumultos callejeros.
— Ya se ha cambiado todo totalmente.
— Ya ni siquiera silban los carteros.

***



— De ir a Mar del Plata trata
el que dice que le mata
esta atmósfera de fuego.
Yo no me baño ni juego,
pero voy a Mar del Plata.
Ni el baño ni el juego son
santos de mi devoción.
mas, con las brisas del mar,
es un placer singular
el de la murmuración.

***

— Alvear ha salido
con un traje nuevo.
— También yo lo llevo,
y no por capricho, tan nuevo como él.
— Estoy convencido
de que hoy lo importante
es ser elegante.
Yo imito a Marcelo.
— Yo imito a Noel.

El que fué humilde acólito
de Hipólito, hoy afirma, convencido:
— Me dicen que ha existido un tal Hipólito.
Yo no le he conocido.

***

— Fulano es un buen sujeto.
Vino con no sé qué objeto
y, en tres horas mal contadas,
sólo dijo tres pavadas.
Hoy ha estado muy discreto.

***

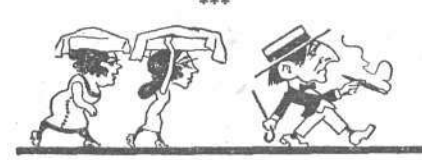


Lamentos de un marido:
— Ya me tiene aburrido
esta vida que llevo. ¡Atrabiliaria
y torpe y ordinaria,
mi mujer enterrarme ha decidido!
Me lleva la contraria
y me llama «¡infeliz!» y «zanagoria»
con toda impertinencia.
Y me sirve el café con achicoria.
¡Se propone amargarme la existencia!

***

A Le Bretón se le oye gritar con alegría:
— ¡Qué bien empieza el día!
Apenas pienso en uno ya viene otro detrás.
Y apenas se me ocurre, observo que me aburre.
Que nadie se me acerque. Señores, se me ocurre
otro proyecto más.

***



— Se le ve, erguido y sin prisa,
exhibirse a todas horas.
— Su vanidad causa risa;
tiene una sola camisa
y tiene dos planchadoras.

***

Como los senadores le exigieran
ciertas cosas, Elpidio contestó:
— Haré, señores, lo que ustedes quieran,
siempre que ustedes quieran lo que yo.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: A Grandmontagne, el cinófobo, por **Yuki.** Un caso, por **Alberto Hidalgo.** Las aventuras del viejo Quilques, por **Santiago Maciel.** El Pauluco, por **Humberto Frías.** Una ladrona, por **B. González Arrili.** Flores de santidad, por **Rafael Ruiz López.** Romancillo del poeta que volvió a su aldea. La lagartija e Hilaritas, por **Luis L. Franco.** Sugestión nocturna, por **José Muzilli.** Primavera en la montaña, por **Pedro Herreros.** Leyendas de Oriente: Sarkahu il-Iamamah, por **el emir Emín Arslán.** Maréja, por **Antonio Beltramelli.** Maupassant, por **Arkady Averchenko.** El conserje, el rey, la camisa y el camera-man, por **José Juan Pablez.** ¿Quién mató a Gaspar Baldivin?, por **Roberto Magill.** El melón y la sandía, por **Juan J. Relosillas.** El espíritu del hombre, por **Allan Sullivan.** Vigías de los diques mediterráneos, por **Santiago Fúster Castresoy.**